RUBEN VARGAS UGARTE S. J.

VIDA DE SAN MARTIN DE PORRAS

II-2
M3635va

IMPRENTA LOPEZ
BUENOS AIRES

LIBRARY OF PRINCETON
MAR 31 1980
THEOLOGICAL SEMINARY

BX 4700 .M397 V370
Vargas Ugarte, Rub en, 1886-
Vida de San Martin de Porras

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/vidadesanmartind00varg

VIDA DE
SAN MARTIN DE PORRAS

RUBEN VARGAS UGARTE S. J.

LIBRARY OF PRINCETON
MAR. 31 1955
THEOLOGICAL SEMINARY

VIDA DE SAN MARTIN DE PORRAS

Saint Martín de Porres

4ª Edición

IMPRENTA LOPEZ
BUENOS AIRES

Con licencia
eclesiástica

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723
Impreso en la Argentina – Printed in Argentina

Se terminó de imprimir el día 3 de octubre de 1963 en la Imprenta López — Perú 666 — Buenos Aires — Rep. Argentina

ÍNDICE

		Pág.
PRÓLOGO		9
CAPÍTULO:		
I.	La infancia	14
II.	La Vocación	21
III.	Historia de un nombre	25
IV.	Heroicos comienzos	33
V.	Vida de Abnegación	38
VI.	El Ritmo de una Vida	44
VII.	Amigo de sus Amigos	50
VIII.	El Buen Samaritano	57
IX.	El Enfermero Milagroso	64
X.	El limosnero de Dios	71
XI.	Paseos a Amancaes	76
XII.	El Colegio de Santa Cruz	81
XIII.	El Seguidor de Cristo	87
XIV.	El Lego Endiosado	96
XV.	El Vidente	102
XVI.	El Taumaturgo	110
XVII.	El Médico Prodigioso	117
XVIII.	Juan Vásquez	124
XIX.	La Muerte del Justo	131
XX.	Honras y Entierro	136
XXI.	Fama de Santidad	140
XXII.	La Beatificación	146
XXIII.	Difusión de su Culto	153
XXIV.	La Canonización	160
Testimonio de Juan Vásquez de la Parra		166

PROLOGO

Desde hace algunos años, las gentes ceden al encanto de la figura de San Martín de Porras. Y no es sólo en nuestra patria sino en países muy alejados del nuestro donde se le invoca y se ansía conocerlo. Por esta razón, el padre Norberto Georges, O. P. en los Estados Unidos con su popular obra: *Meet Brother Martín,* traducida ya al castellano y Estanislao Fumet, en Francia y el padre Salvador Velasco, O. P. en España, han respondido a este anhelo, dando a la estampa la biografía del insigne lego dominico. En el Perú sólo poseíamos hasta ahora la escrita por el doctor José Manuel Valdés, reimpresa tres o cuatro veces y los compendios que de ella se han hecho por diversos autores, en su mayor parte dominicos. Sin desestimar la obra del insigne médico peruano, muchos y yo mismo entre ellos, juzgan que hace falta una vida menos extensa pero más adaptada al gusto moderno y, a ser posible, más ajustada a la verdad histórica. Por largo tiempo hemos esperado que otros llevaran a cabo esta empresa y, al fin, cediendo a los requerimientos de muchos devotos de Martín, nos hemos decidido a tomar la pluma y escribir su vida.

He de confesar que la tarea se me ha hecho fácil por la suavidad del asunto, aunque muchas veces he tenido que interrumpirla, llamado por otros quehaceres y, rara vez, he contado con la holgura necesaria para dedicarme a ella con espacio y reposo. Pero he llegado a

realizarla y si el retrato de Martín no ha salido a la perfección, al menos he tratado de hacer un esfuerzo porque llegue a parecerse al modelo. El lector juzgará si me he apartado mucho o poco y de todos modos reconocerá el mérito del intento.

Comenzaré por advertir cuáles han sido las fuentes de nuestro relato. Ante todo he revisado y estudiado los "Procesos" de su Beatificación. Esta es la documentación que podemos llamar primaria, pues allí encontramos las declaraciones de los que conocieron al beato o de éstos recibieron alguna información sobre su vida y heroicos hechos. En el primer proceso, llamado Ordinario, por haberse hecho con autoridad del prelado arquidiocesano, los testigos son 75 y entre ellos figuran algunos de mayor excepción, como el capitán Francisco de Figueroa, el cirujano Marcelo de Rivera, que por muchos años trataron y conversaron con Martín, la misma sobrina del Santo, Catalina de Porras, sin contar a su protegido Juan Vázquez de la Parra, que vivió en su celda cerca de cuatro años continuos y muchos religiosos de su Orden con quienes hubo de alternar frecuentemente. En el segundo, hecho con autoridad apostólica, los testigos fueron 164 y sus testimonios llenan siete gruesos legajos en folio que se guardan en el archivo arzobispal de Lima. Si bien estos testigos en su mayor parte no son oculares, pero se les puede llamar coetáneos, porque convivieron en un mismo tiempo con el beato y lo que de él refieren lo escucharon de labios de quienes estuvieron en contacto con él.

Después de esto hemos consultado la Vida que fray Juan Meléndez incluyó en el Tomo III de sus *Tesoros Verdaderos de Indias* y finalmente, la que escribió con docta pluma don José Manuel Valdés. Ni uno ni otro se cuentan entre los primeros biógrafos del beato, pero

en realidad quien los haya manejado podrá estar seguro que conoce a éstos. El más antiguo de los escritores de la vida de Martín es fray Juan de Vargas Machuca, dominico, el cual en su declaración como testigo, dice textualmente: "que escribió una oración de la dicha santa vida y costumbres del dicho Siervo de Dios Fray Martín, la cual tiene dada a la prensa con aprovación del Sr. D. D. Francisco Zapata, del Consejo de Su Magestad". Fray Juan debía aludir al hecho de haber remitido a España su obra para que se imprimiese y posiblemente, la había dedicado al doctor Zapata, pero parece cierto que ella no llegó a ver la luz pública y hasta ahora ningún bibliógrafo ha podido dar cuenta de la misma. De la obra del padre Fray Bernardo de Medina, O. P., el segundo en escribir una vida de nuestro héroe, se conocen dos ediciones, una hecha en 1663, en Lima y otra en 1675, en Madrid. Meléndez la incluyó en el Libro Segundo del Tomo III de su obra antes citada "no con ánimo de enmendarla, dice, sino sólo de ponerla al sitio de esta Corte (de Roma), que es el seguro y el único en escritos de este género". Por tanto, quien conoce a este último puede decir que conoce también a Medina.

El doctor Valdés emprendió su trabajo ya en el siglo XIX, a ruegos del prior de Santo Domingo, Fray Lázaro Balaguer y Cubillas, que deseaba avivar la memoria de Martín, estando muy próxima la fecha de su beatificación. Ingenuamente confiesa el autor que no era cosa fácil cumplir con el encargo, tanto por lo avanzado de su edad como por las atenciones de su profesión, pero lo aceptó no sólo por considerar que hacía una obra grata a Dios sino, además, porque juzgaba un deber exaltar la memoria de su paisano y de quien, como él, había sido de su "ínfima clase y de humilde nacimiento". Esta sincera confesión nos descubre quién

era Valdés y el cariño y empeño que debió poner en su obra. Se propuso, ante todo, la edificación y el provecho de sus lectores y he ahí por qué su plan se adapta a un curso de perfección cristiana en donde se pasa revista a todas las virtudes que deben adornar a las almas buenas. No descuidó, sin duda, la parte histórica, antes bien puso cuidado en ajustarse a la verdad, haciendo suya aquella sentencia de Cicerón en su libro *De Oratore*: "es indispensable a la historia no falsificar los hechos, no callar los verdaderos y evitar toda sospecha de favor o de odio al escribirlos". Utilizó por lo mismo, las Vidas del Santo que por entonces corrían impresas y, además, el resumen del proceso apostólico estampado en Roma el año 1721 y en el cual se citan abreviadamente las declaraciones de los testigos.

No anduvo escaso de documentación, pero sólo le faltó haber estudiado por sí mismo los procesos originales. Esta deficiencia, si cabe llamarla así, la hemos pretendido subsanar en esta obra.

Hecha esta aclaración sólo nos resta añadir que hemos tratado de ser concisos y breves. Ya en la Vida que dedicamos a Santa Rosa expusimos nuestro modo de pensar al respecto y las razones que nos movían a no escribir abultados tomos y no es necesario que lo volvamos a repetir. Podrá ser que a algunos, demasiado ansiosos de conocer hasta los más ínfimos pormenores del Santo, no les satisfaga el que mi libro sea pequeño, pero creo no engañarme al decir que la mayor parte de mis lectores me lo agradecerá. De este modo se conseguirá que él tenga mayor difusión y éste ha sido también el pensamiento de los más modernos biógrafos de Martín, todos los cuales se han ceñido bastante en su relato y nos han dado lo que pudiéramos llamar una vida sucinta y amena del insigne Hermano.

Quiera el Señor que estas páginas contribuyan a

hacer amar a Martín e inspire en todos un gran deseo de imitarle, pues de nada nos aprovecharía conocer la senda del bien si no nos determinamos resueltamente a seguir nosotros por ella. Para esto último hemos de implorar su poderosa intercesión, seguros de que no seremos desatendidos.

RUBÉN VARGAS UGARTE S. J.

Lima, Fiesta de la Visitación de Nuestra Señora, 2 de julio de 1948.

Capítulo I

LA INFANCIA

En uno de los primeros días de diciembre de 1579, cuando las campanas de la ciudad de Lima alegraban el ambiente con sus sones vocingleros, anunciando a los fieles la proximidad de la fiesta de la Concepción Inmaculada de María, en una casa fronteriza al Hospital del Espíritu Santo nacía al mundo un niño, hijo de una negra criolla libre, natural de Panamá [1]. Allí, en el traspatio de esa mansión, en donde probablemente prestaba sus servicios, daba a la luz su madre el fruto de sus ocultas relaciones con un caballero español que por entonces no quiso aparecer como padre de aquella criatura. El mismo día de su nacimiento o uno de los inmediatos, pero a no dudar un 9 de diciembre de 1579, era conducido a la vecina parroquia de San

[1] La casa en donde nació Martín, según el doctor Valdés, que recogió estos datos de los herederos de la familia que por mucho tiempo poseyó la vecina, era pequeña y junto a ella existía otra mayor, propiedad de los Mosqueras, los cuales incorporaron a la suya la casa en donde naciera nuestro Santo y modificaron el plano de su propiedad, pero respetando la habitación en donde nació Martín que, generalmente, tenían cerrada. En tiempo del biógrafo del Santo dicha casa había pasado a manos de don Antonio Alvarez Morán y por entonces parece que se convirtió aquel lugar en Oratorio, como puede verse hoy.

Sebastián y el cura don Antonio Polanco derramaba sobre su frente las aguas regeneradoras del bautismo. La partida que se asentó después nos revela en su laconismo todo el drama que se agitaba en torno a aquel infante y la condición de inferioridad en que nacía, según el mundo.

"Miércoles 9 de diciembre de mil quinientos setenta y nueve bapticé a Martín hijo de padre no conocido y de Ana Velázquez, horra. Fueron padrinos Juan de Bribiesca y Ana de Escarcena y firmélo. Antonio Polanco"[2]. Sin la pompa de los bateos de la gente de alta o mediana posición social, la comitiva que llevó al recién nacido a la iglesia volvió a la casa de donde saliera y entregó a su madre el niño, hecho cristiano, que llevaba ya en su ser la simiente de la gracia, de esa gracia que no habría de perder y antes bien iría creciendo en su alma, embelleciéndola y elevándola hasta convertirla en una de las más favorecidas por el cielo. El mundo nada sabía de esto, pero ¿quién podría expresar la complacencia de Dios habitando en aquel pequeño ser?

Ana Velázquez de origen africano, pero nacida en Panamá, había conocido en esta ciudad o en la de Lima a un hidalgo español, llamado don Juan de Porras, quien, como otros muchos de su misma condición, no vaciló en enlazarse con ella clandestinamente, por respeto a su nombre y a la venera de la Orden de Alcántara que poseía. No fue su unión con la panameña tan pasajera como pudiera creerse, pues de ella brotaron Martín, nacido en primer término y más tarde Juana.

[2] Parroquia de San Sebastián de Lima. Libro de Bautismos de esta Iglesia de Señor San Sebastián, hecho en el mes de noviembre año mil quinientos y sesenta y un años, f. 53. El doctor Valdés llama al padrino Huesca, pero en los procesos donde se copia exactamente la partida dice Briviesca.

De su crianza y educación al menos en los primeros años, cuidó su madre, pero pasado algún tiempo, don Juan debió comprender que era también obligación suya atender a aquellas pobres criaturas y, aprovechando un viaje que hizo a Lima desde Guayaquil, decidió llevarlos en su compañía a su regreso. Era el primer paso para el reconocimiento de sus hijos.

De muy corta edad eran entrambos cuando en compañía de su padre llegaron al puerto de Santiago de Guayaquil. Tenía allí don Juan un deudo cercano, don Diego Marcos de Miranda, hermano de su madre y se presentó en su casa en compañía de Martín y de Juana.

Extrañó el tío que don Juan entrara por sus puertas con tal compañía y con la confianza que le daba el parentesco le preguntó la razón de venir cargado con aquellos dos mulatillos. Don Juan no se turbó ante la pregunta y con ánimo resuelto confesó que era el padre de los dos pequeños y que como a tal le corría la obligación de sustentarlos. Hízolo así, mientras vivió en aquella ciudad y algún tiempo después, habiendo de venir a Lima a recibir de manos del conde del Villar la confirmación del cargo de Gobernador de Panamá, se trajo consigo a Martín, dejando a Juana en poder de su tío [3]. Debía entonces contar unos 10 años de edad y

[3] En el año 1660 prestó su declaración Andrés Marcos de Miranda, de edad entonces de 64 años, e hijo del Capitán Diego Marcos de Miranda, tío carnal del padre de nuestro Santo. Éste dice que Juana, a quien él debió conocer, casó en Guayaquil, donde vivió hasta su venida a Lima. La hermana de nuestro Santo casó allí en primeras nupcias, y luego, en Lima, con Agustín Galán de la Magdalena, del cual no se sabe que tuviera hijos. De su primer matrimonio tuvo a Catalina de Porras, nacida en Guayaquil, la cual casó en Lima con Melchor González, hacia 1636, unos tres años antes de la muerte del Santo y contrajo después segundas nupcias con Melchor Beltrán, Maestro Boticario, el cual vivía aún, cuando Catalina se presentó a declarar en 1660.

en su rostro mate y delicado se transparentaba la inocencia de su alma. Volvía a la ciudad que le vio nacer después de una ausencia de cerca de cuatro años cuando apuntaba ya en sus miembros la robustez y estatura de la edad juvenil y con el corazón lleno de gozo al presentir los abrazos de su madre que le esperaba.

Don Juan, investido del alto cargo de gobernador de Panamá, creyó con algún fundamento que pondría en compromiso su autoridad si le acompañaban sus hijos y por eso decidió dejar a Juana al cuidado de su pariente don Diego Marcos de Miranda y a Martín en poder de su madre. Esta decisión puede decirse que determinó el porvenir de su hijo. Hasta entonces su niñez se había deslizado tranquila y segura, ya al amparo de su madre, ya en el hogar de uno de sus deudos. Dentro del ambiente cristiano que entonces se respiraba, la gracia de su bautismo había producido sus frutos y su buena índole le había conquistado el cariño de todos. Ahora, bajo la dirección de su madre, y posiblemente, de la señora a quien ésta servía, va a hacer progresos admirables en la virtud. A ello se ha de añadir la realidad de un nuevo don que le va a conceder el cielo en el Sacramento de la confirmación. Regía por entonces la Iglesia de Lima el santo Arzobispo don Toribio Alfonso Mogrovejo y a este prelado, a quien también le cupo ungir la frente de Rosa de Lima, le corresponderá ahora administrar el crisma de la salud y la fortaleza cristiana a Martín. Sucedía esto en el año 1591.

Vivía entonces Martín en el barrio de Malambo, en la casa de doña Isabel García Michel, madre de doña Francisca Vélez Michel, esposa del que fue Mateo Pastor como declara en los Procesos el hijo de ambos, el dominico Fr. Francisco Velasco. Vecino suyo era aquel boticario Mateo Pastor, que más tarde sería su confidente y amigo. Éste y su mujer empezaron a cobrar

afición a aquel modesto muchacho, de color es cierto, pero cuya piedad y compostura han podido observar diversas veces en el cercano templo de San Lázaro [4]. De entonces data el episodio que narran sus biógrafos y se halla confirmado en los Procesos por las declaraciones de sus contemporáneos. Sea que necesitara de luz para recitar sus oraciones de la noche, sea que deseara alumbrar a alguna imagen de su devoción, el hecho es que Martín, con alguna frecuencia, solía pedir a la dueña de la casa alguna vela de cebo o un cabo de cera antes de recogerse en la habitación donde dormía. Tantas veces reanudó su petición que la buena señora comenzó a abrigar algún recelo y una noche, cuando ya todos se habían recogido, deseó sorprender a Martín y observar lo que hacía a aquellas horas en su cuarto. Su sorpresa fue grande al ver por entre las junturas de la puerta mal entornada que Martín de rodillas hacía oración ante una imagen de Cristo Crucificado. Como todas las almas privilegiadas había comenzado a sentir los atractivos de la comunicación con Dios y antes de dar a sus miembros todavía débiles el necesario descanso, no quería privar a la suya del suave regalo de esta habla interior. Conmovida y admirada abandonó el dintel de la habitación la buena señora y no se recató luego de contar a sus amigas y a su vecina doña Francisca Vélez lo que habían visto sus ojos. Parece que ésta quiso por sí misma ser testigo de la precoz devoción de Martín y una noche fue también a aguaitarle con pia-

[4] El conocido biógrafo del Santo, el doctor Valdés, dice que Martín vivía en casa de su bienhechora, doña Francisca Vélez, pero no sabemos en qué haya podido fundarse para afirmarlo. Por las declaraciones de fray Francisco González y de fray Francisco de Velazco, dominicos, y este último hijo de Mateo Pastor y de doña Francisca Vélez Michel, parece deducirse más bien que eran vecinos.

dosa curiosidad. Martín era pobre, mas en su pobreza halló modo de ejercitar la caridad con los más necesitados que él. Es muy poco lo que sabemos de estos años de su infancia, pero lo que de ella nos ha conservado la tradición y se desprende de los dichos de sus contemporáneos es que era muy inclinado a socorrer las miserias ajenas y por esta razón más de una vez fue reprendido por su madre. No le sufría el corazón ver a un mendigo sin socorrerle con alguna cosa y se cuenta que una de las industrias de que se valió para poder ayudar a los pobres fue plantar en el interior de su casa un limonero, el cual daba fruto casi todo el año y por mucho tiempo se conservó en aquel lugar, siendo conocido por todos con el nombre del *limonero del Hermano Martín.*

Dada su condición fuerza era ayudar a su madre y trabajar. El chicuelo se prestó a ello de muy buena gana y comenzó por entrar al servicio de don Mateo Pastor. En la trastienda de su botica comenzó a aprender el uso de los medicamentos y como las boticas eran en aquel entonces y lo fueron hasta época reciente una oficina de primeros auxilios, tuvo ocasión de ver cómo se remediaba a los pacientes y se aliviaban sus dolores. El hábil y caritativo enfermero de Santo Domingo comenzaba a dibujarse entonces. Allí o tal vez en la barbería del barrio, Martín se adiestró en el oficio de barbero, aprendiendo a manejar la navaja y la lanceta, pues bien sabido es que los raspadores de aquel tiempo lo mismo servían para rasurar que para sangrar [5]. Por tal manera este adolescente, contrariando la natural inclinación de los jóvenes a distraerse en los juegos pro-

[5] Pudo también aprender el oficio en casa de Marcelo de Rivera, cirujano, pues éste aseguró en su declaración haber conocido a Martín, cuatro años antes de ser religioso.

pios de su edad, se dio al trabajo que había de ser ley de su vida y, como buen hijo, ayudó a su madre en sus necesidades. Tal aprendizaje sirvióle, además, sin sospecharlo él, para el oficio que más tarde había de ocupar gran parte de su tiempo, el de enfermero y remediador de los males ajenos.

Capítulo II

LA VOCACION

Había llegado a los 15 años y su espíritu cada vez más atraído hacia las cosas altas comenzó a sentir la voz de Dios que lo invitaba a una vida más perfecta. Sus ojos se fijaron en la Orden de Santo Domingo. Para llegar desde su casa a la iglesia de este nombre no había más que cruzar el puente de la ciudad y doblar luego por la Rinconada en donde estaba el Corral de las Comedias. Martín la conocía muy bien, pues había acudido a ella muchas veces en compañía de su madre adscrita muy probablemente a la Cofradía del Rosario de Pardos allí establecida. Ana Velázquez no puso obstáculo a la vocación de su hijo. De haberse dejado llevar por un sentimiento egoísta se habría opuesto, pues el apoyo de su hijo y las fundadas esperanzas que podría cifrar en su buena habilidad le prometían una vejez descansada, pero su espíritu cristiano se sobrepuso a todo y, tal vez, ella misma lo condujo a la portería del convento y pidió hablar con el padre Prior.

Era en aquellos tiempos el convento del Rosario uno de los más observantes de la ciudad y uno de los más populosos. Si había ganado mucho en la parte material, no era menor su crecimiento en la religiosa observancia y esto último le había conquistado el aprecio y la estimación de los limeños. Por otra parte, su templo guar-

daba una joya muy estimada de los vecinos, la imagen de Nuestra Señora del Rosario, dávida del Emperador y centro de fervorosa devoción. Todo esto y un designio providencial de Dios fue causa de que Martín encaminara sus pasos hacia este importante cenobio, en donde se deslizarían los años de su vida. Ana Velázquez con humildad y emoción que no podía ocultar expuso ante el padre Prior, fray Francisco Vega, el deseo de su hijo. Bien sabía ella que a los de su clase les estaba vedado aspirar a contarse entre los religiosos así fuese en la condición de hermano converso o lego, pero al menos creía que le podrían admitir en calidad de donado. Eran éstos verdaderos siervos del convento. Como su nombre lo indica, se obligaban a servir de por vida al monasterio a cambio de vestir el santo hábito y de ser considerados como miembros de la familia religiosa dentro de la cual vivían. A veces, como sucedió en el caso de Martín, se les admitía a los santos votos de pobreza, castidad y obediencia, pero esta oblación que hacían de sí mismos a Dios se podía considerar como un acto de devoción, aprobado por los Superiores, pero no como un lazo que los uniera indisolublemente a la religión y los ligara a ella de un modo solemne.

Martín no aspiraba a más. Su deseo no era otro sino el de servir a Dios y a sus prójimos con entera abnegación de sí mismo. Tantas veces había meditado en el sacrificio del Hombre Dios; tantas veces había clavado sus ojos, humedecidos por la compasión en el Cristo que tenía en su aposento, que lejos de arredrarle la vida humilde y abatida de los donados, le seducía el pensamiento de consagrarse al servicio de otros por amor de aquel Señor que se hizo siervo de sus criaturas. Al escuchar el Prior de los labios de su madre la pretensión de su hijo, no debió disimular ante ellos lo arduo de la profesión de donado, pero a esas reflexiones Ana

Velázquez calló y cedió la palabra a Martín. Este, sin turbación y con humilde acento manifestó que su mayor deseo era entregarse al servicio de Dios en aquella casa, que a todo se hallaba pronto y que contaba con la ayuda del cielo, porque sentía interiormente que ésa era su voluntad. Al padre Prior le debieron causar favorable impresión tanto estas palabras como el aspecto del joven pretendiente. Había en el rostro y en el porte de aquel muchacho de tez morena tanto candor, tanta sinceridad y modestia que el buen padre no pudo menos de inclinarse en su favor. Ignoraba que el cielo hacía al convento en la persona de aquel joven mulato un presente verdaderamente regio, pero su alma pareció presentir que la admisión de aquel donado le sería muy ventajosa.

No sabemos la fecha cierta de su ingreso y sólo por declaraciones de los que le conocieron y trataron se tiene por averiguado que se verificó a los 15 años de su edad o sea hacia 1594, siendo Provincial fray Juan de Lorenzana. Martín traspasó los umbrales del convento y pudo exclamar con el Salmista: "Éste es el lugar de mi descanso para siempre: aquí moraré porque éste es el sitio de mi elección". Sin vestir todavía el hábito que lo distinguiría más tarde de los seglares, aplicóse con amor a los oficios humildes de la casa y ora con la escoba en la mano, ora en el manejo de la navaja, ponía sus cinco sentidos en lo que se le encomendaba, pues su intención era servir a Dios. Pronto se ganó el afecto de todos. Se le veía tan recogido y al mismo tiempo tan sonriente; era tan natural la prontitud con que prestaba sus servicios y tan modesto su porte, que, pese a su condición de criado y a la prevención que existía contra la gente de color, todos se sentían inclinados a mirarle con benevolencia y el que menos le concedía su respeto.

Martín pasó así el primer año en la Casa de Dios. Tenía ya 16 años cumplidos y aun cuando no hubiera nada prescripto acerca de la fecha en que se concedía el hábito de los donados, es de creer que por este tiempo se le autorizó a vestirlo [6]. No parece que se llevara un registro de los que lo vestían, dentro de su clase. De haber existido, por él sabríamos el día y el año en que, desnudándose el traje seglar, vistió la áspera túnica que cubriría sus carnes, el blanco cendal de la Orden y se ciñó la correa a la cintura, colgando de su cuello las redondas y lucientes cuentas del rosario, como era costumbre en la provincia dominicana del Perú. Día de gozo debió ser para el humilde donado este de su vestición religiosa. Veíase más separado del mundo, más unido a Dios y más estrechamente ligado con la Orden que había abrazado. Su firme deseo de perseverar hasta la muerte en el servicio de Dios le pudo mover a decir lo que ya en vísperas de abandonar este mundo dijo con espíritu profético: Con este hábito me han de enterrar.

[6] Según el Concilio de Trento, la Profesión religiosa no se podía emitir antes de los 16 años cumplidos. Por analogía, se puede conjeturar que tampoco se concedía a los donados el hábito antes de esa edad.

Capítulo III

HISTORIA DE UN NOMBRE

Hace ya tiempo que a Martín se le da el apellido Porres y no el de Porras que le dieron sus primeros biógrafos. ¿Cuáles son las causas que han dado origen a este cambio? El asunto no es tan trivial como pudiera parecer a algunos, apoyándose en el hecho indudable de ser usuales tanto el uno como el otro apellido en castellano, pero no es menos cierto que la alteración del verdadero nombre del Santo no se justifica, si no ha habido razones poderosas para ello. ¿Las hubo acaso? Eso es lo que examinaremos más adelante, pero empecemos por decir que todos los documentos contemporáneos están conformes en darle al Santo el apellido de Porras.

Si conociéramos con datos precisos el linaje de su progenitor o apareciera en la fe de bautismo el nombre de su padre, no cabría discusión alguna, pero desgraciadamente solo se sabe por tradición que su padre se llamó don Juan de Porras, que perteneció a la Orden de Alcántara y que ejerció el cargo de Gobernador de Panamá. Esto último puede ponerse en tela de juicio, aunque el dato lo consignan los biógrafos de Martín, pero no aducen prueba alguna y, además, olvidan que en Panamá en esos años gobernaba el Presidente de la Audiencia que allí residía. En la partida de bautismo no se consigna el nombre del padre y ni siquiera se da

el apellido del bautizado. "Miércoles 9 de Diciembre de 1579 bapticé a Martín, hijo de padre no conocido y de Ana Belazquez, horra", escribe el cura de San Sebastian, Don Antonio Polanco.

Sin embargo, Martín fue reconocido después por su padre y no le faltaban parientes, de modo que por esto podemos averiguar el apellido paterno. Comencemos por su hermana Juana, a quien su padre condujo a Guayaquil y entregó, siendo todavia niña, a un deudo suyo cercano D. Diego Marcos de Miranda, para que la criase. Juana permaneció al lado de su deudo y casó en Guayaquil años más tarde. En los procesos del año 1660 declaran un hijo del dicho Marcos de Miranda y la hija de Juana, Catalina y tanto el uno como la otra se refieren a Juana de Porras, hermana de Martín; a éste le dan también el mismo apellido y, por último, Catalina firma asimismo Porras.

Estos testimonios son incontestables, pero a ellos habría que añadir el de otro testigo Juan de Porras, posiblemente hijo de D. Diego Marcos de Miranda, pues residía como éste en Guayaquil y debió tomar el apellido Porras que era de su linaje, siguiendo una costumbre frecuente entonces. En el contrato de retrocesión que suscribía Martín en Lima el año 1636, el dicho Juan se da a sí el apellido Porras. Éste es el argumento deducido de sus antecedentes familiares, pero hay otro aun más decisivo. De las dos firmas auténticas del Santo que se conocen, la una aparece en el Libro de Profesiones del Convento de Santo Domingo, el 2 de junio de 1603 y allí claramente se lee: Fray Martín de Porras. La otra se halla en un documento del Archivo Nacional del Perú, en el protocolo del notario Diego de Jaramillo al fol. 135, correspondiente a los años 1635-1636. Es un contrato de retrocesión, autorizado por el notario y testigos y por el Vice Provincial de Santo Domingo,

el Padre Vicario del Convento, Fray Luis de La Raga. En este documento la firma dice: el Hermano Fray Martín de Porras.

Bastaría con lo dicho, pero podemos reforzar el alegato. En el año 1657, cuando solo habían transcurrido 18 años de la muerte del Santo y no se habían iniciado los Procesos, el Prior y los Frailes de Santo Domingo hacen entrega y donación al gran amigo de Martín, D. Juan de Figueroa, ante el escribano Martín de Ochandiano, de una capilla que había sido antes la celda del Santo en la Enfermería. El Prior, Fray Juan Guerra y todos los demás religiosos, en número de 39, todos los cuales o la mayoría había conocido y tratado a Martín no le llaman sino Porras [7].

En 1660 se abren los Procesos con autoridad del Ordinario y se presentan 64 testigos, contemporáneos del Santo, a quien habían conocido y tratado. Todos sin excepción le dan el apellido Porras. ¿Puede pedirse algo más terminante? No lo creemos, pero advirtamos de paso, que la sobrina de Martín se presenta dos veces a declarar y una y otra vez firma: Catalina de Porras. Otro testigo de mayor excepción, Juan Vásquez de la Parra, cuyo testimonio reproducimos al fin, no hace sino ratificar lo dicho [8].

Era lógico, por tanto, que los biógrafos del Santo, a partir del más antiguo, Fray Juan de Vargas Machuca, y prosiguiendo con Fray Bernardo de Medina y Fray Juan Meléndez, todos no le den otro apellido sino Porras. No podían menos de hacerlo así, pues lo contrario habría sido una superchería.

En 1686, o sea veintiséis años después del Proceso

[7] V. Revista del Archivo Nacional del Perú, t. XXV, julio-dic. 1961, p. 292 y s. *Fray Martín de Porras. Documentos.*

[8] *Fray Martín de Porras. Proceso de Beatificación*, vol. 1, Proceso Diocesano, Salamanca, 1960.

Ordinario y cuarenta y siete después de su muerte, cuando apenas subsistían algunos testigos contemporáneos, empieza a asomar débilmente el apellido Porres y cabe dudar si en efecto se le da a Martín ese apellido o se trata de un error del escribiente.

Esa trasmutación se produce en el siglo XIX, a raíz de su Beatificación. Antes de ella, el médico D. Juan Manuel Valdés, publica una Vida del Santo y en ella desde la carátula da al Santo el nombre de Porres. En vano se buscará en la obra una explicación del cambio, Valdés, lo da como una cosa llana y comprobada, pero al obrar así o revela que no conocía bien los Procesos y a los biógrafos del Santo o procede de mala fe. En nuestro sentir Valdés, que era también hombre de color como Martín, pensó que Porras podía ofender los oídos de algunos y por una pudibundez exagerada creyó conveniente hacer el trueque.

Al agitarse la causa y aproximarse la Beatificación, los Dominicos de Lima, sin mayor examen, acogen la opinión de Valdés, se inspiran en él y en Roma, en presencia de sus informes, se da a Martín el apellido Porres como aparece en el Breve de Beatificación dado por Gregorio XVI. Hasta entonces Martín era muy poco conocido. Comienza a extenderse su fama y corre su nombre con el apellido Porres. Según hemos oído decir, dos circunstancias confluyen a vulgarizarlo, la una el que en los países de lengua portuguesa la palabra "porras" sea malsonante y luego el que en los de lengua inglesa la a se convierta en e[9]. En el fondo, sin embargo, la razón última radica en que no se ha hecho un detenido estudio de sus orígenes y de las fuentes básicas de su biografía.

[9] No ha faltado en estos tiempos quien afirme que el apellido del padre del Santo fue Porres y no Porras. No se

Nos interesa también conocer la verdadera fisonomía de Martín. No se han detenido en este punto los que han escrito su vida; tampoco hallamos en los Procesos de su Beatificación datos concretos sobre el particular y sólo muy de paso se apuntan algunos rasgos sobre su aspecto exterior. Como no existe, además, retrato auténtico del santo, tanto sus biógrafos como los pintores que han reproducido su imagen se han dejado llevar del capricho y a veces nos han dado un retrato de Martín que está lejos de responder a la realidad. Empecemos por descartar una opinión que indirectamente parecen aceptar algunos escritores y con desembozo aceptan no pocos de los que con el buril o el pincel han diseñado el retrato del lego dominico. Martín no fue negro sino mulato; por mucho que se hubiera pegado a su madre, de la cual se puede sospechar que fuese también mulata, aun cuando nosotros nos inclinamos más bien a tenerla por africana legítima, es indudable que la sangre castellana de su padre afinó sus rasgos, rebajó el color de su piel y le dio a su tez ese tinte mate o pardo claro propio de los mulatos.

Esto es verdad aun en el caso de haber él heredado las características de la raza materna, que es lo más probable, pero es preciso advertir que los hijos procedentes de español y de negra no son siempre de un color

dan pruebas fehacientes pero, aun concediendo que el padre fuera Porres y no Porras, el hecho indudable es que el hijo se llamó Martín de Porras. Véase el *Diccionario de heráldica y genealogía de* ALBERTO y ARTURO GARCÍA GARRAFFA, vol. 71, p. 180 y allí se podrá comprobar cómo hubo Porres y Porras y cómo en América se avecindaron algunos con el último apellido, entre los cuales figura el Capitán Juan de Porras que sirvió en las Indias quince años y a quien se concedió escudo de armas; Diego de Porras que intervino en la conquista y pacificación de México y otros, venidos al Perú y que se establecieron en el Norte.

ni ostentan siempre los mismos matices: el cabello, crespo y ensortijado, por lo común, puede ser castaño y aún rubio; los ojos alcanzan a ser azules; el rostro varía desde el pardo oscuro hasta el blanco; la nariz puede ser achatada o aguileña; los pómulos aparecerán más o menos salientes y los labios podrán ser gruesos o finos. En consecuencia, esta mezcla de razas no produce un tipo único y definido que pueda servir de patrón para representarlo. No poseyendo, como no poseemos, una pintura auténtica de Martín es legítimo imaginarlo de una u otra manera, si bien hoy falten indicios que nos permitan fijar su fisonomía corporal.

Su madre, aunque de raza africana, no debía carecer de prendas físicas; de otro modo no se concibe que don Juan de Porras se enamorara de ella y hubiese convivido en su compañía por tanto tiempo. Juana, la hija de entrambos y hermana de Martín, debió heredar estas cualidades, pues sus dos enlaces, el uno en Guayaquil y el otro en Lima, después de haber quedado viuda, fueron con españoles o criollos y ello demuestra que no debía carecer de atractivos personales. Lo mismo habría que repetir de la sobrina de nuestro santo, Catalina, casada también dos veces y una y otra con personas de sangre y no de vulgar calidad. ¿Martín habría de ser una excepción? Cabe en lo posible que así fuese, pero los que le trataron nos lo pintan más bien amable y atrayente y aun cuando esto pudiera atribuirse principalmente a la santidad que en él resplandecía, no creo andar descaminado si dijera que también reconocía por causa la simpatía que despertaba en torno de sí su aspecto exterior.

Sus retratos abundan, pero en ellos no hay sombra de uniformidad. Al revés de lo que ocurrió con Santa Rosa, los que le sobrevivieron no se cuidaron de conservar sus rasgos. El único retrato que podría pasar

por auténtico es el que existía en el Refectorio de la Enfermería del Convento de Santo Domingo, en el año 1686. Al llevarse a cabo el reconocimiento de sus restos, depositados en la Capilla de la Enfermería, fray Manuel de Castro se presentó a declarar y entre las cosas que afirmó con juramento una fue "que solo se conservaba, por memoria de su grandísima caridad, un retrato de medio cuerpo de dicho Siervo de Dios, sobre la puerta del Refectorio de la Enfermería que despierta la memoria y la imitación de sus acciones a los que le suceden en el oficio" [10]. Fray Domingo Gil, que asistió al sepelio de Martín y le conoció, aseguró lo mismo y añadió que dicho lienzo tendría como vara y media de alto y representaba al Santo con la escoba en una mano y en la otra el rosario que colgaba de su cuello y pendiente del cinto un estuche de cirugía [11].

Este retrato no se conserva, pero no es improbable que aparezca algún día. Si el pintor mismo no conoció al Santo, es seguro que entre los religiosos que le encomendaron esta obra no faltarían quienes le habían tratado. Pudieron, pues, guiarle en su labor y hacerle un esbozo del retratado. No olvidemos, finalmente, una circunstancia. Martín falleció a los 60 años y, como sucede a todo hombre, su fisonomía hubo de sufrir la alteración que imprimen los años y por lo que a él le toca los rigores con que maltrató su cuerpo. No puede ser, por

[10] Legajo 7º de los Procesos. Arch. Arzob. Lima. Reconocimiento de los Restos del S. de D. Fray Martín de Porras. 7 octubre de 1686.

[11] Hemos tratado de averiguar el paradero de este cuadro, pero ha resultado inútil nuestro intento. No se le halla en el Convento y en la Exposición Iconográfica que en 1939 se celebró en Lima con motivo del Centenario de su Beatificación, no figuró entre los lienzos y grabados que se exhibieron. Desapareció, probablemente, al quedar transformada la enfermería de la cual apenas quedan vestigios.

tanto, idéntico el retrato que nos lo representa en la flor de sus años y el de la edad madura. La iconografía martiniana se ha complacido más bien en el primero y sólo acá o allá se ha echado mano del segundo, estableciendo un inevitable contraste.

Capítulo IV

HEROICOS COMIENZOS

Hasta el año 1603 en que Martín fue admitido a la Profesión, la vida de nuestro biografiado no ofrece nada de particular. Lo que hay en ella de extraordinario es la constancia con que el joven donado aspira a la perfección y la imperturbable serenidad y alegría con que soporta la penosa y oscura carga que ha tomado sobre sí. Ahora barra los claustros y oficinas del convento, ahora pase a la enfermería a prestar los servicios más humildes y bajos a los enfermos, ahora ascienda a la torre a repicar las campanas o salga a la iglesia a ayudar a la Santa Misa, en todas partes se le ve modesto, afable, recogido, lleno de caridad y de dulzura. No debieron faltarle contradicciones; sin duda que no escasearon los denuestos que más tarde descargan sobre él algunos de sus mismos hermanos; no se vio libre tampoco de esas desolaciones que son el tormento de las almas santas y, por lo pronto, algunas veces la fatiga le rendiría y con el cansancio vendría, tal vez, el tentador a infundirle el tedio hacia el género de vida que llevaba, vida de entera abnegación y de perpetuo sacrificio de sí mismo. ¡Oh, qué dura debía parecerle entonces su cruz! Martín entonces no tenía otro asilo que los pies del Crucifijo y allí mentalmente se abrazaría con su Señor, como más tarde lo hará de un modo más

elevado y real. Solo llevando impresa en el alma la imagen de Cristo Crucificado se puede explicar esta perenne e incruenta inmolación del donado limeño.

Por entonces habría que colocar el episodio que narran algunos de sus biógrafos, muy verosímil aun cuando de él no hemos hallado confirmación alguna en los Procesos. Hacia 1596 y gobernando el Virreinato don Luis de Velasco volvió a Lima don Juan de Porras. Se entera que su hijo Martín se halla en el convento de Santo Domingo en calidad de donado y su orgullo se subleva al saberlo, porque no se le oculta que en esa situación apenas hay diferencia entre él y un esclavo. Va al convento y pide hablar con el Provincial. Éralo entonces fray Salvador de Rivera, descendiente de conquistadores y emparentado con las mejores familias limeñas. Don Juan le representa que es para él desdoroso el que su hijo, así sea natural, ocupe en el convento el último lugar y no llegue siquiera a contarse entre los hermanos conversos. Al fin, lleva su apellido y sería deslustrarlo reducir a Martín a la condición de donado. Fray Salvador no deja de medir el alcance del argumento, porque entiende bastante en achaques de hidalguía, pero observa que ésa es la práctica establecida por los capítulos provinciales: no admitir como hermanos legos a los mulatos. Don Juan invoca una excepción y como sabe la estima en que tienen a su hijo, insiste ante el Provincial. Este que conoce un poco a Martín se resuelve a dejar el asunto en sus manos. Le hace llamar al instante y a los pocos momentos entra en la sala de recibo el humilde donado. Saluda al Provincial besando reverente su escapulario y luego abraza a su padre con amorosa efusión. Fray Salvador se dirige a él entonces y le dice:

—Hermano Martín, vuestro padre querría que

abandonáseis vuestra condición de donado y os caláseis la capilla de Hermano lego. ¿Qué os parece?

Por toda respuesta Martín se postra ante el Provincial y con acento firme, exclama:

—Padre mío: en la casa de Dios no hay oficio bajo por humilde que sea; yo he escogido este estado porque mi voluntad es servir al Señor que se abatió por nosotros hasta tomar la forma de siervo. No me neguéis esta gracia que yo aprecio más que todas las honras del mundo.

Su padre le escucha conmovido: una lágrima furtiva se escapa de sus ojos: él mismo no alcanza a comprender cómo se ha desvanecido su resolución de sacar a su hijo del estado en que vive y, al levantarse Martín de los pies del prelado, lo atrae a sí y abrazándolo murmura en su oído estas palabras:

—Bien está, hijo mío, se ve que Dios te quiere para santo.

Así era en verdad y por un camino que a los ojos del mundo parecía un extravío, el caballero cruzado, temeroso de empañar su nombre y ganoso de honra, vino a hacer célebre su apellido y a conseguir el mayor de cuantos honores podía apetecer, el que fuese sublimado su hijo al honor de los altares y se repitiese su nombre con veneración en todas las lenguas del mundo. ¡Cuán inescrutables son los designios de Dios!

Este hecho nos habla muy alto de la humildad de Martín, pero hay otro, más verídico y mucho más elocuente. Debió tener lugar algunos años más tarde, tal vez poco tiempo antes de ser nombrado enfermero del convento y en los primeros años del siglo XVII. Por aquel entonces se habían llevado a cabo diversas obras en Santo Domingo; los gastos habían sido crecidos y aunque las rentas no eran escasas, apenas bastaban, tanto para sustentar a los muchos religiosos que lo ha-

bitaban, quizá cerca de doscientos, como para atender al aumento y conservación del edificio. Hoy al recorrer el hermoso claustro que se extiende al costado de la iglesia y admirar sus artesonados, los magníficos azulejos sevillanos que adornan la parte baja de sus muros, los altares procesionales que embellecen sus ángulos, no podemos menos de pesar con la mente el caudal de dinero que todo aquello costaría. Por fuerza hubo de haber apuros económicos y uno de ellos se presentó por este tiempo. El prior, a fin de salir de él, maquina solicitar entre los comerciantes amigos un préstamo a corto plazo. La noticia se esparce por la comunidad y llega a oídos de Martín. Este participa las congojas del prelado y en un arranque de sublime generosidad resuelve ofrecerse en venta como esclavo. No era pequeña la cantidad que se pagaba por uno de ellos; oscilaba entre 400 y 800 pesos y en ocasiones se pasaba de esta suma, cuando las condicions de la *pieza de ébano* eran más que satisfactorias. Tal era el caso de Martín. Joven, robusto, hábil y bien inclinado hubiera sido en el mercado una prenda codiciada. La cantidad que por él se diera no era despreciable ni mucho menos. Si la calculáramos al precio que hoy alcanza nuestra moneda tendría un valor veinte veces mayor.

Cruza la idea por su mente y no vacila en exponerla a su superior. Se encamina a su celda y véle entrar el prior, modesto y sonriente con las manos cruzadas debajo del escapulario.

—¿Qué se os ofrece, Hermano Martín?

—Padre —responde el donado— sé que el convento padece necesidad y que apenas hay para el sustento diario; yo le pertenezco y le puedo ser más útil que hasta aquí, véndame, padre, como esclavo y habrá para remediar lo más preciso.

No dice más, pero sus ojos claros y tranquilos parecen suplicar al prior que le otorgue esta gracia. Bajó los suyos el prelado; sintió que la emoción le invadía y un impulso de postrarse a los pies del donado y besárselos. Se contuvo sin embargo, pero echándole los brazos y estrechándolo contra su pecho, le dijo casi sollozando:

—Dios se lo pague Hermano Martín, pero el Señor que lo ha traído aquí se encargará del remedio.

Martín se postró a sus plantas, besóle el escapulario y el prior levantando la mano le echó su bendición.

La escena debió pasar inadvertida hasta después de la muerte del Santo, pero ella sola bastaría a darnos la medida de la heroica virtud de Martín. Esclavo, no ya de sus hermanos pero aun de un amo cualquiera, para servirles mejor, he aquí lo que pretendió ser. Y sin parar mientes en lo que acaba de ocurrir, salió de la celda prioral con la misma calma con que había entrado, gozoso de ocupar el último lugar en la casa de Dios.

Capítulo V

VIDA DE ABNEGACION

La virtud de Martín bañaba ya el convento con su resplandor. El procuraba ocultarse y pasar inadvertido aun para sus mismos hermanos, pero bien le echaban de ver todos en cuanto se ponían en contacto con él, y sin necesidad de esto, dondequiera que ponía sus manos, ya sea en la barbería, en la enfermería, en la cocina o en los claustros, el orden, la limpieza, la previsión estaban delatando su entrega total en servicio de los demás. Los superiores juzgaron que tanta abnegación merecía ser recompensada y decidieron admitirlo a los santos votos o a lo que se denomina la profesión. El 2 de junio de 1603, en el coro del convento y en presencia de muchos miembros de la comunidad, Martín arrodillóse ante el padre fray Alonso de Sea, subprior y pronunció la fórmula que lo consagraba perpetuamente a Dios, ligándolo a la religión con los santos votos de pobreza, castidad y obediencia. Terminada la sencilla ceremonia, cuyo significado nadie mejor que él penetraba, recibió el abrazo de sus hermanos y cuando éstos abandonaron el coro, Martín quedó allí de rodillas, renovando en su interior la oblación que había hecho de sí mismo a Dios, desde el momento en que cruzó los umbrales del monasterio y que ahora ratificaba de un modo solemne.

Vale la pena conocer el acta de su profesión tal y como se encuentra en el libro en donde se inscriben las que emitían los hijos del convento del Rosario de Lima[12]. Al folio 117 v. se lee: "En 2 de Junio de 1603 hizo donación de sí a este convento para todos los días de su vida el Hermano Martín de Porras, mulato, hijo de Juan de Porras, natural de Burgos y de Ana Velázquez, negra libre; nació en esta ciudad y prometió este día obediencia para toda su vida a los Priores y Prelados de este Convento, en manos del P. fray Alonso de Sea, subprior de él y juntamente hizo voto de castidad y pobreza, porque así fue su voluntad, siendo Prior de este convento el Muy R. P. Presentado Fray Agustín de Vega. Fueron testigos el padre fray Pedro de la Serna, Maestro de Novicios y el P. Fray Luis Cornejo y otros muchos religiosos y firmólo de su nombre Fray Alonso de Sea subprior Hermano Martín de Porras".

Tenía 24 años de edad y llevaba en la Orden nueve. La muestra de aprecio que había recibido de la religión no introdujo cambio alguno en su tenor de vida. Continuó siendo el siervo de todos y acaso pudo notarse un acrecentamiento de su fervor. Su inagotable caridad para con los enfermos, su habilidad como cirujano y la paciencia con que soportaba sus impertinencias movieron a los superiores a confiarle el cargo de enfermero. Era Provincial fray Francisco Vega, que lo fue de 1606

[12] Libro Nuevo de las Profesiones de los Hijos de este Convento de Nuestra Señora del Rosario de esta ciudad de los Reyes. Comenzóse el primero de enero de 1584 siendo Maestro (General) de la Orden el Revmo. P. Fray Xisto Fabri, Lucensis y Provincial de esta Provincia el M. R. P. Fray Domingo de la Parra y Prior de este Convento, el P. Fray Luis de la Cuadra y Maestro de Novicios, el P. Fray Agustín Montes, en el cual se inscribieron todas las profesiones que estaban escritas en el libro antiguo, sacadas "de verbo ad verbum" como en él se contienen.

a 1610 y en su tiempo se hizo este nombramiento. Desde entonces hasta su muerte ésta ha de ser una de sus principales ocupaciones, pero Martín, que tuvo siempre sobra de labor en casa, extendió su caridad a otros muchos enfermos de la ciudad y se convirtió podemos decir en el enfermero de los desamparados y de aquellos a quienes, al parecer, ya había vencido el mal. Cuando se dedicó a curar a los de fuera lo hizo con la licencia de sus Prelados y sólo progresivamente ejerció este ministerio más allá de los muros del convento, al trascender su fama de piadoso samaritano y esparcióse el eco de las curaciones que había llevado a cabo entre sus hermanos.

Mas su actividad no se ciñó a las penosas tareas de curar las dolencias ajenas, otros oficios desempeñó en el convento y de ellos nos habla en su declaración Fray Cipriano de Medina, que ingresó el año 1615. Dice que le halló en hábito de donado "y como tal hacía oficios de enfermero, barbero y cirujano y con tan grandes demostraciones de santidad y virtud que todos le veneraban por santo". Tomó también para sí el oficio de campanero y fue él, casi hasta su última enfermedad, el que tocaba al alba y abría las puertas de la iglesia; ayudaba al Hermano portero fray Martín Barragán, a repartir la comida de los pobres y, más tarde, se ocupaba también de servir de hortelano en la hacienda de Limatambo. Pero toda esta actividad exterior que excedía, podemos decir, las fuerzas de un solo hombre no le impedía en lo más mínimo llevar una intensa vida interior. Solo así se explica que pudiera llevar sobre sí tan pesada carga. Por otra parte, Martín tenía siempre delante de sus ojos a Dios y le sabía ver en todas las criaturas. De ahí su amor a todas ellas, aun a las más pequeñas y la libertad con que de ellas hacía uso sin reparar en la resistencia que pudieran oponer.

Pero a medida que fue creciendo en edad, alentado

por la confianza que en él depositaban sus superiores, su caridad se desbordó por toda Lima y los alrededores de la ciudad, como vamos a verlo, y aun se extendió a lejanos países, por una acción extraordinaria del poder de Dios. Si a esto se agrega que, sintiendo las necesidades de sus prójimos, trató en cuanto estuvo a su alcance de remediarlas, bien se deja entender que razón sobrada tuvo fray Juan de la Torre, uno de sus contemporáneos, para llamarle no Martín de Porras sino Martín de la Caridad.

Hizo subir de quilates este su amor al prójimo el que muchos no le agradecieran sus servicios, antes bien le respondieran con afrentas. Ponían así a prueba no sólo esta virtud sino también su humildad, pero ésta era tan profunda que apenas le hacían mella los desprecios. Todos sus biógrafos repiten algunos de estos hechos que han tomado de una fuente tan segura como los Procesos. Citaremos algunos. En un momento de ofuscación díjole alguno que era un perro mulato, merecedor de estar en una galera y otros denuestos de este porte. Martín no se inmutó y, postrándose a los pies del que así le agraviaba, hizo ademán de besárselos, diciendo que mucho más que eso merecía él por sus maldades. En otra ocasión hallándose un religioso enfermo, mandóle llamar y como el Santo tardase un poco para su impaciencia, le saludó al verle entrar en su celda con esta imprecación:

—¿Ésta es su caridad, hipocritón, embustero? Bien pudiera yo haberlo conocido.

A lo cual respondió mansamente Martín:

—Éste es el daño, padre mío, que no me conozco yo después de tantos años que he que trabajo en esto y, ¿vuestra Reverencia quiere conocerme en cuatro días que ha que me sufre? Otras muchas maldades irá descu-

briendo en mí cada día, porque, en verdad, que soy el peor hombre del mundo.

Quedó atónito el enfermo a la vista de la humildad de Martín quien con toda caridad procedió a atenderle.

Había ido a visitar al padre fray Pedro de Montesdoca, que guardaba cama, su amigo el capitán Juan de Figueroa, que refiere el hecho y, entrando en la celda del santo, por leve motivo le llamó el padre perro mulato con otra salva de epítetos fuertes. Salióse Martín riendo y al anochecer, volvió a la cabecera del enfermo y le dijo:

—Ea, padre mío, ¿está ya desenojado? Coma esta ensalada de alcaparras que le traigo.

El bueno del fraile que la estaba deseando, confundido y avergonzado le pidió perdón a Martín y como los médicos le hubiesen prevenido que iba a ser necesario cortarle la pierna, le pidió que se compadeciese de él y le remediase. Martín, sin contestar palabra, descubrió la pierna adolorida e hinchada, puso sus manos sobre ella y volvió a extender la cobija sobre el miembro enfermo. A poco, éste advirtió que estaba curado.

Alguna resonancia tuvo también otro suceso de esta especie que pasamos a narrar. Un religioso antiguo le mandó llamar y como Martín no pudiera acudir al instante porque otro asunto urgente lo retenía, salió de sí el enfermo, exacerbado ya por los achaques y al presentársele Martín lo trató con aspereza y lo llenó de injurias. Martín, dando lugar a que cesara la tormenta y se aplacase el iracundo enfermo se retiró. Pasado algún rato, volvió al cuarto del doliente y contra lo que se podía esperar, se repitieron los agravios. Martín se puso de rodillas y le pidió perdón. A las voces que había dado su gratuito injuriador, acudieron algunos reli-

giosos y uno de ellos, al ver postrado a Martín, le preguntó:

—¿Qué esto, Hermano?

—Padre —contestó el humilde Hermano— tomar ceniza sin ser miércoles de ella. Este padre me ha dado con el polvo de mi bajeza en los ojos y me ha puesto la ceniza de mis culpas en la frente y yo, agradecido a tan importante recuerdo, no le beso las manos, porque no soy digno de poner en ellas mis labios, pero me quedo a sus pies de sacerdote. Y créanme que este día ha sido para mí de provecho porque he caído en la cuenta de que no soy digno de estar en la casa de Dios y entre sus siervos.

Nada de esto bastó a debilitar su caridad, antes parece que el mal tratamiento que se le daba era un nuevo aliciente para que ella se extremara. A un superior que sólo por probarle le dio una fuerte reprensión, le llevó luego a su celda un dulce de conserva que sabía le había de agradar y, al mismo tiempo, le agradeció la reprimenda o, como él decía, el cuidado que tenía del aprovechamiento de su alma. Su corazón generoso no podía abrigar el resentimiento y su humildad no le permitía darse por ofendido. De ahí que pudiera decirse de su espíritu lo que un proverbio indio dice de la bondad, que es como el palo de sándalo que perfuma la misma hacha que lo ha cortado.

Capítulo VI

EL RITMO DE UNA VIDA

Todo en la vida de los santos nos interesa: su vestido, su morada, sus ocupaciones ordinarias, sus amistades, su temperamento, porque en todas estas cosas que no constituyen la santidad, se refleja, sin embargo, la acción de la gracia y el espíritu sobrenatural que los animaba. En su proceder exterior es muy posible que no hallemos diferencias notables con los hombres de su tiempo pero siempre hay algo que los delata y distingue de sus semejantes. Martín había abrazado la Orden de Santo Domingo, en la cual no habían dejado de introducirse reformas, muchas de las cuales tendían a mitigar el rigor de la regla primitiva. Por otra parte, aquí en América, por diversas causas, se dispensaba en ciertas observancias que no lesionaban lo substancial del estado religioso, pero que podían considerarse como condescendencias para con la naturaleza, débil de suyo y nada inclinada a la aspereza. Martín se dio cuenta de esto y sin parar mientes en lo que hacían los demás, trató de ajustar sus acciones a la primera regla en toda su pureza.

Según ésta los religiosos no habían de vestir sino ropa de lana basta y Martín no se apartó un punto de ella, ni aún en sus últimos años o en los casos de enfer-

medad [13]. Su túnica interior era de sayal o de lana de Castilla y le llegaba hasta la rodilla. Sobre ella se vestía el hábito de cordellate, sin hacer uso de calzones o jubón. Ceñíase a la cintura la correa de la cual pendía el rosario y cuando había de salir de casa se echaba encima el negro escapulario y se cubría con un sombrero de lana de la tierra, el cual solía dejar colgando de los hombros, pendiente de unas cintas, sin que por fuerte que fuese el sol se lo pusiera para defender la cabeza. Los zapatos que usaba eran los que otros desechaban y él componía del mejor modo posible para que le sirviesen. Ocurrió que un donado zapatero que había recibido una herida en un brazo, comenzó a sentir en él fuertes dolores y habiéndole salido una apostema acudió a Martín para que le curase. Viole el santo y aplicando un poco de saliva a la parte dolorida le dijo:

—Vaya, hermano, que no será nada.

Sintióse el otro algo mortificado al ver el poco caso que hacía de su mal y se lo manifestó a Martín. Por toda respuesta, tomó éste un pedazo de cuero que halló a la mano y se lo aplicó a la parte enferma. Fuese el paciente, pero para volver a poco a darle las gracias por haber desaparecido su mal. En agradecimiento se

[13] En el Capítulo General de Salamanca, al cual asistió fray Tomás de San Martín, en representación de la provincia de San Juan Bautista del Perú, solicitó ésta la dispensa en el uso de vestidos de lana, por lo cálido de la tierra y la falta de ropa de este género y se la autorizó a hacer uso de lienzo basto como el cañamazo. Bueno es, además, recordar, que Martín no sólo trataba de ajustarse a la regla sino que también procuraba que los demás lo hiciesen. Por esto, al ver que un religioso vestía lienzo porque no tenía otra cosa, según confesión del mismo, se industrió para hacer túnicas de anascote recogiendo las de ruán y las repartió entre los religiosos, a fin de no dar ocasión a que se quebrantase la regla.

ofreció a hacerle un par de zapatos, porque los de Martín estaban muy gastados pero el santo no aceptó la oferta y le indicó más bien que los diese a algún pobre, encareciéndole el mérito de la caridad.

Aunque era aseado y compuesto, por fuerza sus hábitos tenían que gastarse con el uso. Advirtiólo una vez su hermana y le dijo que de no darle el convento otros, ella se ofrecía a hacérselos nuevos. Ni aun importunado vino en ello Martín, dándole a entender a Catalina que en la religión el hábito pobre a nadie deshonra. Sólo algún tiempo antes de su muerte, parece haber aceptado un hábito nuevo de cordellate y como algunos lo extrañasen y se lo diesen a entender, les respondió:

—Pues con este hábito me han de enterrar.

La túnica interior nunca se la quitó y él mismo se la lavaba. Sólo la obediencia pudo hacer que se desnudase de ella en su última enfermedad y como preciosa reliquia se la dieron los religiosos, después de su muerte a doña Mariana de Villarroel, mujer de Andrés López de Ortega.

Tenía su celda en el claustro de la enfermería pero ella más que otra cosa era la despensa de todos los necesitados, razón por la cual la llamaba fray Cipriano de Medina "la oficina de caridad de este convento". Allí guardaba los colchones, la ropa de los enfermos, las medicinas, los regalillos para los convalecientes, el dinero y los efectos que le daban para socorro de sus pobres, todo cuanto había de servir para el alivio de los demás. Para sí no tenía otra cosa que un Cristo y, según cuenta el sargento Francisco de la Torre, que estuvo dos meses retraído en ella, una imagen del rostro del Señor o de la Santa Faz. Su lecho era una pobre tarima de tablas, cubierta con una estera y un pedazo

de madera por almohada [14]. Para abrigarse en invierno no tenía sino una pobre frazada y aún ésta se la dio en cierta ocasión a un pobre. Ni siquiera en las ocasiones en que le sacudía la terciana, cosa que era frecuente en los inviernos, sobre todo en los últimos años de su edad, no se defendía con otro abrigo ni se desprendía de la túnica. En una de estas ocasiones, el prior, fray Luis de Bilbao, compadecido de verle sufrir, mandó que le pusieran colchón y sábanas, Martín hubo de obedecer, pero sin despojarse de la túnica se metió entre ellas, excusando este alivio. El prior le instó a acostarse como era razón, pero él, con grande humildad, pidió que le dejaran así, alegando que a un pobre mulato como él eso bastaba y con mucho menos se habría debido contentar en el mundo.

Por lo demás, el tiempo que concedía al descanso era muy corto. Cuando todos los religiosos dejaban el coro para entregarse al sueño en sus celdas, Martín permanecía en él orando o bien se retiraba a la sala del Capítulo, donde castigaba su cuerpo con ásperas disciplinas y entraba en unión íntima con Dios. Luego descansaba, reclinado en uno de los escaños de la sala o bien se tendía en las angarillas que servían para trasportar los cadáveres en el momento de la sepultura. No estaba obligado al rezo de los Maitines a medianoche, pero su devoción le impelía a asistir a ellos, sea en el coro, sea en la Iglesia y, después de esto, era el primero en madrugar, subiendo a la torre antes del alba

[14] Otro de los testigos, dice que dormía sobre un pellejo de vaca, vestido y con una sola frazada encima. Es posible que variara con el tiempo, pero los que lo conocieron en sus últimos años aseguran que de ordinario dormía fuera de su aposento y muy pocas horas. Solía retirarse para esto al coro alto o bien al Capítulo y aun a la misma bóveda en donde se enterraba a los difuntos.

a tocar las campanas que, al saludar al nuevo día, irradiaban por todo el convento y el caserío circunvecino junto con sus alegres sones la plegaria ferviente y encendida que brotaba del pecho de Martín.

Y empezaba para él un nuevo día, cargado de ocupaciones y de cuidados, pero dorado no tanto por los rayos del sol que nos alumbra cuanto por los puros e indeficientes de Aquel que ha dicho: Yo soy la luz del mundo. Comenzaba por asistir al Santo Sacrificio, ayudando las primeras misas que se decían en la iglesia y recibiendo cada tercer día en su pecho al Dios de la Eucaristía. Aquí se vigorizaba su espíritu y cobraba nuevo aliento para proseguir adelante por el arduo camino de la santidad. Acudía luego a la enfermería, visitaba los enfermos uno a uno, preparaba las medicinas, les llevaba el alimento y sólo después de haber cumplido con todas estas obligaciones y algunas otras que de improviso recaían sobre él, iba a la cocina a tomar de pie un frugal desayuno o buscaba entre las sobras lo que apenas bastaría a acallar la flaqueza del estómago.

Seguíase a esto la cura de los esclavos enfermos, no pocos en número, pues de las haciendas los traían al convento para que fuesen atendidos por el santo y, al mediodía, el reparto de la comida a los pobres en la portería del convento. Otras veces, nos dice un testigo, éstos le esperaban en la cocina de la enfermería. Eran sus favorecidos. Sacaba su olla y su taza llena de la porción que a él le correspondía tomar y se presentaba sonriente en medio de ellos, mientras le hacían festejos los animales de quienes tenía cuidado. Empezaba echando la bendición a la olla, diciendo: Dios lo aumente por su infinita misericordia; y lo ordinario fue que así sucediese. Luego había que ejercer el oficio de barbero, cuidar del aseo y limpieza de las oficinas, visitar a los enfermos de la ciudad que demandaban su auxilio o bien

cuidar del huerto y plantar las hierbas que le habían de servir para alivio de muchos males. Sólo a las oraciones, con el cuerpo quebrantado por el trajín del día y parcamente sustentado, se recogía a alguna capilla de la iglesia o bien al coro, a reanudar sus coloquios con Dios y anegar su alma en las delicias de la contemplación. Ésta fue su vida con ligeras variantes desde su ingreso en la religión hasta su muerte, a los sesenta años de su edad: vida verdaderamente heroica, incomprensible para los del mundo y para quien no sabe gustar las cosas de Dios; vida de sacrificio y de completa inmolación que no puede explicarse sin la acción de una gracia extraordinaria, es decir, de la santidad. Y se vienen a la mente los versos del vate delicado que son como un resumen de lo dicho hasta aquí:

No tuvo el convento guardián más modesto
ni siervo más manso que el lego Martín:
las peores tareas le encuentran dispuesto
e implora la gracia del último puesto,
del lecho más duro, del trato más ruin.
Bendice la mano que a golpes le empuja
por las arduas sendas de la eternidad,
y cuando los odios le clavan su aguja,
en sus toscos labios el amor dibuja
la amable sonrisa de la santidad.

Capítulo VII

AMIGO DE SUS AMIGOS

Lo trabajoso de su existencia no le impidió ser profundamente humano, benigno y caritativo con todos y especialmente con los que le hicieron algún bien. Precisamente uno de sus rasgos peculiares es esta simpatía y afecto que supo despertar en torno a sí, inclinándose a amar y apreciar a cuantos alcanzaban a gozar de su trato. Sin duda que aquí se halla la clave de su ascendiente sobre los demás, pero es preciso reconocer que también había en el fondo de su carácter cualidades naturales que le hacían amable y bondadoso. Esta nativa propensión fue perfeccionándose con el tiempo por la acción de la gracia y he ahí por qué en un siglo tan imbuido por las prevenciones de raza, llegan todos a deponer su desdén o frialdad ante la humilde pero acogedora y franca sonrisa de Martín. Hasta los seres irracionales parece que olfateaban algo singular en él, pues se le acercaban sin desconfianza y le hacían demostraciones de cariño como a su bienhechor.

Por todo esto no pudieron faltarle amigos. Los tuvo entre sus hermanos de religión y entre las personas de fuera. Entre los primeros, dejando aparte a fray Juan Masías, alma privilegiada como la de Martín, habría que citar a fray Cipriano de Medina, más tarde Obispo de Guamanga, que le profesó singular afecto

como puede verse en su declaración; Fray Andrés Lisón, maestro de novicios; fray Fernando Aragones, que vivió en su compañía 14 años y ejerció también el oficio de enfermero; fray Gaspar de Saldaña, prior por dos veces del Convento del Rosario, que le trató por 38 años y tenía bien conocida su santidad y fray Ignacio de Santo Domingo, que le debió su vocación religiosa. Entre los seglares hubo muchos que depositaron en él su confianza y le tuvieron más que amor, veneración. El primero es don Mateo Pastor, que le conoció todavía niño y de quien se sirvió el santo para la fundación del Colegio de Santa Cruz. A éste se sigue el capitán Juan de Figueroa; el cirujano Marcelo de Rivera, con el cual entró Martín en relación cuatro años antes de su entrada en el Convento y la mantuvo hasta su muerte; Francisco Ortiz, Baltasar de la Torre y su protegido Juan Vásquez de la Parra.

Pero las preferencias de Martín se dirigieron a aquellas almas gemelas de la suya que por aquel tiempo florecían en Lima y se señalaban por su virtud. El primero es, sin duda alguna, fray Juan Masías, el pastor de las faldas del San Cristóbal y portero más tarde de la Recoleta dominica de Santa María Magdalena. Ni uno ni otro, por sus ocupaciones, podían verse con frecuencia pero desde el primer momento se comprendieron y se amaron como lo saben hacer los santos. Martín solía en tiempo de vacaciones y también en las Pascuas, en que se concedían algunos días de asueto a la comunidad, visitar a su amigo y éste le debió corresponder algunas veces. Qué se decían y qué hacían en estas visitas, he ahí lo que nos cuenta con un candor que está denunciando su veracidad un testigo de una de ellas. Dice así Juan Vásquez de la Parra: "Las Pascuas de Espíritu Santo tenía por devoción el irse a holgar con dos camisas que pedía de limosna, de jerga de Castilla,

en la calle de los Mercaderes, porque parece que se le había rompido (*sic*) una que tenía de cerdas, la cual enterré yo, Juan Vásquez debajo de un limón en la huerta de la enfermería; la una de las dos camisas de jerga era para el padre fray Juan Masías, su camarada y amigo, con las cuales se mudaban los dos siervos del Señor y juntos se iban al platanal que tiene la huerta de la Recoleta y allí hacían oración toda la Pascua con grandes penitencias de disciplinas. Hinchábansele las espaldas y luego venía a mí, Juan Vásquez, a que le curase. Yo le decía: «Padre, qué le he de curar, que esto no es del mal trato que hace a su cuerpo del azote sino es de estos mosquitos que hay aquí; vámonos a nuestro convento que allá no hay mosquitos.» Respondió el Siervo de Dios: «¿Cómo hemos de merecer con Dios, si no damos de comer al hambriento?» Díjele yo: «Padre, éstos son gente, no son animalitos.» «Sin embargo —dijo—, se les debe dar de comer que son criaturas de Dios y así lavadme.» Lavábale con vinagre, que de ordinario adonde quiera que iba, siempre llevaba un porongo lleno de vinagre para el ministerio de curarle las espaldas y las demás partes del cuerpo adonde recibía las disciplinas."

Luego que habían satisfecho sus ansias de padecer y estar crucificados con Cristo se encerraban en una celda próxima a la huerta y allí se entretenían en santas conversaciones y en pláticas espirituales, dándole a sus almas el manjar que ellas apetecían y renovando aquellas candorosas escenas de las lauras del Yermo de que nos hablan las Vidas de los Padres del Desierto.

Otros varones eminentes en virtud florecían entonces en Lima y de algunos de ellos se hace mención en los Procesos. Fray Juan Gómez, el lego franciscano, imitador de aquellos primeros compañeros del Serafín de Asís que vivió y murió con fama de santo, tuvo es-

trecha amistad con Martín y uno y otro se comunicaban lo que pasaba allá en su interior. En la Recoleta de Santa María de los Ángeles, fundada allá en el fondo de la Alameda, vivía también por entonces un hermano lego, cuyo nombre no transcribe el ya citado Juan Vásquez de la Parra pero con el cual tenían lugar escenas muy parecidas a la descrita entre Martín y fray Juan Masías. Tuvo también nuestro santo estrecha comunicación con un insigne religioso de la Compañía de Jesús, el padre Juan Vásquez, rector del Colegio de Santiago del Cercado, al cual se refiere el episodio siguiente, narrado por el mismo Vásquez de la Parra que fue actor principal en él [15]. Dice así en su declaración jurada: "Tenía comunicación el Siervo de Dios con el padre Juan Vásquez de la Compañía: enviábame con algunos papeles al Cercado, adonde era rector; yo llevaba y traía la respuesta. Un día, trayendo un papel, encontré con un muchacho, llamado Juan de Valverde, que servía al padre Maestro Loaiza. Preguntóme aqueste tal que de adonde venía, respondíle que del Cercado y que traía un papel. Cogióme el papel y leyólo el dicho muchacho. Volviómelo y nos venimos al Convento y viéndome el Siervo de Dios fray Martín, comenzó a reñirme muy enojado diciéndome que cómo consentía que los papeles que yo traía los leyesen en el camino y nadie tocase a ellos y que de allí en adelante no se fiaría de mí. Yo le respondí: Padre, no ha sido malicia mía, mas otra vez no volveré a alargar papel que traiga o lleve y me dijo que así lo había de hacer. De allí a 20 días, volví a llevarle otro papel al padre Juan Vásquez y también

[15] El Padre Juan Vásquez fue Rector de los Colegios de Lima y el Cuzco y Superior de la Casa del Cercado y en la Congregación Provincial celebrada en Lima en 1612 salió elegido en segundo lugar Procurador a Roma. Falleció en el Colegio de San Pablo de Lima el 8 de febrero de 1644.

me riñó allá el padre, diciéndome por qué consentí que nadie me tocase papel ninguno. Volví con la respuesta y díjome fray Martín: Ansí debéis de traer los papeles, como os lo dan [16]."

Para terminar este punto digamos algo sobre sus relaciones con Santa Rosa. Algunos biógrafos de la Santa dan por asentado que se conocieron y trataron. Que esto fuese posible no puede negarse. Martín, como hemos dicho, ingresó al Convento del Rosario en el año 1594 y, al morir Santa Rosa, llevaba ya 23 años de vida religiosa; podía, pues, haber conocido y tratado a la Hermana Rosa, terciaria de Santo Domingo, cuya Iglesia frecuentaba todos los días. En la primera edición de esta obra poníamos en duda el que se hubiera realizado el encuentro de estas dos grandes almas, pero un estudio más atento de los *Procesos* nos fuerzan a con-

[16] Un episodio semejante hallamos narrado por el padre Meléndez, quien, probablemente lo tomó de fray Bernardo de Medina. En sustancia el caso viene a ser idéntico y los biógrafos de Martín lo citan como comprobación del conocimiento sobrenatural que tenía de sucesos acaecidos a distancia. Meléndez dice que la carta la remitió con un niño de doce años a fray Juan Gómez, el lego franciscano de quien hablamos en el texto y aduce algunas circunstancias que no hallamos en el relato de Vásquez, como la reincidencia del mensajero, aún después del aviso que le dió el Santo. Don Juan Manuel Valdés, que se inspiró en Meléndez, corrige a éste y dice que el mensaje no le fue enviado a fray Juan Gómez sino a fray Juan Masías, citando en su apoyo la declaración que en el año 1686 prestó el mismo portador de la carta, que en aquella sazón contaba con 60 años de edad. Como Valdés tuvo ante sus ojos dicha declaración no puede dudarse de su veracidad. Meléndez, que escribió con anterioridad a la deposición de este testigo, probablemente se basó en una relación oral un tanto equivocada. De todos modos el caso referido por estos historiadores difiere del que reproducimos en el texto que en conjunto nos merece más entero crédito. V. la *Vida del Beato Martín de Porres* de don JOSÉ MANUEL VALDÉS, cap. IX, art. 3, p. 137, Lima, 1839.

cluir que en efecto Martín y Rosa se entrevistaron más de una vez.

Fr. Francisco de Santa Fe, al referir cómo eran muchas las personas que acudían a Martín, dice: "y algunas veces solía estar de conversación de espíritu con Santa Rosa de Santa María, a quien llamaban *la Rosita* y en estos santos coloquios y celestiales pláticas los vio Fr. Blas Martínez, que es ya difunto religioso sacristán de aquel tiempo, a quien este testigo se lo oyó decir en muchas ocasiones." (Cuaderno 3º original del Proceso Apostólico del Santo Martín. Archivo Arzobispal de Lima.)

No hay duda razonable que oponer a esta declaración. Martín, que tenía por oficio tocar al alba las campanas de la Iglesia y Rosa, madrugadora, pues apenas despuntaba el día, volaba a postrarse a los pies de Jesús en la Iglesia de Santo Domingo, debieron cruzarse en su camino más de una vez. Nuestra fantasía puede suplir todo lo que falta de colorido y de viveza en esta escena, pero no hay duda que el encuentro de estas dos almas privilegiadas es uno de los episodios más tiernos de la vida de entrambos.

Martín sobrevivió a la Santa y si tuvo amistad con ella no dejó de tenerla con una de aquellas hermanas terciarias que empezaron a imitar el modo de vida de Rosa y vinieron después a formar el primer beaterio que se honró con su nombre. Fue Luisa de Santa María una de las más adictas a la Santa limeña y como tal la acompañó en sus últimos momentos. Ella fue la que a sus ruegos tomó la vihuela y entonó uno de aquellos cánticos familiares al oído de Rosa, que vinieron a ser el preludio de su entrada en la gloria. Enfermó Luisa de unas fuertes tercianas y, estando ya sin habla, consumida por la fiebre, fue Martín a visitarla, ya entrada la noche. Hizo que le aplicaran unas ventosas

y, cuando todos desesperaban de su salud predijo el Santo a los circunstantes que al alba volvería en sí, como en efecto aconteció, habiendo desde entonces comenzado a mejorar hasta recobrar la salud.

Capítulo VIII

EL BUEN SAMARITANO

La vocación de Martín parece haber sido la de remediar los males ajenos. Para ello Dios le dotó de un corazón misericordioso y, al irse poco a poco perfeccionando su caridad, tan hondas raíces echó en él esa virtud que pudo decir con el Apóstol: "¿Quién enflaquece y sufre que no enflaquezca y sufra yo también?" Además, el Señor que todo lo ordena con admirable providencia, dispuso que desde sus primeros años aprendiese el oficio de barbero y de médico, al lado de sus amigos el boticario Mateo Pastor y el cirujano Marcelo de Rivera. Su destreza y habilidad en esta parte debió influir no poco para que se le admitiese en Santo Domingo. Aquí completó su aprendizaje y he ahí por qué a los pocos años de vida religiosa se le encomendó el difícil y pesado cargo de enfermero.

Para darse cuenta de las tareas que pesaban sobre él es preciso recordar que por entonces el convento del Rosario de Lima albergaba a unos doscientos religiosos, sin contar los esclavos, para los cuales existía una enfermería aparte. A esto se agrega que de las demás casas, especialmente de la Recoleta de la Magdalena, venían a curarse algunos enfermos y no pocos también de los mismos esclavos de las haciendas de la Orden, sobre todo de Limatambo. A todos ellos tenía que cui-

dar Martín y lo hizo con una solicitud más que de madre. No faltaron ocasiones en que hubo de multiplicarse y prodigarse. De vez en cuando se dejaba sentir en Lima alguna peste o epidemia, que unos llamaban sarampión, otros alfombrilla o trancazo y hoy posiblemente llamaríamos gripe. Como todavía sucede, eran muchos los que enfermaban y en algunos el contagio revestía cierta gravedad. Una de estas veces, el número de los enfermos en todo el convento llegó a sesenta y fue menester que Martín, de día y de noche, corriese del uno al otro, para atenderles en su necesidad. Dios, sin duda alguna, escuchando las oraciones de su fiel siervo, no dejó de ayudarle, realizando verdaderos prodigios en su favor. Vamos a relatar algunos.

Fray Francisco Velasco, hijo de su gran amigo Mateo Pastor, era novicio y adoleció de un mal que los médicos de entonces calificaron de hidropesía. Abrasábale la fiebre y una noche entre la una y las dos se sintió muy fatigado y con ansias de llamar a alguien en su auxilio. Estando así, vio que se abría la puerta de su celda y que entraba Martín, llevando un brasero con candela y una camisa. Acercóse a su lecho, lo incorporó sobre las almohadas, cubriólo con una frazada y levantándolo luego lo reclinó sobre una silla. Sacó luego de la manga unas ramas de romero y las puso sobre las brasas; volteó luego el colchón, humedecido por el copioso sudor del enfermo y lo sahumó con el romero; hizo otro tanto con la camisa que llevaba preparada y se la puso al novicio que atónito le contemplaba. No podía explicarse éste cómo había podido llegar hasta su celda, pues, según la costumbre, las puertas del noviciado estaban cerradas y la llave de ellas sólo las tenía el Maestro de novicios. De ahí que le preguntara con curiosidad infantil:

—Hermano Martín, ¿por dónde habéis podido entrar?

—No seáis bachiller, chiquito —le contestó, tomándolo en sus brazos y depositándolo en el lecho con amoroso cuidado.

—Hermano Martín, ¿os parece a vos que moriré de esta enfermedad?

El solícito enfermero le respondió:

—Muchacho, ¿tú quieres morir?

La respuesta fue un no rotundo.

—Pues bien —añadió Martín—, no morirás.

A la mañana siguiente fue a verle fray Andrés Lisón, Maestro de novicios, y al referirle fray Francisco lo que aquella noche le había acontecido, con aire grave le advirtió:

—No me decís nada nuevo, hijo mío, porque de estos milagros sabe hacer fray Martín.

El mismo había sido testigo de ellos. Hallábase enfermo de algún cuidado un novicio, que pudo ser o fray Francisco Pacheco o fray Juan Ramírez, pues de entrambos se cuenta un caso semejante y el buen Maestro quiso antes de recogerse y, tal vez, después de terminado el rezo de Maitines, ir a ver cómo se encontraba el enfermo. Cuál no sería su sorpresa al divisar, desde el dintel, que dentro de la celda se hallaba Martín. Retiróse al punto y deseando cerciorarse si estaban bien cerradas las puertas del Noviciado fue a comprobarlo por sí mismo. No había duda, cerradas estaban y las llaves las llevaba él en la manga. Subió luego al claustro alto para observar desde allí a Martín y espiar el momento en que abandonase la celda del enfermo. Cuando lo advirtió, bajó prontamente y luego de haber preguntado al novicio si había estado allí e informándose de que ya se había ido, se dirigió a la puerta del Noviciado y la halló perfectamente cerrada.

Como en el convento se divulgasen estos hechos, fue ya bastante común el que los enfermos, apretados durante la noche por el mal de que adolecían o sintiendo alguna necesidad, a guisa de llamador, le invocaran y demandaran su ayuda, seguros de que no tardaría en presentarse. Trasudaba en su lecho fray Vicente Ferrer y sintiéndose solo, a la medianoche, exclamó entre sí: Hermano Martín, ¡quién me diera una túnica para mudarme! No bien dijo estas palabras cuando entró en su celda el Santo con la túnica en la mano y un sahumador. A fray Fernando de Aragones, que fue su compañero por muchos años en la enfermería, no una sino dos o tres veces, le aconteció lo mismo, estando enfermo. Mas no fueron sólo sus hermanos los que experimentaron la vigilante y prodigiosa caridad de Martín, algunos seglares también fueron objeto de ella. Rodrigo Meléndez, padre del Pbro. Andrés Meléndez, que figura en los Procesos como uno de los testigos y de fray Juan Meléndez, hallábase retraído en el Convento por apremio de sus acreedores y le sobrevino una grave erisipela en una pierna. Una noche en que el ardor del miembro enfermo lo tenía desasosegado, dijo entre sí: ¡Cómo tuviera a la mano un poco de agua caliente para bañarme esta pierna! A los pocos instantes entró en su cuarto fray Martín, estando el cerrojo echado a la puerta, llevando en una jofaina el agua que necesitaba el doliente. Este le preguntó admirado, cómo había podido entrar y Martín, dejando a su lado el socorro, no le respondió sino estas palabras: "Yo tengo modo de entrar", y se salió del aposento.

Su discreción le hacía distinguir entre uno y otro enfermo y atendía con más asiduidad a aquél que más grave se encontraba. Una intuición que en muchos casos podemos llamar sobrenatural le daba a conocer que el enfermo no saldría de aquel trance y se acercaba a

su fin. De ahí que en el convento se tuviera por cosa segura la muerte del paciente cuando Martín apenas se separaba de la cabecera del enfermo. Corría el año 1626 y fray Cipriano de Medina, muy aficionado a Martín, cayó gravemente enfermo. El Santo no debía encontrarse en el convento, pero a sus oídos debió llegar la noticia de la enfermedad de su amigo. Pudo decir entonces como Jesús, cuando se le dio aviso de la de Lázaro: "Esta enfermedad no es de muerte". Pero el mal siguió su curso y cuando fray Cipriano se daba casi por desahuciado, un día, después del toque del alba, se le presentó Martín en la celda. Quejósele fray Cipriano de que hubiese tardado tanto en venir y el Santo, sonriente y lleno de afecto le contestó:

—Pues, padre, de esta enfermedad no morirá V. R. y por eso no he venido antes a verle.

El pronóstico se cumplió al pie de la letra ([17]). Un hecho análogo se refiere del padre Maestro, fray Hernando Valdés, cuando todavía era novicio.

En cambio, hallándose enfermo fray Antonio de Arce fue a buscar a Martín el hermano Martín Cabezas, donado y no encontrándole en su celda, acudió a la sala capitular, donde sabía que podía hallarse. En efecto, allí estaba Martín, pero suspenso y elevado del suelo. Admirado, salió al claustro y llamó a fray Diego Barrionuevo, fray Jerónimo Bravo y fray Francisco Moriano, para que viniesen a ver el portento. Entraron todos en la sala y fueron testigos del éxtasis de Martín. Este volvió en sí al poco rato y recibió el recado del enfermo. Acudió al punto y al verle, con amorosas pala-

[17] No fue ésta la única vez que fray Cipriano experimentó en sí el poder de Martín. Habiendo ido a España, a negocios de su Orden, de 1642 a 1643, a su vuelta cayó enfermo y, habiendo invocado el auxilio del Santo, éste se le apareció a los pies de su lecho y le sanó de aquel mal.

bras le animó a confiar en Dios y a prepararse para la muerte. No falló su anuncio, pues a las catorce horas fallecía fray Antonio.

Su cuidado llegaba hasta prevenir los deseos de los enfermos y no dudaba usar del poder que Dios le había otorgado para su remedio. Fray Miguel de Villarrubia, siendo todavía corista, se hallaba convaleciente de una enfermedad en el dormitorio de los profesos. Un día le entraron ganas de comer sopa y sin haber comunicado a nadie su deseo, entró fray Martín con una taza llena y dándosela le dijo: "Vaya muchacho, come la sopa, satisface tu capricho". Otro tanto ocurrió a fray Juan de Salinas. La tisis había hecho presa en él y habiendo tenido una fuerte hemorragia, sintió mucha sed y a un compañero suyo le expresó su deseo de tomar un poco de agua con azúcar, a fin de aplacarla. No bien dijo estas palabras, cuando se presentó Martín trayéndole lo que necesitaba.

Hechos de esta naturaleza se repiten en los Procesos y quienes los refieren son muchas veces los mismos que recibieron el beneficio. Citaremos otros dos, cuyas circunstancias merecen anotarse. Era lector de filosofía en el Convento del Rosario fray Juan de Barbarán, el mismo que más tarde gobernará en calidad de Provincial la Provincia de Santa Catalina Mártir de Quito. Cayó enfermo y una noche, con el ardor de la fiebre, sintió vehementes deseos de calmar su sed y conociendo que a aquella hora ningún otro le podía socorrer sino el solícito enfermero, exclamó: "Fray Martín, ¿dónde está tu caridad? Dame un poco de agua, porque me abraso". No se hizo mucho tiempo esperar el socorro, pues en breve vio entrar en su celda al Santo con una taza de agua y una pastilla. Diole de beber al enfermo y despidiéndose de él con palabras de afecto, salió como había entrado, estando cerrada la puerta

de la habitación. De idéntico achaque adolecía fray Pedro de los Ríos. Siendo todavía novicio y apretado por la misma necesidad, imploró en su corazón el favor de Martín. Las puertas del Noviciado, como de costumbre, se hallaban cerradas y las llaves las guardaba el padre Juan Guerra, que entonces dormía como todos los demás. Sin embargo, el santo enfermero se presentó en la celda de fray Pedro y con risueño semblante le preguntó qué quería. Una naranja, le contestó. Martín, por toda respuesta, metió su mano en la manga y sacó de ella una naranja. Hízole beber después del agua que llevaba y dejando satisfecho al novicio se retiró.

Capítulo IX

EL ENFERMERO MILAGROSO

Pero la caridad de Martín no podía quedar circunscrita a los límites de la enfermería de su convento. Con el correr del tiempo y el rumor de los prodigios que obraba pronto llegó a extenderse por toda la ciudad la fama de este piadoso samaritano, tan pronto siempre a socorrer los males ajenos y poseedor de un don curativo que estaba fuera del alcance de los médicos. No necesitaba, sin embargo, la llamada de los enfermos, porque a su piedad le bastaba saber que se hallaban faltos de alivio y bajo el peso del dolor; por eso en cuanto sus superiores le autorizaron a salir a socorrerlos, corrió a ellos con la misma prontitud con que acudía a auxiliar a sus hermanos de hábito.

Empezó por cuidar de los esclavos de la hacienda de Limatambo y cuando iba allá los visitaba en sus galpones y rancherías; se informaba de su estado y del de sus familiares y después de tomar parte con ellos en las faenas del campo, ayudando al hermano o padre estanciero, dedicaba sus horas libres a la curación de los enfermos, lavando sus llagas, aliviando sus dolores y derramando en sus corazones afligidos el bálsamo del consuelo y de la esperanza cristiana. ¡Cuánto anhelaban aquellos pobres negros la visita de su hermano de raza! Martín se aprovechaba del ascendiente que sobre ellos

ejercía para exhortarles a la práctica del bien y corregir sus vicios y defectos y se convertía no sólo en el médico de las dolencias que roían sus cuerpos sino, además, de las que afeaban sus almas.

También prodigó sus cuidados a los muchos pobres que acudían diariamente a la portería del convento a recibir su ración de sopa. Algunos de ellos adolecían de diversos achaques y Martín les proporcionaba el remedio necesario, los conducía a veces hasta su celda para curarlos allí con más esmero y a otros, más agobiados por el mal, los hospitalizaba en ella hasta que curaban. No dejaron de advertirlo algunos religiosos y juzgando que este proceder podía ser causa de que se introdujesen en el convento enfermedades contagiosas, delataron el hecho al Prelado, que lo era entonces fray Agustín Vega, quien ordenó a Martín suspender su caritativa práctica. Sintiólo el Santo y aunque no dejó de representar a su Superior la gran necesidad que muchos padecían, hubo de someterse a la obediencia, pero pidió a su hermana le señalase una pieza en su casa, adonde pudieran acogerse estos miserables.

A la portería falsa del convento que daba al tajamar del río solían también acudir algunos pobres en busca de Martín, sabiendo que de él podían recibir alivio en sus males. Cierto día le dieron a un indio una puñalada en las cercanías y se lo trajeron al punto con las tripas en la mano. Metiólo el Santo en la enfermería de los negros y lo curó de primera intención con el cuidado que él ponía en todo. Súpolo el Prior y le mandó decir que lo echase; obedeció el caritativo enfermero, mas aconsejó al indio se fuese a casa de su hermana que vivía a una cuadra del convento y avisó a su amigo el cirujano Marcelo de Rivera para que lo atendiese. Éste se presentó en casa de Catalina de Porras y, examinando al herido, no halló otro rastro de la cuchillada

sino una raya rojiza en el vientre, como lo declaró él mismo más tarde.

Solían por aquel paraje acudir los muchachos de una y otra banda del río a bañarse en el verano y, sea por efecto de la rivalidad que por largo tiempo subsistió entre los de arriba y los de abajo del puente o por lo cálido de la estación, el hecho es que muchas veces se entablaban peleas entre ellos, las cuales terminaban con más de un descalabro. Al correr de la sangre los pilletes o mataperros, como nosotros los llamamos, acudían a la portería posterior del convento, sabiendo que no podía faltar allí la cura y Martín se les adelantaba algunas veces y acogía al muchacho herido con su habitual cariño, amonestando al mismo tiempo a los rapaces que se agolpaban a su derredor no llevasen sus juegos hasta el punto de hacer daño a sus compañeros. Éste y otros hechos hicieron popular la figura del enfermero dominico y como todos repitiesen que tenía mano de santo para curar las enfermedades, llegado el caso, muchos solicitaban de sus superiores le permitiesen ir a visitarlo. Así empezó, puede decirse, su benéfica labor en favor de los dolientes de la ciudad.

Entre éstos fue uno, el célebre Obispo de la Paz don Feliciano de Vega elevado luego a la sede metropolitana de México. Hallábase en Lima en el año 1639 de paso para su Iglesia y le asaltó una grave enfermedad que por los síntomas que se apuntan, parece haber sido pulmonía. Como en estos casos sucede, el mal hizo crisis a los pocos días y se temió por la vida del enfermo. Don Feliciano era tío del padre fray Cipriano de Medina, grande amigo de Martín y sujeto a quien el Santo había curado cuando ya todos le tenían por desahuciado. Fray Cipriano indicó al Provincial, fray Luis de la Daga, ordenase a Martín fuese a visitar al arzobispo y accediendo a la súplica, le mandó buscar.

No se le encontró por ninguna parte y sabedor fray Cipriano que aquel día había comulgado el Santo y que en tales ocasiones se tornaba invisible, rogó al Prelado le llamase en virtud de santa obediencia. Hízolo así fray Luis y muy poco después se presentó ante él Martín. Recibida la orden de dirigirse a casa del Prelado, tomó Martín su capa y su sombrero y en compañía de fray Cipriano se encaminó allá.

Apenas entró en la alcoba del enfermo, éste le reprendió por su tardanza y Martín, puestas las rodillas en tierra, escuchó la suave admonición del Arzobispo. Le ordenó levantarse y le pidió la mano.

—¿Para qué quiere un Príncipe la mano de un pobre mulato?, fue su respuesta.

—¿No os mandó vuestro Prelado —replicó don Feliciano—, que hiciéreis lo que yo os dijese?

—Sí, señor, —contestó Martín.

—Pues bien, poned la mano en este lado donde siento el dolor.

Ruborizado y confuso aplicó Martín su diestra al cuerpo del enfermo y quiso retirarla al punto. Estorbóselo el Arzobispo, no sin alguna protesta del Santo.

—No, basta ya, señor, —murmuró humildemente.

—Dejadla estar donde la habéis puesto, —le fue respondido.

Don Feliciano sintió desvanecerse la molestia que fatigaba su pecho y bien pronto se restableció del todo. Martín, apenado porque le hubieran sacado de su enfermería y sin atribuirse nada a sí, volvió a su convento a entregarse a las humildes faenas en que se empleaba, pero como entre sus hermanos cundiese la noticia de lo ocurrido y alguno le diese la enhorabuena por frecuentar el trato de tan gran Prelado y hasta se atreviese a pedirle intercediese por él ante el Arzobispo, Martín, con un acento en que se descubría la sinceridad de su alma,

le respondió: "Hermano, bien sabe que yo no merezco la estima y aprecio de nadie. Sólo la mucha bondad del Arzobispo ha podido admitirme en su palacio, pero yo no voy a su casa a pedir mercedes sino a servir como uno de sus criados".

Alguna semejanza con el caso arriba narrado tiene el siguiente. Hallábase muy afligida doña Francisca de Velasco con un fuerte dolor de hijada, como se decía entonces. Súpolo Martín, que era muy amigo suyo y fue a visitarla. La enferma le agradeció la visita e hizo que se sentase al borde de la cama; luego, como inspirada, tomó el borde de su capa y se la aplicó a la parte dolorida. El alivio fue inmediato y la paciente, emocionada, no pudo menos de decir:

—¡Ay, padre fray Martín, qué siervo de Dios es!

—Dios lo hizo, hermana —replicó el Santo—, que yo soy un mulato, el mayor pecador ([18]).

De este modo procuraba ocultar la parte que le cabía como instrumento de las maravillas de Dios. Otras veces, recetaba un remedio o aconsejaba alguna medicina, a fin de que se pudiera atribuir a efecto de ella la curación, pero muchas veces los medios eran tan desproporcionados que el milagro quedaba patente. A Isabel Ortiz, combatida por una honda neurastenia que los antiguos apellidaban hipocondría, a consecuencia de un inveterado flujo de sangre, la sanó con sólo una manzana que entregó a su madre para que se la diese a comer asada.

[18] El doctor VALDÉS, en su *Vida del Beato*, dice que la enferma fue doña Francisca Vélez Michel, la mujer de Mateo Pastor. En los Procesos se la llama doña Francisca Velasco, pero se podría explicar esta aparente contradicción si se atiende a que el apellido completo de don Mateo era Pastor de Velasco y, por consiguiente, pudo llamarse a su mujer doña Francisca de Velasco.

El novicio fray Luis Gutiérrez se cortó un dedo de la mano izquierda con un cuchillo y a los tres días, habiéndosele infectado la herida, tenía toda la mano y aun el brazo hinchados, sintiendo fuertes dolores. Dieron aviso a Martín y fuese a la Recoleta, donde residía el paciente. Llamó a la puerta de su celda y al abrirla fray Luis, dijole sonriente:

—¿Qué es esto, angelito? ¿Qué quiere de mí?

Descubrióle la mano el herido y Martín pudo darse cuenta del mal.

—No tengas miedo, niño —exclamó—, aunque tu mal sea tan peligroso, pues Dios te dará salud.

Lo llevó consigo al huerto y tomando unas cuantas hojas de un hierba que llaman Santa María, las machacó con una piedra y haciendo con ellas un emplasto se lo aplicó en la mano, haciéndole al mismo tiempo la señal de la cruz.

Contemplábale estupefacto el novicio, a quien no inspiraba mucha confianza el remedio. Cuando Martín terminó, no pudo menos de decirle:

—Hermano, ¿y esto es todo?

—Quédese tranquilo —respondió el Santo—, que ya está sano.

A la mañana siguiente no sólo había desaparecido la hinchazón sino que el dedo, casi dividido en dos, estaba entero y soldado.

Para cerrar este capítulo referiremos otros dos episodios insertos en los Procesos, dejando otros muchos para no ser prolijos. Su amigo, el capitán Juan de Figueroa, adolecía de una apostema en la mandíbula derecha. Dolorido y afiebrado deseó recibir la visita de Martín. Presentóse éste con un escalfador en la mano y al despedirse, le dijo que, siendo ya tarde, le dejaría allí el anafe hasta el siguiente día. El enfermo, después de salido Martín, quiso ver el escalfador y hallando en él

un poco de agua, se enjuagó con ella la boca y con esto sólo quedó curado de su mal. Mayor importancia tuvo el siguiente, porque en él resaltan no sólo la caridad de Martín sino además su penetración de espíritu. De resultas de la excursión que hizo por estas costas el pirata Jorge Spilbergen, a mediados del año 1615, con cuatro navíos holandeses o *pechilingues*, como se decía entonces, quedaron en tierra algunos de ellos. Uno, llamado Esteban y tenido por cristiano se hizo amigo de Martín. Enfermó gravemente y se acogió al Hospital de San Andrés. Allí estuvo tres días, juzgándose que de un momento a otro podría ocurrir su muerte. Una noche apareció por el hospital el buen Hermano y acercándose al lecho del enfermo le dijo: ¿Cómo es esto Esteban, sin bautizarse se quiere morir? y con esto le animó a recibir el bautismo y a convertirse de veras a Dios. Pidió entonces el enfermo que le administrasen el sacramento que había de hacerle cristiano, como lo hizo el cura del hospital y a las pocas horas, dejó esta vida con señales de predestinación. Martín le había abierto las puertas del cielo.

Capítulo X

EL LIMOSNERO DE DIOS

Pero la caridad de Martín supo hallar medio para socorrer necesidades de sus prójimos o mejor diré no hubo necesidad a que él no atendiese con solicitud, procurando remediarla. Los pobres hallaron en él un padre. Por ellos se convirtió en limosnero y tan buena maña se dio para reunir recursos que asombra ver las cantidades que de sus manos pasaron a las de los menesterosos. Cuando su santidad se impuso y sus superiores le concedieron mayor libertad de acción, Martín distribuía los días de la semana, como refiere su confidente y protegido Juan Vásquez de la Parra, de la siguiente manera: Lo que juntaba el lunes se aplicaba con lo recogido el sábado para misas, que mandaba decir en favor de las benditas ánimas; el martes y miércoles recogía para 160 pobres, a los cuales citaba los sábados, repartiéndoles de ordinario unos 400 pesos; el jueves y viernes mendigaba para socorrer a clérigos pobres y la colecta de los domingos, que no era mucha, porque este día no se dejaba ver tanto de sus favorecedores, la destinaba a la compra de frazadas y camisas que luego repartía a algunas pobres negras y españolas. De este modo andaba toda la semana ocupado en el socorro de sus hermanos, sin que por ello descuidase las obligaciones de su cargo en el convento.

Conociendo su caridad, muchas personas y entre ellas el Arzobispo don Pedro de Villagómez y el conde de Chinchón le tomaron como instrumento para hacer el bien. Uno y otro le favorecían con gruesas limosnas y el segundo, según atestigua el mismo Vásquez, solía darle todos los meses cien pesos. Vióse bien claro la generosidad con que le ayudaban en esta tarea, cuando su sobrina Catalina de Porras contrajo matrimonio con Melchor González, español. Un domingo, estando ya concertado el casamiento, me dio un papel, dice el ya citado Juan Vásquez de la Parra, para su amigo el regidor Figueroa. Después de leerlo, le dio por contestación: "Dirás a Fray Martín que a mí me doy el parabién y la norabuena del casamiento y que, desde luego, por mi parte puede contar con lo que pide y a todos mis amigos hablaré el lunes o martes a fin de que cada uno acuda con todo lo que pueda y, que se hagan al punto las amonestaciones pues quiero ser uno de los testigos". Martín, al recibir esta nueva, se fue a casa del Arzobispo. Entró en palacio y, al verlo el Prelado, lo alzó del suelo y le echó los brazos, preguntándole con amor qué se le ofreccía. Contóle Martín el caso y el Arzobispo mandó llamar al punto a un notario eclesiástico, de apellido Oviedo, y le ordenó extendiese la licencia necesaria e indicó a Martín que podía enviar por mil pesos que era la ayuda que él quería ofrecer para el casamiento. Agradeció humildemente el Santo la generosidad de don Pedro de Villagómez, y señalando a Juan Vásquez que le acompañaba, le dijo que a aquel muchacho se podían entregar esos pesos, como en efecto se le entregaron a los tres días.

El lunes, en la mañana, fueron al almacén de Figueroa y éste le entregó a Martín 1.500 patacones, un vestido de paño de Castilla y una pieza de ruán para sábanas, advirtiéndole que volviese a la tarde, pues para

entonces ya tendría comprometidos a los mercaderes de la calle. Cuando esa tarde Martín embocó por la esquina de las Mantas, salieron a darle los parabienes los dueños de las tiendas más cercanas y unos le ofrecían 500 pesos, otros 300 ó 200, de modo que en hora y media que tardaron en recorrer toda la calle, se juntaron hasta 7.000 pesos, fuera de 3 piezas de ruán y otros dos cortes de paño de Castilla. Diéronse cuenta en la plaza vecina de lo que ocurría y entre las negras fruteras que allí tenían sus puestos de venta y otros negociantes se recogieron otros 2.000 pesos, de modo que con los dados por el Arzobispo alcanzó lo colectado a la suma de 10.000 pesos.

Sus amigos, los médicos, cirujanos y barberos, no quisieron ser menos y en los días siguientes vinieron al convento los doctores Villarreal y Zúñiga, los barberos Utrilla y Juan Crespo y otros, juntándose entre todos dos mil pesos. Para la dote de la sobrina había más que de sobra y Martín dispuso que de aquella cantidad se le entregasen 5.000 pesos, más toda la ropa que se había juntado; con el resto compró un negro para la lavandería del convento; hizo limpiar el sitio que luego vino a ocupar la carpintería y surtió de la ropa que hacía falta a la enfermería, mirando de este modo por el bienestar de sus hermanos los religiosos, como lo pedía la bien ordenada ley de la caridad. ¡Cuán exacto cumplimiento tenían en él las palabras de los libros santos: *Date et dabitur vobis.* Dad y se os dará! Eran sus manos como arcaduces por donde corría inagotable el venero de la beneficencia de Dios.

A la limosna que socorre las necesidades del cuerpo supo añadir la de los buenos consejos. Hallábase su sobrina, Catalina de Porras, mujer de Melchor González, en compañía de su madre y de su padrastro en la chácara de don Gabriel de Castilla, a media legua de

la ciudad y un día trabáronse de palabras unos y otros, tanto que Catalina tomó la determinación de marcharse a la ciudad, sin preparar de comer y mandó se aparejasen las mulas. A eso de la una de la tarde se presentó Martín de improviso. Venía a pie con un bordón en la mano y una canasta debajo del brazo, en la cual traía unas empanadas, frutas y vino y, como quien tenía noticia del suceso, dijo a su sobrina que venía a holgarse con ellos, pues no era razón que no hubiese paz entre marido y mujer. Hiciéronse las amistades y comieron todos del almuerzo que les había traído el solícito pacificador, quedándose en la chácara como si nada hubiera ocurrido. A la noche Martín se subió al cerro vecino y en la mañana volvió a la casa a despedirse. Cuando unos días más tarde refería el caso a fray Fernando Aragones la hermana del Santo, no podía salir de su asombro, pues, siendo su compañero en la enfermería en ningún momento había advertido que faltase del convento.

Capítulo XI

PASEOS A AMANCAES

Pero no solo atendió Martín a remediar las necesidades presentes, también se preocupaba de proveer a las que podían surgir en el futuro. En un pequeño huerto, próximo a la enfermería del convento, había sembrado toda clase de yerbas medicinales que luego utilizaba en provecho de sus enfermos y repartía generosamente entre los necesitados. Más adelante piensa en convertir las faldas del cerro de los Amancaes en un como vivero de los pobres. He aquí cómo nos relata el suceso Juan Vásquez. Una tarde de julio, cuando la garúa y la humedad del ambiente ha reblandecido y dispuesto el terreno para que se produzca la vegetación, salieron Martín y él cargados de manzanilla hacia aquel paraje y llegados allá, como a las cuatro de la tarde, se pusieron a sembrar en las huellas que dejaba en el suelo el ganado lomero[19]. Vásquez observó al punto

[19] Llámase así el ganado que en invierno se echa a las lomas o cerros poco elevados de la costa, los cuales en ese tiempo se suelen cubrir de verdor y ofrecen un pasto abundante al ganado, de donde procede el llamar a este ganado de inverna y sean sinónimos engordar e invernar. En 1860, cuando escribía el doctor Valdés la *Vida del Beato*, se conservaban todavía algunas de las higueras plantadas por Martín y, según él mismo refiere, no hacía muchos años se había trasplantado una de ellas al Monasterio de Santa Catalina.

que las vacas que andaban pastando por allí se comerían la manzanilla tierna. Fray Martín, riéndose de la observación del muchacho, le contestó que aquello le serviría de poda. Insistió el mozo en la inutilidad de la siembra y Martín le replicó: "Pues bien, tú vendras a ahuyentar el ganado". Fue, en efecto como a los tres días y halló las plantas vivas y tan lozanas que parecía tenían un año de sembradura o que estaban como en su centro. Al volver al convento se lo dijo a Martín y, pasados unos cinco días, volvieron de nuevo a los Amancaes, llevando otros dos tercios de manzanilla.

Una vez en el lugar, Martín le dijo a Vásquez que hiciese tres partes de cada rama y que él las iría plantando. Como se hacía tarde, Vásquez se puso también a plantar y, para acabar más pronto, metía en cada hoyo tres o cuatro ramas. Fray Martín lo advirtió y con sosiego le dijo: "Teneos, muchacho, que esto no se ha de hacer sino es como yo lo voy poniendo, que Dios es Dios y obrará en todo, que nada de esto se nos ha de perder". Acabaron la siembra, dieron gracias a Dios y en un apacible atardecer se fueron, atajando por las faldas de los cerros, a Lurigancho.

De allí a ocho días hicieron nueva visita a la sementera. Por el camino, al atravesar las huertas que se hallan al linde de la pampa, cortó Martín una rama de higuera y la llevó también para sembrarla en las cercanías del puquio de los Amancaes. Al cabo de quince días, en una vuelta que se dio por allí Juan Vásquez, notó que había brotado y se lo dijo a Martín. "Gracias a Dios —respondió éste— dará higos de aquí a dos o tres años y los pobres que por aquí anduvieran tendrán ese refugio de comer su fruto". A esto se siguió una escena digna de las *Florecillas* que nos confirma en la íntima comunicación con la naturaleza que tuvo Martín y era fruto de su encendido amor a Dios, a quien veía

presente y obrando en todas las cosas. Como era tiempo de lomas había bastante ganado vacuno paciendo en las laderas del cerro. Martín tendía a los ternerillos su manto y éstos se le acercaban mansamente y se rascaban, dice Vásquez, en su ropa. Juan debió recelar de alguno de más edad o menos sanas intenciones y dijo: "Padre, tened cuidado, no os dé una vuelta. —No me dará, respondió Martín, y te prometo que no he tenido mejor día que el de hoy". El cuadro merecería reproducirse en el lienzo por su nativa frescura y el suave colorido del ambiente. Sentáronse luego a comer las yucas y camotes asados que habían llevado, comida frugal y fácilmente transportable y se volvieron por las tierras del mayorazgo de los Aliaga, camino de la puente de palo.

De ahí a un tiempo repitieron el paseo. Al llegar a las Amancaes encontraron la manzanilla, en unas partes segada por el ganado, en otras bien alta. Prosiguieron en la siembra como los demás días, pero en esta ocasión demoraron algo más. Hacía ya como tres cuartos de hora que se había puesto el sol y Vásquez, temiendo que la noche los sorprendieran en aquella soledad, le dijo a Martín.

—Acabemos, padre y vámonos.

Él, por toda respuesta se despojó de la túnica, desnudóse medio cuerpo arriba y comenzó a disciplinarse como lo tenía por costumbre al toque de oración. "Cerró la noche; la niebla, dice su acompañante, abromó la tierra; el frío apretaba y, volviendo en sí del éxtasis que allí había tenido nos venimos al convento y, yo, trotando la cuesta abajo, le hallaba siempre a mi lado, pareciéndome que no andaba. Desde que salimos del Olivar de Medrano, que ya habíamos pasado la acequia, yo no se cómo fue, porque en aquel instante nos hallamos en medio de la puente de Lima, que hay un

cuarto de legua a lo menos y entramos en el convento..." Con esta sencilez y concisión que llamaríamos evangélicas, se nos cuenta uno de los muchos prodigios obrados por Dios con su fiel y amante siervo.

De este cariz, aunque con otro intento, es el suceso que vamos a referir casi con las mismas palabras con que lo cuenta Vásquez en su declaración. Una mañana salieron ambos del convento, llevando en las alforjas una buena carga de semitas o pan basto. Era en el mes de agosto, esto es a mediados del invierno limeño. Al salir por la puerta falsa, el muchacho, llevado de su natural curiosidad, le preguntó a Martín:

—¿Adónde vamos, padre?

—A Limatambo, hijo: a hacer un servicio a Dios Nuestro Señor y a este convento, pues son muchos los novicios y a todos hay que sustentar. Tendremos que hacer allá más de dos meses.

..Padre, replicó Vásquez ¿qué hemos de hacer que tanto hemos de tardar?

—Fray Francisco está podando el olivar y cortaremos estacas para hacer un nuevo plantío, desde el camino real hasta el molino, para que esos muchachos en el tiempo de adelante tengan con qué poder pasar, que el olivar que hoy hay es ya viejo y se irá criando otro nuevo y de aquí a 30 años, cuando ya sean hombres maduros, dirán que Dios perdone a quien lo plantó.

Por el camino iba Martín repartiendo semitas a los muchachos que encontraba, diciéndoles:

—Ea, hijos, tomad, que algún día me ayudaréis a trabajar.

Llegaron a Limatambo y fuéronse al olivar en busca de fray Francisco. Martín le rogó a éste que le fuese apartando unas cuantas ramas, porque tenía pensado plantar un nuevo olivar. Fray Francisco rióse del propósito del Santo, sobre todo cuando éste le expuso su

plan de extenderlo desde el camino real hasta el molino.

—¿De dónde sacaréis, fray Martín, las estacas que para ello se necesitan?

—No se aflija hermano, que la Providencia de Dios es grande, pues con los muchachos que hay en casa hay harto para que hagan los agujeros.

Fray Francisco movió la cabeza con aire de incredulidad y Martín le pidió que con dos negros y cuatro mulas, le fuese enviando allá los ramos cortados. Fuese al olivar, llevando tres barretillas y comenzó en compañía de algunos muchachos a hacer hoyos, cada uno de los cuales tenía media vara de hondo y una cuarta de ancho y el primer día se hicieron unos noventa. A este paso continuó trabajando toda la semana y, llegado el sábado, comenzó la plantación. Martín se sentía feliz y decía:

—Gracias a Dios que me ha permitido ver este día.

Se puso a poner varas en los hoyos y, el lunes siguiente, de el mediodía para arriba, comenzó a dar agua a todas las estacas que tenía plantadas y fue cosa admirable, dive Vásquez, que al tercer día se veía en muchas de ellas retoños como de una cuarta. Prosiguió en su plantación y a los quince días ya había como 700 hijuelos y en un mes se acabó todo el olivar que unos años más tarde cuando Vásquez escribía su relación era un prodigio al verlo [20].

En medio de estas pesadas tareas todavía le sobraba tiempo para visitar a los indios de las cercanías y a veces se alargaba hasta la pescadería de Surco que, andando el tiempo, había de convertirse en el aristo-

[20] Hasta nuestros días se han conservado algunos viejos olivos de los plantados por el Santo, pero desmedrados y sin hojas, debido al abandono en que se les ha mantenido. Martín, mucho más previsor que nuestros agrónomos de hoy, comprendió que un buen olivar podía ser una fuente de riqueza.

crático balneario de Chorrillos. Los enfermos atraían en primer lugar sus miradas y a unos sangraba, a otros aplicaba alguna medicina o aconsejaba el tratamiento y los indios que ya le conocían, le daban buenas limosnas, y le pedían que les dijese algunas misas por sus parientes difuntos.

—Hijos, les decía Martín, yo no soy de misa.

—No importa padre, le contestaban, que de ti tenemos seguridad que las mandarás decir.

De este modo muchas veces volvía con 70 u 80 pesos de aquella ranchería de la costa, pero aun mayor era la cosecha en el pueblo de Surco, donde los indios e indias cargaban a Martín con sus regalos, ofreciéndole lo mejor de cuanto tenían, agradecidos a sus bondades y a las curas extraordinarias que en ellos hacía.

Capítulo XII

EL COLEGIO DE SANTA CRUZ

El doctor Valdes y otros biógrafos del Santo, dicen que éste concibió el proyecto de una casa en donde fuesen recibidas y educadas las niñas huérfanas. Comunicó su deseo con su amigo, el boticario Mateo Pastor y éste, cediendo a las instancias de Martín, se resolvió a dotar el Colegio en donde hallarían asilo hasta 24 expósitas. Esto último, como vamos a ver, no admite duda. Antes de morir Mateo Pastor de Velasco se levantó el Colegio de Santa Cruz de Niñas Expósitas, al lado de la Casa de Nuestra Señora de Atocha de los Niños Huérfanos y allí subsistió hasta mediados del pasado siglo. Pero el estudio de los documentos de esa piadosa fundación nos obliga a rectificar lo afirmado por Valdés en lo que toca a la participación del Santo en esta obra de bienestar social.

La Casa de los Niños Huérfanos existía ya en tiempo de Martín. La había fundado en 1603 un buen hombre que vestía el hábito de San Juan de Dios, conocido con el nombre de Luis Pescador. Los escribanos reales aceptaron el patronato de esta obra, se redactaron las Constituciones y el Virrey don Luis de Velasco las apro-

bó y confirmó el 24 de diciembre de 1603 ([21]). Este hecho señala a aquel caritativo varón como precursor de San Vicente de Paúl y da a Lima la primacía en el establecimiento de estos asilos de la infancia desamparada y desvalida.

Pero la idea que se atribuye a nuestro Santo sólo vino a traducirse en realidad bastantes años después de su muerte. Cuando en 1658 se abrieron las primeras informaciones en orden a su Beatificación, ya habían pasado a mejor vida Mateo Pastor y su mujer, doña Francisca Vélez Michel y esto explica el que en los Procesos no se encuentren datos sobre esta fundación [22]. Sin embargo, antes de la iniciación del Proceso Ordinario, ya ella había tenido lugar y el Colegio de Santa Cruz comenzaba a dar sus frutos. Ambos esposos extendieron su testamento el 5 de octubre del año 1653, ante el escribano Martín de Ochandíano. Hemos examinado el original suscrito por uno y otro entre los papeles de Patronato de la Inquisición (Legajo 1) que hoy se guardan en el Archivo de la Beneficencia Pública de Lima. En él se especificaban los bienes que en común poseían, que eran cuantiosos, pero de la fundación nada se dice y sólo hallamos algunas mandas en provecho de las niñas huérfanas. De lo que rentaren las casas de

[21] El curioso lector las hallará publicadas por nosotros en el tomo 3 de nuestra Biblioteca Peruana. Lima, 1940. *Manuscritos Peruanos de la Biblioteca Nacional* de Lima, p. 143 y s.

[22] Un pariente cercano de doña Francisca, fray Francisco Velasco, ingresó en la Orden de Santo Domingo y aparece como testigo en los Procesos. Conoció indudablemente a Martín, pero en su declaración nada dice sobre la parte que cupo al Santo en la fundación del Colegio de Santa Cruz. Véase sobre el Colegio el Testamento de Mateo Pastor (Archivo Nacional del Perú, Protocolo de Martín de Ochandiano, f. 844) y las constituciones del mismo, impresas dos veces en Lima, en 1659 y en 1756.

su morada, que habían comprado en 29.000 pesos a Juan de la Cueva y debieron estar situadas en esta calle, la mitad se había de aplicar a la dote de una doncella huérfana y unos 4.000 pesos se habían de imponer a censo para con el producto dar de vestir a las niñas de la Casa de Ntra. Sra. de Atocha. Otras casas poseían en la calle de las Mantas, las cuales fueron de Isabel Tello de Cepeda, mujer de Julián de Lorca y se adquirieron por la suma de 13.400 pesos. En ellas parece haber tenido su botica Mateo Pastor. La administración de esta casa la había de tener el mayordomo del Hospital de la Caridad y de ella se había de sacar cada año la cantidad de 100 pesos para vestuario de las niñas asiladas. Eso es todo. Sin embargo, casi al fin nos hallamos con una cláusula que demuestra cómo ya bullía en el cerebro de Mateo Pastor la idea del futuro establecimiento de caridad. Dice así: "y si algún tiempo se hiciere algún recogimiento de las dichas niñas sea toda la dicha renta para las que estuviesen en él".

No mucho después de extendido este testamento fallecía doña Francisca Vélez Michel y era enterrada, como ella y su marido lo habían dispuesto, en la sala del Capítulo de Santo Domingo, donde yacían los restos de su hermano el Presbítero don Francisco Vélez Roldán y también los de su amigo y protegido, el Santo Martín. Su esposo haciendo uso de la facultad que le había otorgado su mujer en el antecedente testamento, resolvió hacerlo de nuevo y el 16 de junio de 1654, extendía su postrera y última voluntad, ante el ya citado escribano. Era él por entonces, y lo había sido varios años, mayordomo del Hospital de la Caridad, en donde existía casi desde su fundación un Colegio de Niñas Huérfanas, si bien su número era limitado. Algo semejante pensó hacer y, tal vez, la voz lejana de su amigo el lego dominico le animó en la empresa.

En este testamento deja el patronato y la administración de sus bienes a la Inquisición y, dejando casi sin alteraciones lo dispuesto en el primero por lo que toca a los inmuebles, declara por lo que toca a los demás "que esta porción de bienes la aplico de voluntad de la dicha mi mujer y mía *para la fundación del Colegio de Niñas Huérfanas que voi edificando en cumplimiento del deseo grande que la dicha mi mujer tuvo de que tuviese efecto su fundación*". La buena doña Francisca, antes de morir, urgió a su marido para que la ejecutase. No debió estar ausente Martín de esta resolución, pues las mujeres guardan mejor que los hombres las ideas que arrancan del corazón. Todavía es más explícito en lo que sigue. "Quiero y es mi voluntad, dice, y lo fue la de la dicha doña Francisca, mi mujer, que después de mis días se funde, haga e instituya un Colegio o Recogimiento en que se críen, doctrinen y alimenten hasta que lleguen a tomar estado las niñas huérfanas expósitas, porque la experiencia me ha demostrado (y a todos es notorio) que las tales niñas por falta de doctrina y enseñanzas padecen mucho en sus costumbres y por la pobreza y necesidad con que después se hallan para sustentarse y tomar estado, corre mucho riesgo su honestidad y para remediar tan grave daño y que Nuestro Señor sea servido en sus criaturas fundo e instituyo el dicho Colegio, a lo cual si yo en vida no diese leyes e Constituciones para su mejor gobierno y conservación quiero y es mi voluntad que las haga y ordenen el señor Lic. García Martínez Cabezas. Inquisidor Opostólico destos Reinos y, por su muerte ó ausencia, el Tribunal Santo de la Inquisición a quienes como van nombrados dejo por Patronos".

Éstos debían acabar el Colegio que estaba entonces edificándose en las casas que Mateo Pastor había comprado a doña Paula de Ulloa, monja de Santa Clara y

estaban situadas junto al Hospicio de Atocha. A este testamento se siguieron hasta tres codicilos y en ellos se ratificó en lo dicho anteriormente, legando prácticamente todos sus bienes para la dotación del Colegio de Santa Cruz. El 30 de julio de 1655 extendió el último y el 2 de agosto ya había pasado a mejor vida.

La fundación había sido aprobada por el Conde de Salvatierra, virrey del Perú el 2 de julio de 1654 y, hallándose el Colegio en la proximidad de la Casa de los Niños Huérfanos, Mateo Pastor hizo abrir una reja y comulgatorio a la iglesia, para que las niñas pudiesen recibir los sacramentos. Más tarde, don Cristóbal de Castilla y Zamora, el futuro Obispo de Huamanga, que fue el primer superintendente del Colegio en su calidad de Inquisidor, redactó las Constituciones y fueron aprobadas por una provisión del Conde de Alba de Liste el 18 de junio de 1659.

Por tratarse de un establecimiento tan antiguo no está de más que conozcamos algunas de sus características. Fuera del Capellán, oficio desempeñado en primer lugar por el Licenciado Diego Sarzosa, el Colegio debía tener una rectora y una maestra. El 16 de junio de 1659 fue nombrada para el primer cargo, doña María Romero Tello, natural de La Granja, en el distrito de Llerena (España) y el 23 de dicho mes tomó posesión de su cargo. Para maestra fue señalada doña Agustina de Robles, doncella, natural de Lima. Ésta tenía obligación de enseñar a las niñas, que en un principio sólo fueron doce, a leer, escribir, costura y artes manuales, debiendo también adiestrarlas en la música y en el canto. La edad exigida para la admisión era de los ocho años hasta los dieciséis y todas debían guardar clausura monjil. La autorización para salir del Colegio debían darla, por razones graves, los Patronos.

Estas Constituciones fueron algunos años después

modificadas, aumentándose el número de las educandas hasta 24, pero todas ellas debían proceder del Hospicio de Huérfanos y debían ser de raza blanca. A éstas, cuando llegaban a la edad de tomar estado, se les señalaba la dote conveniente y el que las pretendía por esposa debía entenderse con los Patronos, o sea uno o dos de los señores Inquisidores o bien con el Capellán o el Administrador del Colegio. Extraño modo, se dirá, de concertar un enlace, pero dadas las costumbres del tiempo y la condición de estas colegialas, era muy explicable.

Hemos descendido a estos pormenores, porque no hemos visto alguno que se haya ocupado de esta institución, salvo las ligeras indicaciones que trae Mendiburu en su *Diccionario*, en la biografía de Mateo Pastor de Velasco. Por otra parte, ella dio sus frutos y su duración de casi dos siglos la abona y la acredita. En todo este tiempo apenas se encuentra en su historia uno que otro hecho que la ensombrezca. Tal vez el más sonado fue la fuga de tres colegialas en octubre de 1748, dos de las cuales se refugiaron en el convento de Santa Clara. Dieron por pretexto la crueldad con que las había castigado la Rectora, Dionisia de Jesús, y también la mala calidad de la alimentación, pero de las investigaciones practicadas apareció que todo era falso.

Por lo dicho hasta aquí se ve claro que solo remotamente se puede hablar de Martín, como fundador de este Colegio. Caridad había en él más que sobrada para conmoverse ante la situación en que yacían las pobres niñas huérfanas, porque si su piedad se extendió hasta los seres desprovistos de razón y a la casa de su hermana enviaba a los perros y gatos que no tenían ni un hueso que roer, con mayor razón tenía que apiadarse de sus prójimos y de unas criaturas abandonadas, que puede decirse no tenían otro arrimo y consuelo sino solo Dios.

Capítulo XIII

EL SEGUIDOR DE CRISTO

Una vida como la de Martín, consagrada por entero al servicio de los demás, con perfecto olvido de sí mismo, no se explica sin una intensa vida interior, sin el acicate de la caridad, que, como dice Tomás de Kempis, aun abrumada por la fatiga, no llega a sentir el cansancio. Ya hemos visto cómo desde su juventud se sintió atraído por el amor a la Cruz de Cristo. Esta inclinación de su voluntad fue acentuándose en su ánimo por la acción de la gracia hasta llegar a convertirse en verdadera pasión. Entonces pudo repetir el humilde Hermano lo que decía el Apóstol de las Gentes: *No yo sino Cristo vive en mí.* A esta identificación con el modelo de todos los predestinados llegó Martín por el único camino que conduce a tal alto grado de santidad: por la vía de las humillaciones y de la total abnegación. Humilde como la tierra fue Martín y su penitente afán, como vamos a verlo, tiene algo de asombroso, pero la humildad y la mortificación del lego dominico no fueron sino los medios por los cuales se dispuso su alma a unirse estrechamente con Dios, traspasando los umbrales de la ordinaria comunicación de la criatura con su criador y entrando de lleno por las vías sobrenaturales de la contemplación y de la vida mística.

Martín, aun cuando a primera vista no lo parezca,

fue un contemplativo y, repetimos, no se explica la efusión de su caridad, fuera de este supuesto. Llegó a lo más alto de esta escala de Jacob, pero antes de considerarlo en la cumbre del monte, veámoslo esforzarse por morir a sí mismo, por extinguir hasta su raíz las viciosas inclinaciones de la naturaleza y domar las rebeldías de la carne. Penetremos, en cuanto es posible, en su vida interior y más nos cautivarán esas secretas ascensiones de su alma hacia Dios que los hechos extraordinarios que rodean su vida y atrajeron sobre él la atención del mundo. Ni un solo rasgo de esta vida nos dejó escrito; su humildad no quiso trasladar al papel ni una sola de aquellas hablas interiores o favores extraordinarios con que lo favoreció el Cielo, ni Dios tampoco le inspiró que lo hiciera, sin duda porque deseó que hasta en eso fuera dechado del más entero abatimiento.

Innecesario parece insistir en la humildad de Martín. No sólo escogió siempre el último lugar, según la prescripción evangélica y se convirtió en el siervo de todos, sino que además sintió sinceramente que no le correspondía otro puesto ni era otro su debido destino. Por eso las injurias le sabían a halagos y la ingratitud, que tanto suele herir a los corazones más puros, no dejaba en él la menor huella de resentimiento. Las reprensiones, casi nunca justificadas de sus superiores, no sólo las escuchaba mansamente sino que las agradecía y tenía por justas, besando la mano del que le hería. Jamás se defendió y solo en una ocasión dio a su Prelado la excusa que éste mismo le pedía.

Tenía por costumbre hospedar en la enfermería o en su propia celda a los pobres enfermos y algunos, sea por el desaseo de los dolientes, sea por el temor de un contagio, lo llevaban a mal. Debieron decírselo al Superior y éste ordenó a Martín que no lo hiciese en adelante. Ocurrió, sin embargo, que un día llevaron a

la portería a un pobre indio, herido de gravedad. El Santo no vaciló, en vista de su estado, en albergarlo en su celda, mas no bien lo hubo sabido el Superior le llamó a su presencia y, después de haberlo reprendido agriamente, le dio una disciplina que el humilde Hermano recibió de rodillas y sin exhalar una queja. Fuése entonces a su celda y con el cuidado que pudo hizo conducir al enfermo a casa de su hermana, a quien dio encargo de llamar a un cirujano. Martín, lejos de desabrirse con su Prelado, le preparó un bocado que sabía era de su gusto y se lo llevó a su celda y poniéndoselo delante le dijo con respeto:

—Perdóneme su Paternidad y tome esto que espero le será de tanto gusto como a mí lo ha sido su corrección.

—Gracias, fray Martín, respondió aquél con suave acento, yo no me enojo con la persona sino con la culpa.

El Hermano se atrevió a replicar y con modestia balbuceó:

—Yo, padre, no he pecado en lo que hice.

—¿Cómo no, si ha quebrantado mi precepto?, fue la contestación.

El Santo serenamente añadió:

—Verdad es, padre, que yo llevé al herido a mi celda, pero la urgencia del caso lo exigía y cuando la caridad insta se la debe preferir a la obediencia.

El Prelado reconoció que tenía razón y sonriente y afable lo despidió.

Ya hemos visto la serenidad y aun la alegría con que recibía los denuestos e injurias de aquellos mismos a quienes servía, como si los desprecios fueran para él halagos y las destemplanzas de los demás le fueran tan agradables como a otros las frases de cumplido. Y es que él se tenía por el más despreciable de los hombres. Así se explica la reverencia con que veneraba a los sacerdotes y a los frailes de corona; el porte humilde

con que estaba entre ellos; su repugnancia a sentarse en la mesa común con los demás hermanos, prefiriendo tomar el alimento en la cocina o en alguna sala de la enfermería, de pie y sin que nadie le sirviese. No tomaba tampoco asiento delante de sus mayores y si le instaban a hacerlo, se sentaba en tierra, como en el más bajo lugar. La costumbre de llevar también la cabeza descubierta, aun cuando salía fuera del convento, llevando el sombrero colgado sobre los hombros, era también indicio de su humildad. Tan natural se hizo en él la práctica de esa virtud que se extrañaba cuando le hacían alguna honra y alguna vez llegó a pensar y aun a manifestar exteriormente que esas muestras de estima no eran sino burlas que hacían de su persona.

El Virrey y el Arzobispo don Pedro de Villagómez, lo favorecieron y recibían con agrado. No llegó a envanecerse por eso y, como viese que de allí se le seguía alguna estimación, rehuía el tratar con esos personajes, inclinándose en cambio hacia los miserables y abatidos. Estaba limpiando unos reservados o secretas, como se les llamaba entonces y en tiempo que asistía al Arzobispo de México, don Feliciano de Vega y viéndole ocupado en esta faena le dijo fray Juan Ochoa:

—Hermano Martín, ¿no es mejor estarse en la casa del Arzobispo que en las secretas del convento?

—Fray Juan, replicó el Santo, más estimo un rato de éstos que muchos días pasados en la morada del señor Arzobispo.

Y decía verdad. Ni por natural encogimiento, ni por la situación de inferioridad en que lo colocaba su origen escogió ser el último de todos. Otra razón más alta le movía a abrazarse con la humildad: el conocimiento que tenía de su nada y el ejemplo del Hijo de Dios. Esclavo quiso ser por amor de Dios y por imitar a Jesucristo y en realidad se hizo siervo de todos.

Pero no basta morir a sí mismo, es preciso morir a todo lo que no es Dios y morir crucificado. El amor a la cruz va inseparablemente unido a la verdadera santidad. Así lo dice aquella copla popular de tan hondo significado:

Sin cruz no hay gloria ninguna
ni con cruz eterno llanto,
santidad y cruz es una;
no hay cruz que no tenga santo
ni santo sin cruz alguna.

Pero Martín no sólo crucificó su carne para tenerla sujeta al espíritu y domar sus rebeldías; un más alto motivo lo impulsó a abrazarse con el dolor y el sufrimiento: su deseo de hacerse semejante al Dios Hombre, llagado por nuestros pecados. Un tríptico del convento de Santo Domingo que tiene cierto dejo del primitivismo de los prerrafaelistas nos muestra a la izquierda a Jesús Nazareno, cargado con la cruz y a la derecha a Martín, postrado de rodillas y en el arco del centro una fuente que intenta reproducir la magnífica de bronce del claustro principal. De los labios del Señor brota esta leyenda. *"Martín, ayúdame a llevar la cruz"*, y de la otra parte ondula su respuesta: *"¡Dios mío, Redentor, a mí tanto favor!* He ahí el diálogo que en realidad debió entablarse entre el alma del Santo y Jesús Crucificado y de una manera inconsciente trasladó al lienzo el anónimo pintor. Era apenas un niño y en su humilde alcoba del barrio de San Lázaro se le sorprende arrodillado en las noches ante un Crucifijo, abismado en la consideración de los dolores del Redentor. Desde su ingreso en la Orden de Santo Domingo parece haber comenzado a hacer uso de las disciplinas y de los cilicios. Por lo que hace a las primeras, tomó por costumbre, casi en

los primeros años de su vida religiosa, el disciplinarse tres veces cada día. Estas disciplinas eran de sangre y ya hemos visto lo que un testigo ocular, Juan Vásquez, nos dice de lo llagadas que estaban sus espaldas.

Martín procuró ocultar estas maceraciones, pero ellas no pudieron pasar inadvertidas. Cuando se hallaba próximo a dejar este mundo alguno quiso asegurarse de si era verdad lo que sobre esto corría por el convento. Fray Gaspar de Saldaña, que por dos veces había sido prior de Santo Domingo, le preguntó cuántas disciplinas se daba diariamente. Martín comenzó a afligirse y con la mansedumbre y humildad que acostumbraba no dijo más sino: "Padre mío, cuando Dios quiere se descubren las cosas". Instó fray Gaspar, y vencido el Santo por la reiteración de la demanda, dijo a media voz: "Sí, padre, es verdad: tres disciplinas me daba, en memoria de las que se dio nuestro padre Santo Domingo". Algún testigo dice que la una de ellas la ofrecía por sus culpas, la otra por la conversión de los pecadores y la tercera en sufragio de las benditas almas. Puede que ésta fuera su intención, pero la que predominaba era, sin duda, su deseo de crucificarse con Cristo.

Que eran rigurosas, todos cuantos de una manera casual vinieron a ser testigos de ellas lo comprueban. Él buscaba los sitios más apartados, se refugiaba en la iglesia o en la Sala del Capítulo, para martirizar su carne, pero no dejó de observarle alguno. Entre otros, Juan Ochoa y otro religioso que testifica haberle visto caminar por el claustro azotándose cruelmente, mientras le alumbraban por delante dos hermosos mancebos. Juan Vásquez lo vio hacer lo mismo en Amancaes, pero entre tantos testigos que pudieran citarse, el más abonado nos parece un indio de Carabayllo, llamado Juan Huancha, con quien sucedió el caso que vamos a referir y él mismo narra en los Procesos. Era este buen hombre

hortelano de doña Ana de Peñaranda, vecina del barrio de Malambo y persona aficionada al santo Martín. Éste se presentó un día en la casa, donde ya era conocido y entró en la huerta. Por lo visto no debía hallarse la dueña en ella. Divisó Martín al indio hortelano y le rogó que cerrara la puerta de entrada; luego le pidió que, atándole a una escalera que había junto a un árbol, le azotase con un látigo que sacó de los hábitos. Al desnudarse la túnica interior, vio el indio cómo estaba manchada de sangre. Resistíase Juan Huancha, pero Martín acalló sus resistencias poniéndole en las manos cuatro reales de plata. Comenzó a azotar sus espaldas y le llevaría dados unos 30 golpes, cuando, movido a compasión, se negó a seguir. Martín le suplicó que continuase y pudo tanto que el indio se resolvió a darle dos o tres golpes más y, pretextando cansancio, cesó de flagelarle. El bueno de Huancha, añade en su deposición, que otro día, habiendo venido a la casa el Santo, le rogó que repitiera la disciplina, pero esta vez se opuso tenazmente, diciéndole en su media lengua:

—¿Soy yo acaso judío para azotar a los cristianos?

Andando el tiempo debió dejar las disciplinas con puntas de hierro y echó mano de las de cuero, pero aun así el tormento era grande por su duración y por lo maltratadas que tenía las espaldas. A veces se las daba en las piernas y en las plantas de los pies, como cuenta Juan Vásquez, para que no le quedase parte sana [23].

[23] Juan Vásquez, en su primera declaración, dice que después de las oraciones se encaminaba a su celda a orar y disciplinarse y la disciplina era de tres ramales con sus rosetas de hierro y, después de afligir su cuerpo, algunas veces le llamaba para que le curase las espaldas con vinagre y él viendo lo lastimado que quedaba, le decía: "padre, no lo vuelva a hacer" y Martín respondía: "hijo, esto me conviene para mi salvación y es nada para lo que yo merezco". Y esto se lo decía con un semblante alegre y sin mostrar flaqueza alguna.

No satisfecho con esto, llevaba a raíz de las carnes una cadena de hierro que sólo se quitó en su última enfermedad. Pero bastante cilicio era para Martín el vestido que usaba. La túnica era de jerga y le bajaba hasta las rodillas. El hábito era de cordellate, sin hacer uso jamás de lienzo, así como de calzones o jubón. Sus zapatos eran los que otros desechaban y que él se ingeniaba para remendar y hacer que durasen. Pero él sabía conciliar el amor a la pobreza con la decencia y el aseo y no debemos pasar en silencio lo que deponen algunos en los Procesos, esto es, el suave olor que despedía su persona, no obstante lo mucho que se fatigaba y trasudaba.

De su abstinencia y mortificación en el comer los testimonios son contestes pero a tal extremo llegan que está uno tentado a creer que exageran. Fray Fernando Aragonés, Enfermero Mayor, que vivió en su compañía 14 años, dice que su ordinario sustento fue pan y agua. Otro asevera que no probaba carne y se hace creíble, tanto por prescribirlo la regla buena parte del año, como por haberse inclinado siempre a tomar los alimentos más comunes y groseros, como yerbas, yucas o camotes. Muchas veces, por razón de sus ocupaciones, tomaba a deshora su corta refección y puede decirse que su regalo eran las sobras de la mesa. No es de extrañar que tuviera tan mortificado el gusto quien no dudó en cierta ocasión echarse a pechos el humor que habían extraído a un enfermo hidrópico, fray Diego de Ulloa. Nuestra naturaleza como que se subleva ante estos admirables ejemplos de mortificación, pero es que todas estas cosas escapan al sentido y para poderlas apreciar es necesario poseer aquella luz que impulsa a los santos a asquear todo lo terreno y a tener por amargos los regalos del mundo.

Un rasgo más de su penitente vida. Su descanso era brevísimo. Allá en su celda, situada en el claustro de la enfermería, en la planta baja, tenía su pobre lecho de tablas con una estera y una almohadilla rota. Marçelo de Rivera que vivió en ella dice que su almohada era un pedazo de madera y, según el testimonio de Vásquez y de otros, lo ordinario era que se echase vestido sobre un arcón de cortas dimensiones, pues las piernas le quedaban colgando [24]. Allí permanecía dos o tres horas y luego se levantaba a orar. Fray Antonio de Estrada cuenta que en sus últimos años fray Juan de Zárate le mandó colocar un colchón y unas sábanas en su cama y el obediente Hermano lo hizo así, no sin antes haber hecho esta reflexión a su superior: "¿Cómo manda, padre, a un perro mulato que en el siglo no tuviera qué comer ni en qué dormir, se acueste entre sábanas?".

[24] Es curioso el dato apuntado por uno de los tantos enfermos a quienes dio acogida en su celda. Dice que vio algunas veces entrar en ella, al apuntar el alba, a un gato familiarizado en el convento, el cual comenzaba a tirarle del hábito hasta que lo despertaba.

Capítulo XIV

EL LEGO ENDIOSADO

A quien, por amor de Dios, renunciaba a las gustos de la tierra, no le podían faltar los gustos del cielo. Los recibió en abundancia y, una vez que experimentó su dulcedumbre, no sólo echó al olvido todas las dulzuras de aquí abajo sino que sintió tedio de ellas. Alma enamorada de Dios, desde muy temprano le buscó en la quietud de la oración, en el interior de su ser y en todas las cosas y le llegó a ser familiar este trato y comunicación íntima con el Señor. Empezó entonces a gustarle de veras, a sentirle muy cerca de sí y a hablarle más que con las palabras con el afecto. Y fue ascendiendo por esta escala mística, guiado por una mano invisible que ilustraba su entendimiento con soberanas luces y encendía su corazón en seráficos ardores. Los deliquios, éxtasis y arrobamientos que padecía no fueron sino las manifestaciones del alto grado de perfección a que había llegado su alma. Y con el poeta podemos repetir:

Y reza el Santo
en el silencio de la clara noche,
y a su cabeza llega en su derroche
de caricias, tu mano blanca y bella.

¡Y cómo su sonrisa se ilumina!
y, por verlo, Señor, la golondrina
ante su celda cámbiase en estrella.

Y en verdad, el hermano mulato, esclavo de los demás, el caritativo enfermero que con mano blanda curaba las llagas de los enfermos, el barrendero que se envolvía entre nubes de polvo para que los claustros resplandeciesen por su limpieza, una vez entrado en oración, se transfiguraba, se rodeaba de resplandores y su misma tez morena brillaba con un fulgor inusitado. Dijérase que lo envolvía como a Moisés en el monte la Majestad de Dios. De todo esto tenemos abundantes testimonios. No es posible reproducirlos todos, pero nótese bien que el Santo procuró siempre sustraerse a las miradas de los demás y escogió, para entregarse a su favorita ocupación, las horas de la noche en que todos se entregan al descanso, por eso sólo un acaso permitió que le sorprendieran algunas veces y es todavía más lo que ignoramos.

El Hermano fray Ignacio de Santo Domingo, siendo seglar, fue testigo de una de aquellas elevaciones de Martín y tal efecto produjo en su ánimo la vista del Santo abrazado con el Cristo que se venera en la sala del Capítulo que se decidió a dejar el mundo y vestir el sayal dominico. Más tarde, sabiendo cuánto favorecía Dios a su siervo, le espía los pasos y no menos de seis veces vuelve a presenciar el prodigio. Así lo aseguró ante el padre fray Cristóbal de San Juan y, poco antes de morir, preguntado nuevamente sobre el hecho de que había sido testigo, se ratifica y proclama la santidad de Martín. El tantas veces citado Juan Vásquez lleva apenas unos días en el convento y un día, al entrar en su celda, como a las dos de la tarde, lo sorprende en oración delante de un Cristo, de rodillas y levantado

en alto como unas dos varas. Despavorido retrocede y al tropezar en el claustro con un hermano lego le da cuenta del hecho con frases entrecortadas. El religioso lo tranquiliza, le ordena cerrar la puerta de la celda y le asegura que pronto se curaría de espantos, pues había de ver mucho de esto. En efecto, una noche, como a las once, hubo un fuerte estremecimiento de tierra; levantóse el mozo con sobresalto, abrió la puerta, volviendo luego a llamar a Martín, el cual estaba tendido en el suelo con los brazos extendidos en forma de cruz, el rosario en la mano y despidiendo de sí gran claridad. Llamóle una y otra vez, pero el Santo, que parecía estar muerto no respondió a sus voces; salió al claustro y encontrando al padre maestro Abendaño le dijo con lágrimas que fray Martín estaba muerto. El padre lo sosegó, diciéndole:

—Calla, hijo, que no está muerto ni muere. Dichoso tú que has alcanzado a ver lo que todos deseamos; vente a dormir a mi celda —y cerrando la puerta de la del Santo con una llave maestra que él mismo le había dado, se marchó en compañía del padre. A la mañana siguiente, al ir a buscar a Martín para salir en su compañía a sangrar, como le tenía enseñado, le reconvino por lo que había hecho y le ordenó que en adelante no dijese palabra de lo que viera en la celda.

El prodigio se repitió una y otra vez y no ya en la celda le vio Vásquez arrebatado y fuera de sus sentidos sino también en la sala del Capítulo y aun en las lomas de Amancaes, donde acudía a hacer sus sementeras y, a veces, se entregaba a la oración. El cirujano Marcelo de Rivera, recluido en el convento, tenía por habitación la celda de Martín. Una noche que le buscaba para pedirle la llave se encontró en el claustro principal con un negro que servía al padre fray Antonio Arce y le preguntó por él. La respuesta fue que no lo

había visto, pero no bien entró a la sala del Capítulo salió el negro dando voces, diciendo que fueran a ver a Martín suspenso en el aire. Entraron junto con él, Rivera, el padre Arce y fray Pedro de la O y todos le vieron abrazado al Crucifijo, con las manos y el rostro pegados a los del Señor. Esta patética escena se repitió más de una vez. El ya citado padre Arce se hallaba gravemente enfermo y, necesitando el socorro de Martín, salió a buscarle fray Martín Cabezas. No habiéndole hallado en otros sitios del convento, pensó que se encontraría en su favorito retiro, la sala capitular. Entró en ella y lo vio elevado en alto, abrazado a la imagen de Jesús Crucificado y con la boca puesta en la llaga del costado. No pudo contenerse y, saliendo, llamó a voces a otros tres religiosos que por allí se encontraban, a fin de que todos fuesen testigos del endiosamiento de Martín. Delante de ellos bajó Martín de lo alto y, al enfrentarse a sus hermanos, dijo con voz reposada:

—Decid al padre maestro que no se apure por auxilios temporales sino que disponga sus cosas para el camino que todos hemos de andar.

No tardó en cumplirse su pronóstico, porque el padre Arce dejaba este mundo unas catorce horas después.

Otros, como fray Pedro de Mendoza, le vieron también elevado y con el rostro resplandeciente al pie del altar de Santo Domingo; el sargento Francisco de la Torre, retraído también en la celda de Martín le vio suspenso en el aire ante un lienzo del rostro de Cristo que había en ella. Vino a repetirse con tanta frecuencia esta gracia del cielo que ya no causaba admiración. Era, pues, un extático, pero conviene parar mientes que esos encendimientos de su alma solían tener por término una más estrecha unión con la imagen de Cristo Crucificado. Allí parece que volaba su espíritu, arrebatado por el amor hacia el Varón de Dolores. ¿Quién más identifi-

cado con Cristo que el humilde Hermano que tan generosa y valientemente se había abrazado con su cruz? ¿A quién podría estar reservado ese refugio de los escogidos, que es el costado de Cristo, ese agujero de la piedra, asilo de las almas castas? No hay duda que Martín fue una de ellas y el Señor se complació en atraerlo a Sí, porque el amor es recíproco y Dios no se deja ganar en generosidad por los hombres. Ahora bien, a nuestra vista ese perro mulato, como él se llama se transfigura por el amor y nunca nos parece más amable, más santo, más lleno de caridad que al verlo confundido en estrecho abrazo con la imagen de su Redentor. No sabemos que hasta ahora se le haya representado de esta manera, pero valdría la pena que un diestro pincel lo trasladara al lienzo en esta actitud y nos diera una réplica del famoso cuadro de Murillo, donde vemos a Francisco de Asís estrechando entre sus brazos a su Dios Crucificado.

Estos éxtasis y elevaciones de Martín tenían por fuerza que excitar más la atención por lo que tenían de prodigiosos, pero Dios le hacía otras mercedes más ocultas pero no por eso menos preciosas. En los días en que con licencia de sus superiores podía acercarse a la Sagrada Mesa y en sus últimos años sucedía esto hasta tres veces por semana, su alma debía quedar anegada en gozo y su unión con el Señor debía ser muy estrecha. Así se explica el que en estos días se retirara por dos o tres horas al más escondido lugar del convento y no fuera posible hallarlo, hasta pasadas dos o tres horas. Como Catalina de Sena y Rosa de Lima, sus hermanas de hábito, hacía sus delicias de este divino manjar y con él se confortaba su espíritu y su cuerpo para llevar adelante la pesada cruz que él mismo se había impuesto. Sus tareas ordinarias le absorbían y apenas le dejaban tiempo para entregarse a la oración,

pero él supo hallarlo, aun cuando fuera a costa de su descanso. Apenas había tocado el alba, se dirigía al coro alto o a la iglesia y allí permanecía hasta que era llegada la hora de comenzar la faena diaria. Al toque de oraciones, como lo asegura Juan Vásquez, volvía al retiro de su celda o a algún otro lugar apartado del convento, a ponerse de nuevo en la presencia de Dios y tanto entonces como siempre que se entregaba a la oración la hacía preceder por una rigurosa disciplina. Luego, a medianoche, por tercera vez, acudía a postrarse en el acatamiento del Señor, sin que su cuerpo fatigado le sirviera de estorbo para dedicarse a este santo ejercicio. Ya fuese de rodillas, ya sea tendido en tierra con los brazos en cruz, Martín se unía con su Dios y lo más frecuente era que su alma quedase transportada y como extática.

Esta intensa vida interior nos explica su incansable celo, su incesante actividad en provecho de los demás y su ardiente amor. Dentro de él ardía un fuego que le servía de acicate y le daba fuerzas para prodigarse y para no rendirse a la fatiga. Era un místico, sin duda, pero como tal, no se adormecía en las dulzuras de la contemplación ni se arregostaba con su indefinible atractivo sino antes bien de allí tomaba pie para mostrarse más generoso con el autor de esos dones y más pronto a todos los sacrificios.

Capítulo XV

EL VIDENTE

Martín se conquistó en vida y aun después de muerto, la fama de taumaturgo, esto es de hacedor de maravillas. Entre el pueblo éste es el concepto que ha perdurado, sólo que la leyenda, sujeta a los caprichos del vulgo, ha exagerado algunas veces los prodigios que brotaron de sus manos y hasta le ha atribuido milagros que jamás pretendió realizar. Con los bien comprobados basta y sobra para acreditarlo de varón extraordinario y no debe sorprendernos que así sea, si tenemos presente que no son los santos los que obran esos milagros, sino Dios que se vale de ellos como de instrumento y en virtud de la estrecha unión que con ellos mantiene y que casi podríamos llamar identificación, desciende hasta poner en sus manos su omnipotencia. De ahí la naturalidad con que proceden en su realización y esa especie de instinto divino que los mueve, sea a profetizar el porvenir, sea a detener el curso de una enfermedad o a suspender en casos determinados las leyes de la naturaleza. Esto es lo que vemos en Martín. Habla, se mueve y procede como cada uno de nosotros, sólo que allá en su interior es Dios el que guía todas sus acciones y cuando hay en ellas algo de insólito y fuera del curso común de las cosas, por los efectos venimos a descubrir

la intervención divina y nos damos cuenta que tenemos delante a un Santo.

Los Procesos están llenos de sus anuncios proféticos. Escogeremos al azar algunos de los más verídicos. Era grande la amistad que le unía al capitán Juan de Figueroa y éste le correspondía socorriéndole con sus limosnas. Había solicitado una plaza de familiar del Santo Oficio y como tardasen en venir de España sus despachos, se desconsoló un poco, creyendo que su petición había sido desechada. El Santo lo tranquilizó y le anunció la próxima llegada del título, como en efecto sucedió. Muy distante estaba de pensar que podría ser ensayador y fundidor mayor del mineral de Potosí, aun cuando le halagaba el cargo, pero el conde de Chinchón se lo había reservado y no lo sacaba a remate. No obstante esto, Martín le predijo que lo sería y, al cabo de dos años, vino orden que se rematase y obtuvo Figueroa la buena pro. Más notable es la predicción que le hizo sobre su sepulcro. Pensaba el capitán comprar entierro en la iglesia de la Merced y un día fue a comunicárselo al Santo y éste por toda respuesta le dijo: "Compre el asiento, pero no el entierro, porque aquí, señalando el suelo de la celda, nos han de enterrar a los dos". No lo tomó muy en serio el capitán, pero a los dos años de esto moría fray Martín y a los dieciséis de su muerte, se trató de convertir en capilla la celda que había ocupado y trasladar allí sus huesos. El Prior, fray Gaspar de Saldaña, que conocía el afecto que don Juan de Figueroa sentía hacia Martín, le ofreció el patronato de la capilla y entonces recordó sus palabras y gustoso aceptó, costeando la obra con su dinero. Más tarde allí fue sepultado.

Con el mismo le sucedió otro hecho curioso. Habían traído unas cuentas de España, a las cuales se atribuía una especial virtud, diciendo que eran de una mujer muy

sierva de Dios, llamada Luisa de Carrión, cuya fama corría entonces por la península. El capitán le ofreció una y otra vez una de esas cuentas y Martín, sin prestar atención a la cosa, invariablemente le respondía: "Déjelo ahora". No pasó mucho tiempo y llegó la noticia de haberlas prohibido severamente la Inquisición. Era novicio y de pocos años fray Cipriano de Medina y sus compañeros se burlaban algunas veces de él, por ser pequeño de cuerpo, algo grueso y muy velludo. Un día, mientras Martín los rasuraba, le dijo uno de los Hermanos:

—Ea, hermano, hágale bien la rasura a fray Cipriano que es el feo de esta casa.

El Hermano, apartó la navaja y con modestia replicó al novicio:

—Feo le llamáis, porque lo veis chiquito y desta manera, pues él crecerá y será honra de nuestra religión y religioso de grande estatura.

El tiempo vino a confirmar sus palabras, pues fray Cipriano, después de haber sido lustre de su Orden, fue elevado a la silla episcopal de Guamanga.

Tiene sus ribetes de picaresco el episodio que le acaeció también con unos novicios. Un día de verano se tropezaron con él en el claustro de la enfermería. Como sabían que era generoso y compasivo le pidieron les diese algo de merendar. "Id, les dijo entonces el santo, a mi celda y tomad la fruta que hay en un cajón". No aguardaron que les repitiese el encargo y haciéndoseles la boca agua penetraron en la celda y dieron bien pronto con el rústico aparador. Echaron mano de la fruta y cuando ya no les quedaba qué roer se presentó Martín trayéndoles otras golosinas. Púsoselas delante y luego sin que ellos hubiesen declarado cosa alguna, les dijo entre risueño y severo:

—Muchachos, bien habéis hecho en comer la fruta, pero fray Alonso ha hecho mal en guardarse el patacón que allí había [25].

El novicio, sin inmutarse, respondió:

—¿Qué patacón?

Martín le replicó:

—Devolvedlo que no es nuestro y sacadlo del zapato, que no está bien allí la cruz de Jesucristo que tiene.

Al verse así descubierto, no tuvo más remedio el avispado mozo que sacar el patacón que había escondido. Rieron todos la escena, pero quedaron admirados de la visión de Martín.

Asistía en la enfermería a un novicio, el cual por el ardor de la fiebre deliraba y profería palabras inconexas. Un compañero suyo, fray Francisco Martínez, no pudo menos de reírse al oírle y, al advertirlo, le dijo Martín:

—Hermano, trate de encomendarse a Dios que ya este religioso ha escapado y está fuera de riesgo y el hermano no sé si escapará como él.

Palabras proféticas: a los catorce días de haber caído enfermo dejaba este mundo. A otro novicio tentado de su vocación y que, con pretexto de hallarse enfermo, había pedido licencia para ir a curarse a su casa, se lo encontró Martín.

—Hermano —le dijo—, no vaya por su vida, que no tiene enfermedad que le obligue y si porfía iré al Prelado y le diré le quite la licencia.

El novicio se enfureció al oír estas palabras y trató mal al Santo. Éste, sin alterarse, añadió:

—Vaya, hermano, que Dios le castigará por fingir enfermedad que no tiene. No pasó mucho tiempo y el

[25] Fray Alonso de Segura.

pobre muchacho venía a ser víctima de un mal insospechado.

A doña Bernarda de Sierra, madre del licenciado Pedro Quijano Ceballos, que fue cura de Canta, le anunció la muerte prematura de sus hijos y que sólo éste llegaría a lograrse y al mismo licenciado, siendo estudiante de corta edad en el colegio de la Compañía, le reveló los secretos de su alma. Más inclinado a las diversiones que al estudio, dejábase llevar por su afición, pero un día cayó en la cuenta de su mal proceder y prometió a Dios seriamente mudar de vida. Iba pensando esto, por la calle que conduce al convento de Santo Domingo, cuando le salió al encuentro el Santo y antes que él hubiera proferido una palabra dándole una palmada en el pecho, le dijo afablemente:

—Estudie, muchacho, y lleve adelante sus propósitos, porque eso le ha de valer.

Quedó absorto el muchacho y se confirmó en lo resuelto, dedicándose desde entonces de veras al trabajo y llegando, como llegó, al sacerdocio e ingresando luego en la Compañía de Jesús, como el mismo Martín le había pronosticado. Otro tanto se cuenta de fray Antonio de Mansilla. Había frecuentado éste en su juventud el convento del Rosario, pero ya mozo decidió quedarse en el siglo. Fray Martín no dejaba de exhortarle para que se hiciese religioso, hasta que un día le contestó el muchacho que no le hablase más sobre eso, porque no se sentía con vocación. El Santo le dijo entonces por toda respuesta:

—Pues, Antonio, tú serás religioso dominico, antes que yo muera. —Pasaron algunos años y el mozo se alejó al Alto Perú y en cierta ocasión bajó a la ciudad del Cuzco. Oyendo un sábado la Salve que se cantaba en Santo Domingo, le tocó Dios el corazón y al punto resolvió pedir el hábito al Prior del convento, fray Ja-

cinto Arias Montano. Fue recibido y unos cuantos días después de vestir la blanca túnica de la Orden recibió el Prior una carta de Martín, en la cual se congratulaba con él por el ingreso de fray Antonio. El novicio no cabía en sí de admiración, pues era materialmente imposible que el suceso hubiese llegado a su noticia y, agradecido, le escribió dándole las gracias por el interés que por él se había tomado. Cuando la carta llegó a Lima ya había volado al cielo el siervo de Dios.

Aun más notables son estos dos casos que pasamos a referir. Los declaró entre otros testigos fray Domingo Gil y el primero de ellos sucedió de esta manera: Huyéronse una noche del noviciado del convento del Rosario dos jóvenes novicios y, al advertir su ausencia, se echó a buscarlos por el convento el padre maestro. Como sus búsquedas resultasen vanas, decidió acudir a Martín que era el brujo o sábelotodo de la comunidad. Este, al oír la pregunta del solícito maestro, le respondió con toda tranquilidad:

—Sosiéguese, padre, que están durmiendo. Vuestra paternidad vaya a recogerse que yo se los llevaré mañana a primera hora.

Unos instantes después, Martín salía del convento, estando las puertas cerradas y se encaminó al barrio del Cercado, distante como un cuarto de legua de Santo Domingo, donde sabía con luz divina, que habían ido a asilarse los novicios. Guiado por esa misma luz, fue a golpear a la puerta de la casa en donde se habían refugiado. Tardaron en responder y no fue pequeña la admiración de los de dentro cuando se hallaron de manos a boca delante del lego dominico. Este preguntó por los fugitivos que no tardaron en presentarse y, aunque no podían explicarse la presencia del Santo y el modo cómo había podido dar con su escondrijo, no se mostraron prontos a seguirle hasta que, al fin, los llegó a

convencer de que estaban haciendo un desatino. Salieron en su compañía de aquella casa y empezaron a caminar hacia la parte baja de la ciudad, pero sin saber cómo se hallaron de pronto a las puertas del convento, entrando luego en la celda de Martín. Al día siguiente, muy de mañana, se presentó el Santo ante el padre maestro conduciendo aquellas dos ovejas descarriadas [26].

El segundo caso es muy digno de recordación: Pasando un día por la Cárcel de Corte, entró en ella, como lo hacía muchas veces, para consolar a los presos y socorrerlos con limosnas. Hallábase entre ellos un mozo de veintidós años, llamado Juan González, el cual estaba ya sentenciado a la horca. Suplicóle el infeliz que le encomendase a Dios, a fin de tener una muerte cristiana y Martín prometió hacerlo. Poco después le envió a decir que se consolase, que no había de morir en aquella ocasión. No pudo darle crédito el preso porque todo conspiraba en contrario, pero se cumplió a la letra la profecía del siervo de Dios. He aquí cómo narra este episodio un contemporáneo, el presbítero Juan Antonio Suardo, en su *Diario de Lima*, el 17 de marzo de 1633: "A 17, por mandato del Señor Auditor General y del Tribunal de la Guerra se sacó a ahorcar a un mozo de 22 años, natural de la ciudad de Popayán, por haber tomado sueldo de Su Magestad y haber asentado plaza de soldado para el Reino de Chile y luego hizo fuga y, habiendo ido en su seguimiento el barrachel de campaña, Francisco Núñez, con otra gente, el dicho barrachel le vino a alcanzar solo y el dicho soldado le hizo rostro y bregando con él lo rindió a sus pies y, estando con la daga en la mano para darle de puñaladas, el dicho barrachel le pidió que por amor de la Virgen Santísima, Madre de Dios, no le matase, por-

[26] Uno de los novicios se llamaba fray Esteban Bernegal.

que estaba en pecado mortal y el dicho soldado le perdonó la vida y, habiendo llegado después los compañeros, el dicho barrachel, desagradecido, le prendió y trajo a esta Real Cárcel de Corte y fué sentenciado a muerte..." [27] Los soldados del presidio del Callao y otras personas trataron de interceder por el reo, pero el virrey, conde de Chinchón se mantuvo firme y, llegado el día, se le sacó para ser ajusticiado. La virreyna en persona intervino, estando ya el infeliz en la plaza e hizo que su hijo Francisco, de cuatro años de edad, le pidiese de rodillas la vida del reo, "de manera —dice Suardo—, que éste ya había llegado a la horca y subido cinco escalones de la escalera", cuando por escrito ordenó el virrey se suspendiese la ejecución de la sentencia, con gran regocijo de todos y aclamaciones y bendiciones de todo el pueblo. Así se cumplió la palabra del Santo.

[27] *Diario de Lima*, por JUAN ANTONIO SUARDO. Introducción y notas de Rubén Vargas Ugarte, tomos I y II, Lima, 1936. V. tomo I, p. 265.

Capítulo XVI

EL TAUMATURGO

No quisiéramos que el lector al revolver estas páginas sacase por consecuencia que Martín fue un santo milagrero, por el estilo de los que nos solían pintar los antiguos hagiógrafos, apegados en demasía a todo lo que se salía de la órbita de lo natural, pero no es posible pasar en silencio los dones extraordinarios con que Dios enriqueció a su siervo y vinieron a ser como el reflejo de su santidad. Sin duda que ésta no consistía en esas gracias extraordinarias que el Señor concede a quien le place, pero ¿cómo no ver su admirable y amorosa providencia en el caso del humilde lego dominico, a quien precisamente porque se abatía hasta el polvo Dios se complacía en exaltar? Dones de agilidad y sutileza, debidos tan sólo a los cuerpos gloriosos, conocimiento de las lenguas, bilocación, don de dar la salud, visión del porvenir, poder de hacer milagros, todo esto lo hallamos en Martín y comprobado con hechos auténticos e inobjetables. Ya hemos hablado de algunos de estos singulares carismas, ahora pondremos término a la materia, diciendo algo acerca de los demás.

En los capítulos antecedentes ha habido ocasión de referirse a los dones de agilidad y sutileza con que Dios lo enriqueciera y del cual, en cierto modo, hizo partícipes a otros, como en el caso de Juan Vásquez,

cuando volvían de las lomas de Amancaes o en el de los dos novicios fugitivos, pero el prodigio se repitió más de una vez y en las circunstancias de algunos lo vemos multiplicado, pues a la celeridad con que pasa de uno a otro punto se une la bilocación y también la penetración a través de los cuerpos. Hallándose en la hacienda de Limatambo, punto adonde solía concurrir cuando las faenas del campo eran más precisas, unas yeguas chúcaras se escaparon de la trilla y, saltando por encima de una tapia, echaron a correr a campo traviesa. Martín las siguió y aun cuando humanamente no era posible que pudiera darles alcance, no pasó mucho rato sin que se le viera volver, trayendo de un cabestro a los dos animales. Sólo una agilidad extraordinaria pudo igualar su carrera [28]. En otra ocasión, habiendo de ir a la misma hacienda y residir allí por algún tiempo, encomendó a fray Domingo Palacios el cuidado de tocar al alba. Hízolo así por unos cuantos días, pero habiéndole sobrevenido una enfermedad llamó a un negro para que le supliese y le prometió un real si cumplía bien con su comisión. Un día éste se descuidó un poco y, al subir a la torre, se encontró con Martín que acababa de tocar las campanas como de costumbre. Sorprendido el negro, le preguntó cómo y por dónde había venido, y el Santo por toda respuesta le contestó:

—Cobra tu real y no digas nada.

Callóse por el momento, pero más tarde reveló el hecho. Preguntado el hermano estanciero si fray Martín se había ausentado de la hacienda, contestó que a esa misma hora se le había visto en Limatambo, disponiéndose para el trabajo.

Fray Diego Medrano yacía en el lecho gravemente enfermo y una noche, habiéndose dormido el religioso

[28] Así lo declaró fray Alonso de Arenas.

que lo velaba, cayó al suelo y quedó medio exánime, pero Martín velaba y he aquí que sin que nadie le abriese la puerta penetra en el aposento y levanta en sus brazos al moribundo. Asistían a fray Diego Ulloa que estaba gravemente enfermo San Martín y otro religioso, cuando vinieron a dar aviso que otro paciente, cuya celda se hallaba próxima, necesitaba al enfermero para que le mudase de túnica. Acudió el acompañante, y cuál no sería su sorpresa al ver que Martín se encontraba ya en la celda, siendo así que acababa de dejarlo en la anterior. De casos como éstos están llenos los Procesos.

Solía decirse entre los conventuales de Santo Domingo que Martín se hacía algunas veces invisible, especialmente en la mañana de los días que recibía la sagrada comunión. No andaban equivocados, pero siempre es preciso añadir que no sólo entonces desaparecía de la vista de los demás sino, también, cuando se disciplinaba, pues algunos habían oído los golpes y tratando de descubrir el origen, no habían logrado ver a nadie. Juan Vásquez, tantas veces citado, nos refiere un caso de esta naturaleza. Andaba buscando a Martín el vicario del Convento, como a la diez de la mañana y, topándose con el muchacho le preguntó dónde podía hallarse. Juan, sin saber lo que decía, le respondió que no estaba en su celda. El vicario le pidió la llave y abrió. Allí estaba Martín, suspenso en el aire como otras veces, pero el vicario no llegó a descubrirlo.

Más notable es el hecho siguiente: Dos personas que andaban huyendo de la justicia, conociendo la caridad de Martín, se presentaron a la puerta de su celda y le rogaron les diese asilo en ella. Compadecido el Santo los hizo entrar y les mandó que se encomendasen a Dios y se ocultasen tras unos colchones que allí había. Entró a poco un alcalde de corte con algunos alguaciles,

recelándose del escondite y, aunque registraron la celda con cuidado y removieron los colchones de su sitio, no hallaron rastro de los reos. Abandonaron el lugar y poco después lo hacían también los dos hombres perseguidos, no sin dar las más efusivas gracias a su caritativo encubridor.

Los hombres de poca fe y de mentalidad estrecha podrán tener por fábulas y cuentos de viejas los sucesos que hemos narrado, pero, fuera de estar bien comprobados y de no poderse dudar de la veracidad de los declarantes, es certísimo que para el poder de Dios no hay imposibles y que Él ha obrado y obra por medio de sus fieles siervos éstos y aun mayores prodigios, como el mismo Jesucristo lo anunció a sus apóstoles. Por esta razón, no dudamos acoger aquí las versiones que los historiógrafos de San Martín han dado sobre sus maravillosas traslaciones a tierras lejanas. A nuestro juicio no es improbable que el Señor hubiese podido realizar en la persona de Martín lo que con fundamento se refiere haber sucedido a otros santos, como un Francisco Javier, sólo que para afirmarlo nos parece preciso aquilatar un tanto los testimonios. De entre éstos habría que separar los que nos hablan de la visita que hizo en México y en Portobelo a dos amigos suyos que le invocaron en una grave necesidad, pues los agraciados con el favor fueron los primeros en publicarlo. Se habla también de su estancia en Berberia y aun en la China y el Japón, pero sólo generalmente y sin precisar las circunstancias del hecho. Por lo mismo, en este particular nos parece que la duda está bien fundada. Fray Francisco Arce dice, en su declaración, que oyó al autor de la Vida de Martín (posiblemente fray Juan de Vargas Machuca) que muchas veces iba en espíritu al Japón. Qué hubiera de verdad en esto lo ignoramos, pero pudo dar origen a esta versión el celo del Santo por la

conversión de aquellas gentes y sus deseos de ir a aquellas tierras a derramar su sangre por Cristo. De esto último tenemos una prueba en la declaración prestada por el Hermano fray Francisco de Santa Fe, contemporáneo del Santo. Dice que hablando un día con Martín de los mártires del Japón, le manifestó que de muy buena gana iría allá a morir por Cristo y, como entonces se aprestaba a pasar a México don Feliciano de Vega, Arzobispo de aquella sede, le añadió que pensaba ir en su compañía, para de allí pasar a Oriente, pues por aquel entonces ésa era la vía ordinaria para llegar al Japón. Sobre su viaje a Berberia tenemos el testimonio de Francisco de Vera Montoya, el cual refiere que conoció a un hombre en Lima, del cual oyó decir que muchas veces había visto en Berberia a Martín y, habiendo venido a esta ciudad, se admiró de encontrar aquí al Santo.

El caso de México lo refieren Meléndez, quien lo tomó de la vida escrita por fray Bernardo de Medina y el doctor José Manuel Valdés. Del mismo hacen mención los Procesos y se reduce a lo siguiente. Un comerciante, amigo de Martín y buen conocedor de su maravilloso arte de curar, porque lo había experimentado, hubo de pasar a México. Estando en esta ciudad adoleció de un grave mal. Una noche, acordándose de la caridad del Santo, sintió un vivo deseo de tenerlo a su lado en aquellos instantes, posiblemente los últimos de su vida y con la mente imploró su ayuda. No pasó mucho tiempo, cuando lo vio entrar en su habitación y acercándose a su lecho lo saludó con estas palabras: "Alabado sea Jesucristo por los siglos de los siglos." Luego, con afable semblante le dijo: "Hermano, no sea flojo; tenga buen ánimo y confíe en Dios que de esta enfermedad no morirá." Dicho esto se quitó la capa y el sombrero y comenzó a aplicarle algunas medicinas. El enfermo

no salía de su asombro y le preguntó cómo había venido y dónde estaba. La respuesta de Martín fue: En el convento. Despidióse Martín y el paciente quedó tan aliviado que a poco pudo levantarse y acudir en busca de su bienhechor. Dirigióse al convento de Santo Domingo y nadie pudo darle razón de él; recorrió otras posadas y monasterios y todo fue en vano. Vino más tarde a Lima y su primera diligencia fue encaminarse al convento del Rosario. A poco de franquear la portería se tropezó con el Santo. Éste, adelantándose le dijo: "Muy enfermo estuvo usted y muy desconsolado, pero Dios es muy misericordioso y socorre en las necesidades más urgentes; séale agradecido y sírvale con todo el afecto de su corazón." Volvió otro día al convento para informarse si había hecho Martín alguna ausencia de la ciudad y la respuesta fue que sólo por algunos días se había ausentado a Limatambo. Ya no le cabía duda, el Señor había obrado un gran prodigio por medio de su siervo.

Al llegar aquí el lector extrañará, tal vez, que entre los prodigios obrados por la mano de Martín no hagamos mención del difundido trueque del pilón de azúcar prieta en blanca con sólo sumergirlo en las aguas de la pila conventual, que ha dado motivo a unos versos de Carlos Alberto Fonseca, que empiezan así:

La pila del huerto del viejo convento
sabe de coloquios con la eternidad
y en las tardes quietas me ha contado un cuento,
que tiene la gracia del encantamiento,
y el místico aroma de la santidad.

Tiene razón el poeta: El hecho en sí cabe muy bien dentro de la esfera milagrosa en la cual se movió el Santo, pero, a decir verdad, no hemos visto relatado

este prodigio ni en los Procesos ni tampoco en la obra de Valdés, tan prolijo y tan exacto. De este caso hay que decir lo que de otros semejantes bastante esparcidos entre el vulgo y es una lástima que el hecho aludido no pueda ser comprobado y nos permita con toda certeza decir:

y viendo el azúcar tan prieta y obscura,
acude a la pila del viejo jardín...
Besando sus manos, el agua murmura...
Y sale el azúcar tan blanca y tan pura
como el alma pura del Santo Martín!

Capítulo XVII

EL MEDICO PRODIGIOSO

Contemplémoslo ahora en otro de sus aspectos, en el que denomino yo: el médico prodigioso. Interminable podía hacerme, porque una de las gracias que abundantemente le fue concedida fue la de sanar enfermos, pero voy a escoger tan sólo unos cuantos hechos. En uno de sus paseos a Amancaes, volviéronse él y Juan Vásquez por Lurigancho. El Santo parece que presentía a los necesitados de salud. Llegaron a la chácara de don Francisco de Cáceres Manjarrés y fray Martín preguntó a un negro si había algún enfermo. La respuesta fue afirmativa. Su mujer, acarreando leña, había rodado del caballo en las lomas y, a consecuencia de la caída, se produjo una hemorragia intestinal. Estaba tan al extremo que aquel día la habían oleado. Entra Martín en el tugurio de la doliente y dice: "Ya se quitará eso con la ayuda de Dios." Y he aquí el procedimiento que sigue, inusitado, sin duda, extravagante y propio para hacer sonreír a los médicos, pero hay que convenir que la terapéutica martiniana, si bien era eficaz, se apartaba enteramente de los cánones de la medicina. Mandó coger en la vecina acequia tres sapos, hízolos cocer en una olla tapada y triturando luego aquella masa de embrujamiento la envolvió en un lienzo y ordenó que la aplicaran a la enferma en la cintura. Al despedirse

dijo Martín con aire confiado: "Hija, yo te curo y Dios te sane. Por la mañana enviaré acá este muchacho que venga a ver cómo has dormido con quietud." Al día siguiente llamó a las ocho a Juan, le dio de almorzar y cuatro panes y unas velas para la enferma. A eso del mediodía llegó a Lurigancho el mancebo. Desde el patio de la chácara, lo avistó el amo que lo interpeló así: "¿Adónde queda fray Martín que dio salud a mi negra Margarita, después de Dios?" Juan entró en la habitación y comprobó la verdad de lo que se decía. Don Francisco Manjarrés satisfizo su apetito, aguijado por la caminata y, a la tarde, en una mula que él mismo le brindó y, guiado por un negro que hacía de espolique, volvióse a Lima, llevando en el arzón de la silla media docena de gallinas que la buena Margarita enviaba de regalo a su sanador.

Otro día se encaminaba a los Descalzos a hacer una visita a un lego portero, gran siervo de Dios y gran amigo de Martín, del cual ya hemos hablado. Al llegar a la plazuela de San Lázaro y emparejar con la casa de Gabriel de Gatica, voces y lamentos salidos del interior le obligan a detenerse. Un pobre chico se había caído de un techo y yacía con las piernas quebradas sobre el regazo de la madre. Llégase fray Martín y contempla el cuadro: la una sollozando sin consuelo, el otro casi sin vida, con las extremidades colgando como si fueran de trapo.

—No hay que afligirse —dice el Santo.

La madre objeta en su desesperación. Martín insiste:

—No se aflija, que Dios que da la llaga da la medicina.

Pide un poco de vino tibio y dos vendas grandes y mientras liga con ellas, después de humedecerlas, las piernas rotas, añade, sereno y misericordioso:

—No será nada, con el favor de Dios.

Vásquez, presente a todo, dice por su parte: "Sanó bien pronto."

Un amigo suyo, el doctor Villarreal, enfermó de gravedad. Martín, intencionalmente quizá, como lo hiciera el Divino Maestro, al saber la enfermedad de Lázaro, dilató el ir a verlo y envió a Juan. A éste, algo sentido, le dijo el doctor que se hallaba desahuciado de los médicos y sólo aguardaba la visita de Martín. Fue éste, por fin, y halló toda la casa en duelo. Se acercó al enfermo que estaba muy postrado y tras breves frases de aliento, mandó a su mujer le preparara una almendrada. Cuando estuvo hecha, se la presentó al enfermo y, entre festivo y serio, le dijo:

—Amigo mío, para morir nacimos y es de fe que el que no come se muere: mire cómo yo como —y, tomando una cucharada, le da a beber la horchata, mientras la mujer del enfermo le levanta la cabeza de la almohada. Al despedirse exclama Martín:

—Hoy es sábado: el lunes, si Dios quiere, me ha de ir vuestra merced a visitar.

Así fue, en efecto.

Pero no siempre daba la salud a los enfermos que visitaba. Hallándose el cirujano Zúñiga, postrado en cama, fue a verlo el Santo y, al anunciarle tristemente el enfermo que se sentía morir, díjole Martín:

—Dé gracias a Dios por ello; disponga su testamento, que mañana, a esta hora, ha de haber dado cuenta a Dios.

Otro tanto hizo con algunos de sus hermanos en religión, pero lo ordinario era o curarlos o sanarlos y, cuando se trataba de enfermos pobres, proveerlos de lo necesario hasta que obtenían la salud. Cerraremos este punto con un caso referido por la sobrina del Santo, Catalina de Porras, en la declaración prestada en

julio de 1660. Dijo que en casa de su madre vivía hacía ya largo tiempo un español, llamado Antonio Cruzate, al cual una noche le dio un accidente tan fiero que lo tuvieron por muerto. Al amanecer, llamaron un médico y éste le desahució, indicando que lo sacramentasen cuanto antes. Llamó entonces su madre a Martín y, habiendo acudido éste, se reclinó en la cama donde yacía el enfermo y aquello sólo bastó para que el hombre recobrara el vigor perdido y se sintiera otro. Agradecido al favor que había recibido de Dios por intervención de su siervo, prometió tomar el hábito de San Francisco y a los quince días de su restablecimiento puso por obra su designio.

Mas ¿qué de extraño puede parecer que Martín hiciera este uso del poder que Dios había puesto en sus manos, si aun los seres irracionales fueron objeto de sus cuidados? Ha pasado a ser una de las características de este varón taumaturgo su predilección por estos seres inferiores y la imaginación de algunos escritores se ha excedido a veces en la pintura de este aspecto de su santidad. Sin incurrir en exageraciones y ciñéndonos a los hechos bien comprobados no puede negarse que Martín extendió su compasión hacia los animales y se inclinó hacia estas criaturas con un sentimiento de honda y elevada fraternidad. Los santos están íntimamente convencidos de que Dios habita en todas ellas y por eso las aman y se sirven de las mismas para elevarse hasta su autor. Se han dado cuenta de que en todo lo que existe y tiene ser hay una comunicación de bienes que nace y brota del Ser por excelencia, a quien todas esas cosas sirven y glorifican, ya sea por sí mismas ya sea por medio de otros seres. Esto no lo entienden ni aciertan a distinguir los ojos profanos, pero los santos tienen luz bastante para eso y no es para ellos un secreto esta admirable economía divina. Por eso ama-

ron la naturaleza y alcanzaron también un mayor dominio sobre ella, obteniendo por gracia lo que Dios había concedido al primer hombre antes de la caída, esto es, el que todos los seres inferiores le estuviesen sujetos.

Así se explica la fraternal actitud de Martín, pero no olvidemos que en nuestro pueblo se halla muy arraigada la compasión hacia los animales, especialmente hacia los domésticos, llegando algunas veces a ser excesiva. Es muy posible que en su ánimo influyera esta común propensión, perfeccionada más tarde por su santidad. Pero veámosla ya en acción, citando para este efecto algunos ejemplos. Es típico el caso de los ratones. Infestaban la ropería dañando el vestuario allí almacenado; el remedio no fue poner trampas en donde cayesen, sino decirles con imperio:

—Hermanos, idos a la huerta que allí encontraréis de comer.

Obedecieron puntuales y el Santo cuidaba de echarles los desperdicios de la comida. Si acaso alguno menos dócil llegaba a introducirse de nuevo, lo cogía y echándolo a la huerta le decía:

—Andad donde no hagáis mal.

Fray Fernando Aragonés, que por un tiempo le acompañó en la enfermería, fue testigo de la clásica escena del perro, del ratón y el gato. Parieron una perra y una gata en un sótano y Martín les llevaba todos los días de comer. Andaba ya crecida la prole y las madres tenían asomos de reñir.

—Coman y callen y no riñan —decíales Martín, y tenían la fiesta en paz.

Un día, un ratón, al olorcillo del banquete, se acercó entre medroso y atrevido, violó el Santo y exclamó:

—Hermano, no inquiete a los chiquillos y si quiere comer meta su gorra y coma y váyase con Dios.

Los perros también fueron objeto de sus cuidados.

En cierta ocasión se presentó en la enfermería, entrando por la puerta falsa del convento, uno con dos heridas. Martín lo curó y luego de curado lo echó fuera, diciendo:

—Aprenda a ser manso y no bravo, que los que lo son paran en esto.

Otro tenía fray Juan de Vicuña, procurador del Convento, pero cansado de él, mandó a unos negros que lo mataran. Hiciéronlo así y Martín los encontró cuando lo iban a echar al muladar. Detúvolos y les ordenó que lo llevasen a su celda. Hiciéronlo así y el bueno del hermano avistándose con el padre procurador, no dejó de decirle:

—Padre, ¿ésta es la paga que da al animal que le ha acompañado tanto tiempo?

Luego volvió a su celda, reanimó al perro, le dio de comer y lo envió luego a que sirviese a mejor amo.

Con un gato hizo lo mismo: Iba con el ya citado fray Fernando Aragonés y oyeron que un gato maullaba a la puerta de un sótano. Se acercaron y vieron que tenía una herida en la cabeza.

—Véngase conmigo —dijo Martín—, que está muy malo.

Lo curó y despidió, diciendo:

—Vaya y vuelva por la mañana.

En Limatambo no sólo se ocupaba de socorrer a los negros enfermos sino que también prodigaba sus cuidados a los bueyes y animales de labranza. Halló una vez una mula tirada en un muladar y se puso a cuidarla como si fuera un ser racional, logrando dejarla buena en breve tiempo. Ya hemos visto cómo se entretenía con los novillos que pastaban en Amancaes; algo parecido le ocurrió con otros que habían sido conducidos al convento para entretenimiento de los coristas. Éstos, siguiendo una costumbre admitida en aque-

llos tiempos, tenían lo que pudiéramos llamar sus corridas de toros *intra claustra*. El siervo de Dios se dio cuenta de que nadie se había acordado de dar de comer a estos animales y que ya llevaban cuatro días de ayuno forzoso. No era seguro acercarse a estos brutos irritados, pero Martín les llevó agua y forraje y el hermano Diego de la Fuente pudo ver que los novillos se le acercaban como queriendo besarle el hábito, mientras el Santo les decía:

—El hermano mayor deje de comer a los menores.

He aquí unos cuantos rasgos de la efusión de su caridad, inagotable siempre y de la cual nos consta además por el testimonio de su sobrina Catalina, pues en la declaración que hizo en los Procesos, dice que en su casa vino a crear una como enfermería de perros y gatos, recogiendo allí a los que encontraba heridos o maltrechos.

Cerramos este capítulo con una observación que no es nuestra sino de su biógrafo el doctor Valdés. Éste, como médico, advierte que Martín, por lo que se sabe de sus curaciones, era hombre más que medianamente instruido en la medicina. Sus muchos años de práctica y el trato con los médicos de profesión le habían adiestrado en el arte de curar. Él, sin embargo, no hacía alarde de su ciencia y confiaba más en Dios que en los medicamentos que aplicaba al enfermo. Por eso solía decir a éstos:

—Yo te curo y Dios te sana.

Es indudable que hoy nos sorprenden sus métodos curativos, pero en aquel entonces no debía suceder lo mismo y, respecto a alguno de ellos, el mismo doctor Valdés no deja de indicar que, aun siendo desusado, no faltaban tratados de terapéutica en los cuales se les recomendaba.

Capítulo XVIII

JUAN VÁSQUEZ

Cuatro o cinco años antes de su muerte Martín recogió en su celda a un muchacho español que vino a ser su confidente y el autor del más autorizado y cautivador relato que nos ha quedado de su vida, razón por la cual lo insertamos íntegro al final de esta obra. Corría el 1634 [29] y en una mañana Martín se dio de manos a boca en el atrio de Santo Domingo con un rapaz, como de unos 14 ó 15 años, que allí aguardaba, tal vez, la limosna de alma caritativa y que, por ese instinto tan visible en los niños, se acercó a él con la seguridad de que hallaría amparo. Su roto vestido y cierta angustia que se reflejaba en su semblante daban a entender de lejos que padecía necesidad. Martín siempre pronto a socorrer la miseria ajena comprendió al punto la desolada tristeza del mancebo y abrazándolo cariñosamente entabló con él un breve diálogo. Llamábase Juan Vásquez de la Parra y había nacido en Jerez de los Caballeros, en aquella Extremadura que casi se había despoblado para enviar a sus hijos a América. Su padre había pasado a México y de aquí se trasladó al Perú, residiendo en Lima por algunos años, donde tuvo

[29] En la declaración que prestó en 1670 dice que había venido de España en 1635, pero en la prestada algunos años después dice que estuvo sirviendo a Martín del año 1634 al 1638.

el cargo de Ministro de la Inquisición. Poco después de su fallecimiento vino en busca suya Juan, pero con tan mala fortuna que muy pronto se vio reducido a la miseria. Preguntóle si sabía algún oficio y como le respondiese que no, llevólo a su celda, le dio una camisa limpia y con apacible sonrisa le dijo:

—Juan, aquí has de venir todos los días a comer y dormir y anda pensando en el oficio que has de aprender.

A los pocos días, como el muchacho viese que Martín ejercía el de barbero, le indicó que con gusto sería su discípulo. Martín aceptó y, entregándole la llave de su celda, le tomó desde entonces como ayudante y compañero de sus caritativas andanzas.

Juan no sólo ama a su protector sino que le venera y admira. Ha sido testigo de tantas maravillas obradas por su mano, le ha contemplado tantas veces bañado de luz o elevado en el aire que no vacila en tenerlo por santo, pero Martín lo tiene aleccionado y le ha impuesto silencio. Calla por entonces, pero más tarde desatará su lengua y es tanto lo que ha de decir que, aun después de su primera declaración, sentirá escrúpulo de haber omitido algunas cosas y, segunda vez depondrá como testigo, trasladando al papel los recuerdos de la vida que hizo con Martín. Llevaba unos tres años en su compañía y había aprendido tan bien a manejar la navaja que pasaba por oficial de barbero. Fue un día a palacio acompañando a Martín, el cual solía recibir cada mes del Virrey, Conde de Chinchón, una limosna de 100 pesos. El Conde, al despedirse del Santo, le dijo a Martín: A este mancebo le hemos de asentar una plaza de soldado que servirá al Rey y le honraremos en todo. Placióle al mozo la propuesta y, al volver otro día a visitar al Conde, éste repitió la oferta. Martín le contestó:

—Haráse, señor, lo que vuestra excelencia ordena.

—Pues sí se ha de hacer —añadió el Virrey—, lleven el decreto. —Y, llamando a un criado suyo, le dictó allí mismo la provisión y la firmó.

Rindiéronle ambos las gracias y, al salir, le dijo Martín al mozo:

—Juancho, por la mañana habéis de ir al Callao sin falta y en la compañía del Maestre de Campo o al que vos os pareciere podréis dar este decreto para que os asienten una plaza, que lo harán luego.

Juan, más contento que si le enviaran a Flandes o a Italia, se dirigió al Callao por el mes de setiembre de 1637 y quiso su buena suerte que en el camino tropezase con un alférez, amigo de Martín, el cual, sabiendo que era del gusto del siervo de Dios, se ofreció a enrolarlo en su compañía que era la del Capitán Martín de Zamalvide. Entraron en las Casas Reales, hicieron la diligencia del caso y, al salir, se encontraron delante de fray Martín. Éste abrazó a Juan, diciéndole:

—Ya, hijo, tenéis amo a quien servir —y, dirigiéndose al alférez:

—Vuesa merced, señor alférez, por amor de Dios se sirva sobrellevar a este mancebo, porque no podrá él estar tan experimentado como los que ya están hechos en la milicia.

Bajaron juntos hacia la plaza, despidiéronse del alférez y, al quedarse solos, el Santo le recordó su obligación y aconsejó que se arrimase siempre al servicio del Rey.

—Padre —añadió Juan—, ¿con qué he de comer, porque aquí dicen que no pagan sino de ocho meses?

—No tengas cuidado —respondióle Martín—, que nada te faltará —y, sacando cinco pesos se los puso en la mano, añadiendo:

—Cuando hayas menester algo, ve al convento y

pídele a fray Alonso lo que fuere necesario, que él te lo dará.

Así fue todo el tiempo que permaneció en el puerto, antes de embarcarse para Chile.

Cayó enfermo entretanto y como español fue enviado al hospital de San Andrés. No indica él en su relación la calidad de su mal, pero por los efectos parece haber sido un reuma agudo o un entorpecimiento de la circulación. No dio parte a Martín del hecho y cuando ya se sintió más aliviado, pero no bueno del todo, decidió ir en su busca. No hallándolo en el Convento y sabiendo que estaba en Limatambo, se dirigió allá. Juan no contaba con que sus fuerzas eran todavía pocas y que la distancia era larga. Tenía los pies y las piernas hinchados y la caminata se le hizo muy penosa. A mitad de camino, cansado y doliente, se arrimó a un declive del terreno junto a la calera de Santo Tomás y se tendió sobre el suelo, temiendo no poder proseguir. Apenas acababa de hacerlo, cuando vio delante de sí a Martín. Sacó éste de la manga una semita y unas pasas y con dulzura en la mirada se las alargó a Juan. Éste, desganado, no las tocó. El Santo comenzó a examinar sus pies y, levantando luego al cielo los ojos, exclamó:

—Señor, no permitáis que aqueste muchacho muera en este tiempo que, como os lo pido, espero en vuestra bondad infinita me lo concederéis.

Púsole las manos sobre las piernas y se las tentó: hizo que las tendiese y, haciendo una cruz sobre ellas, le dijo:

—Levantaos, Juancho, y vámonos a Limatambo.

Vásquez le respondió que no podía, pero Martín, dándole la mano, añadió:

—Acaba, acaba: caminemos y toma este bordón.

Comenzaron a andar y Martín, reparando que lle-

vaba cogidas en el borde de la capa las pasas y la semita, le dijo:

—¿No queréis comer esa semita?, dámela acá que yo la comeré —y volvió a meter la mano en la manga, en esa manga que era la inagotable despensa de los pobres y sacando un pedazo de pan blanco, agregó:

—Comed ese pan con las pasas que yo os ayudaré.

Juan sentíase tan aliviado que le parecía no había estado enfermo. Al llegar a la hacienda, Martín no dejó de hacerle la siguiente advertencia:

—Juancho, mirad que no vayas a nadar a la acequia de la huerta ni otra parte ninguna, porque si os mojáis os hará mal el agua.

Al siguiente día, al levantarse, como quien despierta de un dulce sueño, halló, dice el mismo Vásquez, "sus piernas tan secas que parecía que no había tenido enfermedad".

He aquí al Martín íntimo, lleno de compasión para con los sufrimientos de los demás y con absoluta fe en el poder de Dios. Pero veamos, el último episodio de sus relaciones con Vásquez. Corría el año 1639, año en que había de ocurrir la muerte del Siervo de Dios. La Compañía de Juan Vásquez se alistaba para ir a Tierra Firme: el alférez Luza le indujo a seguirlo en calidad de barbero y el muchacho, deseando correr fortuna, comenzó a aviarse de todo lo necesario para el embarque. Vino por entonces Martín al Callao y, al ver a Juan, le dijo:

—Siento mucho que os vayáis abajo.

Vásquez le replicó que no iba a quedarse ni a pasar a España sino a hacer algunos cuartos para pasar la vida.

—No vayas, Juan, que yo te ayudaré y podrás armar un cajón en la Rivera de la plaza —fue la respues-

ta del Santo, pero ya Vásquez se había comprometido y no se mostró dispuesto a mudar de propósito.

—A mi vuelta, padre, haré lo que me dice.

Abrazóle entonces Martín y sereno le dijo:

—Adiós, Juancho, que ya en este siglo no nos volveremos a ver y, si nos viéramos, dudarás que me has visto.

La profecía se cumplió al pie de la letra. El Santo volaba al cielo aquel mismo año y bastantes años después, cuando se hacían las informaciones acerca de su santa vida y Juan tenía ya 52 años de edad, declaró ante el padre fray Francisco Fernández, notario apostólico el suceso que vamos a referir.

La primera vez que fue llamado a declarar, manifestó al notario, que lo era Francisco Blanco, que tenía mucho que decir, pero éste le indicó que abreviase lo que pudiese. Hízolo así y años más tarde, hallándose en su casa, poco antes de la oración, teniendo a un hijo suyo en los brazos, se oyó llamar claramente por su nombre. Salió a la puerta de su casa y vio cerca a dos religiosos en hábito de Santo Domingo. No hizo reparo en ellos y volvióse adentro, pero nuevamente oyó que le interpelaban y, tornando a salir, uno de los dominicos le dijo:

—Juan Vásquez, ¿no me conoce?

Conoció entonces que el que le hablaba era Martín, el cual añadió:

—¿Cómo andas tan corto?

—¿En qué? —replicó Vásquez.

—Declara todo lo que sabes y viste en el tiempo que andabas en mi compañía —fueron las últimas palabras de Martín.

La visión desapareció y Juan enternecido entró en su casa. Dilató, sin embargo, el cumplimiento de su propósito. Por el mes de febrero de 1671, habiéndole lla-

mado el padre fray Bernardo de Medina al convento para que declarase lo que sabía acerca de su insigne bienhechor, al cruzar el cementerio, por la parte que está debajo del coro, vio nuevamente a fray Martín en compañía del mismo religioso que en la otra ocasión y el Santo volvió a decirle que declarase todo cuanto sabía [30].

[30] La primera declaración la prestó Juan Vásquez ante el Lic. Francisco Gamarra en el año 1660, cuando sólo tenía 38 años de edad y, como él mismo confiesa, poseía en la sierra una estancia de ganado. La segunda vez, lo hizo en el año 1671 ante fray Francisco Fernández, Notario Apostólico, y ya por aquel entonces había fijado su residencia en Lima, viviendo frente al monasterio de las Descalzas. Esta última declaración parece haberla hecho a petición de fray Bernardo de Medina que se ocupaba en escribir la Vida del Santo y la aparición de éste se verificó poco tiempo antes. Su escrito pasó a manos del Procurador de la causa, fray Francisco del Arco.

Capítulo XIX

LA MUERTE DEL JUSTO

Martín había alcanzado ya los sesenta años de edad, de los cuales 45 había pasado en la religión, sirviendo a Dios y a sus hermanos. Los trabajos y la dureza con que trataba su cuerpo lo habían envejecido antes de tiempo, sus rasgos se habían afinado y el paso se había tornado más lento. El ánimo en cambio permaneció entero y su prontitud para todo lo que fuese del agrado de Dios y el bien del prójimo no desmayaba; su mirada se había vuelto más dulce y aun cuando algunas veces sus fuerzas le traicionaban, él continuaba entregado a sus ocupaciones y no aminoraba el rigor de sus penitencias, como si no sintiera el inevitable peso de los años. Pero presentía que su fin se acercaba y esta noticia lo llenó de consuelo. Vistióse por aquellos días un hábito nuevo, aunque de cordellate áspero y, admirado el padre fray Juan de Barbarán del caso, le dijo festivamente:

—¿De dónde acá, fray Martín vestido de gala?

—Padre —respondió imperturbable—, con este hábito me han de enterrar.

No mucho después caía enfermo, pero no de tanta gravedad que no pudiera entregarse a algunas de sus ocupaciones. Posiblemente se juzgó que el mal no era otro sino el paludismo que en algunas ocasiones le asal-

taba. Pero, al fin, hubo de rendirse y por orden de sus superiores se acostó en su lecho, sin querer desprenderse de su túnica y cubriéndose con una frazada como solía, sin hacer uso de sábanas. Llamado el médico del convento que lo era don Francisco Navarro, a quien en la ciudad se conocía por el remoquete de *Peromnia,* le dijo llanamente que de esa enfermedad moriría. A otros muchos parece haberles anunciado su próximo fin, que aguardó con la paz y serenidad del justo. No rehuyó las medicinas, pero cuando se trató de probar algunas más costosas, opuso alguna resistencia no sólo por humildad sino, además, porque estaba convencido de que sería cosa inútil. A juzgar por las declaraciones de los testigos, su mal vino a ser un tabardillo que, por entonces, hacía estragos en la ciudad y vino a minar la ya gastada naturaleza de Martín hasta no dejar ya esperanza de su salud. Días y semanas le duró el achaque y cuando éste se tornó grave ocurrió el episodio ya referido o sea la orden que le dio su superior de meterse entre sábanas y abandonar la túnica que le servía no tanto de abrigo cuanto de cilicio. Sólo en el trance de la muerte pidió al Prior, fray Gaspar de Saldaña, que le permitiese vestírsela antes de expirar, pero como alguno de los presentes observara, de modo que pudo oírle Martín, que los Siervos de Dios amaban los instrumentos que les sirvieron para merecer, no la quiso aceptar y al religioso que se la traía, le dijo: "Tape con ella esa vasija inmunda."

Cuando por la ciudad se esparció la noticia de la gravedad de su estado, empezaron a acudir al convento cuantos le conocían y habían tenido trato familiar con él. Venían no sólo para ver morir a un santo sino, sobre todo, para encomendarse en sus oraciones y asegurar su intercesión en el cielo. Martín recibía a todos con su afabilidad de siempre y tenía para todos pala-

bras de consuelo. A un novicio, fray Antonio Gutiérrez, que con las lágrimas en los ojos se despedía de él: "No llore, hermano —le dijo—, porque ésta es la voluntad de Dios y, tal vez, le será mi muerte de mayor provecho que si viviese." Sus palabras fueron proféticas. Al morir el Santo, fray Antonio, con permiso del padre Maestro, guardó una cruz de madera negra que traía pegada a las carnes y la aplicó a su pecho. Poco después enfermaba de cuidado, llegando hasta quedar privado del juicio por el ardor de la fiebre. Todos cuantos le rodeaban pensaban que su muerte estaba próxima, pero él solo estaba convencido de que no había de morir y, preguntándole el motivo de su esperanza, contestó que Martín se le había puesto delante de los ojos y se lo decía.

Los más grandes personajes que se hallaban en Lima aquellos días no vacilaron en visitar la pobre celda del hermano dominico a fin de escuchar sus últimas palabras y recibir su bendición. El mismo Virrey, Conde de Chinchón, llegóse hasta su pobre lecho y de rodillas besó la mano de aquel que se llamaba a sí mismo perro mulato. Confuso y apenado, porque su humildad se sentía herida, oyó cómo el magnate le rogaba interpusiese su valimiento ante Dios para acertar en el gobierno del reino y, especialmente, para servirle como debía en la tierra a fin de gozarle más tarde en el cielo. "Si Dios, por su infinita misericordia, me hiciese la merced de entrar en la gloria, no dejaré, señor, de rogar por vueselencia", fue su respuesta. Momentos antes de recibir la visita del Virrey había recibido al más alto y poderoso señor, al Rey del cielo, a quien recibió en forma de viático en presencia de la comunidad. Una vez que recibió el adorable cuerpo del Redentor quedó como extático y fuera de sí y en ese estado se hallaba todavía, cuando se presentó a la puerta de la celda el

Conde. Éste hubo de esperar que saliese de aquel transporte, no extrañando que un alma tan endiosada y favorecida de Dios fuese regalada con estos favores del cielo.

Don Feliciano de Vega, Arzobispo de México, a quien Martín restituyó la salud, como ya vimos y don Pedro de Ortega Sotomayor, arcediano de Lima y más tarde obispo de Trujillo, acercáronse más de una vez al lecho del enfermo y el primero apenas se le pasaba día que no le visitase, habiendo tenido la dicha por esta causa de hallarse presente a su dichoso tránsito. Algunos de sus amigos tampoco querían apartarse de su celda y entre ellos Joaquín Ortiz, el cual, instado por los religiosos para que se fuese a descansar, quiso despedirse del Santo y al abrazarle éste, sintió que de su cuerpo se desprendía un olor muy suave. Al sobrevenir la noche del día 3 de noviembre y cuando sólo unos pocos habían quedado en la celda, Francisco Paredes advirtió que un espasmo de todo el cuerpo sobrecogió al enfermo y que todo él se cubría de copioso sudor. Desde este momento perdió el habla y al sobrevenirle de nuevo la convulsión, fray Francisco, pensando que se moría, le preguntó si llamaría a la comunidad; Martín, con la cabeza, respondió que no. Por tercera vez le repitió el accidente y de nuevo le preguntó si era llegado el momento de llamar a los demás religiosos y esta vez contestó afirmativamente. Eran entre las 8 y 9 de la noche y la comunidad acudió al punto a encomendarle el alma. Al entonar el Credo y llegar a las palabras *et Homo factus est,* acercó Martín el crucifijo a su boca y cerrando los ojos entregó su alma al Creador.

Con los ojos bañados en lágrimas, el Prior y los demás religiosos se inclinaron ante los despojos de Martín y le besaron las manos yertas que aun empu-

ñaban la imagen de Jesús Crucificado, con quien había vivido estrechamente unido. Después de amortajarle, fue conducido su cadáver a la Iglesia, en donde quedó aquella noche, esperando que clarease el día para poder satisfacer el ansia de los devotos que deseaban contemplar sus restos.

Capítulo XX

HONRAS Y ENTIERRO

El día 4 de noviembre de 1639, al abrir sus puertas la Iglesia de Santo Domingo, cuando todavía la ciudad no se había desprendido de su oscuro manto, una numerosa y abigarrada multitud que había estado aguardando aquel momento, penetró en el interior y se dirigió al lugar en donde yacía el féretro de Martín. Los religiosos hubieron de hacer esfuerzos por contener a los devotos, quienes a todo trance no sólo querían besar las vestiduras del humilde hermano sino llevarse algún trozo de ellas como reliquia. Unos y otros pugnaban por acercarse al ataúd y tocar, por lo menos, algún objeto al cuerpo de Martín, mientras los más audaces desgarraban su túnica y el hábito. Fue necesario, según asegura Valdés, cambiarle el que le habían puesto, por la decencia, y como el gentío fuese en aumento y llenaba todos los ámbitos del templo se hizo preciso colocar guardias armados en derredor del féretro a fin de poner un freno a los desbordes de la multitud.

En sus exequias se hallaron presentes el Virrey, Conde de Chinchón, la Real Audiencia, el Arzobispo de México, don Feliciano de Vega y ambos Cabildos. La nobleza y las religiones estuvieron también representadas y es digno de consideración que un hombre de color,

hermano de un convento, reuniese en torno de sus restos a tan calificados personajes, venciendo los prejuicios de raza y la distancia que la costumbre y las mismas leyes habían fijado entre ellos y él. Más todavía, no sólo se quiso honrar al siervo de Dios sino que en atención a su persona, se dio asiento entre los oidores a un pariente de Martín, posiblemente a su cuñado o bien al marido de su sobrina Catalina de Porras ([31]).

Concluida la misa exequial se procedió a conducir el cadáver a la sala capitular, debajo de la cual se encontraba el enterramiento de los religiosos. El público hubiera deseado acompañarlo hasta aquel lugar, pero sólo se permitió penetrar en los claustros a los que componían el séquito que podríamos llamar oficial y a los caballeros y religiosos, que eran muchos. Cargaron el ataúd el mismo Virrey, que quiso honrar de esta manera la santidad del lego dominico, el Arzobispo de México, don Pedro de Ortega y Sotomayor, Arcediano de Lima y el Oidor don Juan de Peñafiel. Atravesó el cortejo el claustro principal y penetró en la sala del capítulo que por tantos años había sido teatro de las rigurosas penitencias de Martín y en donde también había recibido insignes favores del cielo. Por la escalinata que conducía a la bóveda se bajaron las an-

[31] Ya en nota antecedente (ver nota 3) nos hemos referido a la familia de San Martín y ahora añadiremos que en los Procesos declaró Magdalena María de Carranza y Lucero, hija de Jacinto de Carranza, Corregidor que fue en Chuquisaca y Potosí y de doña Feliciana de Lucero y Guzmán. La dicha Magdalena dijo que su padre le había repetido más de una vez que el Santo era tío suyo. Una hermana de ésta, Feliciana Jacinta, casó con el doctor Diego Andrés Rocha, Oidor de la Audiencia de Lima, en 1666. Como don Jacinto era natural de Guayaquil y en este lugar, como hemos visto, residían algunos parientes de don Juan de Porras, el parentesco con los Carranza provenía de la línea paterna.

das que le habían servido de lecho durante su vida y sobre las cuales descansaban ahora sus inanimados restos y como el lugar destinado para enterramiento de los legos y donados fuese distinto del correspondiente a los sacerdotes, en atención a los méritos del difunto, se resolvió colocarlo entre éstos, depositando su cadáver sobre la desnuda tierra, siguiendo la costumbre de la Orden, pero se tuvo el cuidado de colocar a los lados unas tablas para defenderlo, de modo que viniesen a formar como una suerte de caja.

Muchos de los asistentes al acto, testigos en las informaciones que se llevaron a cabo sobre su vida y virtudes, declaran que tanto en la Iglesia como en la Sala del Capítulo se podía percibir una suave fragancia, que no debía su origen a las flores con que se hubiera adornado el féretro, porque no las había, ni tampoco a algún perfume con que se hubiera rociado el cadáver. Entre otros podemos citar el dicho de Sor Juana de los Reyes, seglar entonces y más tarde religiosa de la Concepción, la cual en compañía de otras amigas se halló presente a las exequias de Martín y declara que tanto ella como sus acompañantes percibieron ese aroma singular que se desprendía del venerable cuerpo. Pero no fue ésta la única señal que dio el cielo de su santidad. También algunos enfermos empezaron a sentir los efectos de su poderoso valimiento. Una buena mujer, llamada Catalina González, tenía paralizado el uso de un brazo desde hacía doce años, sin que la medicina hubiese llegado a proporcionarle alivio alguno. Fuese a Santo Domingo el día del entierro de Martín y llena de fe, imploró su protección, al pie de sus restos. Llegóse a tocarlos con devoción y al instante quedó sana de su mal, volviendo a recobrar el brazo atrofiado su natural movimiento.

Entablóse desde entonces la costumbre de extraer la tierra que cubría su sepulcro, a fin de distribuirla entre los devotos y admiradores de Martín y como se dice en los Procesos, a todos causó admiración que siendo tanta la que se extraía, con todo, no se observara particular disminución. De propósito se ordenó un reconocimiento y los peritos pudieron comprobar que no se advertían señales manifiestas de haber disminuido el polvo de su sepulcro.

Capítulo XXI

FAMA DE SANTIDAD

Martín, al morir, tenía ganada la fama de santo. La voz del pueblo no hizo sino confirmar la opinión que todos se habían formado de él y cuantos le habían tratado y conocido en Lima, y eran muchos, pudieron sin reticencias y sin cortapisas enaltecer las virtudes que habían admirado en el insigne lego dominico. Era, pues, natural que se tratase de su canonización. Sin embargo, pasaron años antes que se abrieran los Procesos, mas, por fortuna, todavía a tiempo para que pudieran declarar como testigos muchos de sus contemporáneos. Dentro de su Orden se enalteció su memoria y sólo dos años después de su fallecimiento el Capítulo Provincial, celebrado en Lima, dispuso que se incluyera en las actas del mismo el siguiente elogio que, traducido del latín, dice así:

"Murió Martín de Porras, Hermano de admirable virtud y santidad. Varón que imitó los ejemplos de los primeros padres de nuestra religión y en la mortificación y abstinencia insigne. De tal modo se señaló en repartir limosnas a los pobres que parecía poseer una fuente de ellas, abriendo cada día su mano al indigente y extendiéndola al pobre y dispuesto siempre a socorrer a los pequeñuelos que le pedían pan. Brilló su caridad en la asistencia a sus hermanos enfermos y vi-

vió entregado a la oración, pasando en vela las noches íntegras. Bien domadas sus pasiones, sólo cuidaba de lo que era del servicio de Dios. Careció de lecho propio y sirvió de ejemplo a toda la ciudad de Lima por su santidad y religiosa vida. A una existencia tan prodigiosa correspondió una muerte dichosísima, habiendo acudido a sus exequias espontáneamente gran multitud de pueblo, disputándose el besar sus manos y sus pies con gran reverencia tanto el clero como los simples fieles".

Algunos favores que el cielo benignamente quiso conceder a los que imploraban su intercesión vinieron a avivar el interés por su causa y, por fin, en 1657 fray Salvador de Torres, en nombre de su religión, pidió de oficio al Ordinario de Lima se abriesen los Procesos. El Chantre, don Martín de Velasco y Molina, que ejercía el cargo de Provisor, dio acogida a esta súplica y el 8 de noviembre mandó se abriese la información de estilo. Por razones que ignoramos, se dilató todavía un tiempo la ejecución del decreto y sólo el 15 de junio de 1658 se pudo empezar el interrogatorio, presentándose a declarar como primer testigo el capitán don Juan de Figueroa, Regidor Perpetuo, grande amigo de Martín, siendo Juez de la Causa el Licenciado Francisco Gamarra, cura de la Catedral.

Este proceso, en el cual declararon 75 testigos y del que nos hemos servido principalmente en esta historia vino a terminarse el año 1660 y con las formalidades del caso se remitió a Roma para su examen, solicitando al mismo tiempo se enviasen los remisoriales, a fin de poder iniciar el segundo proceso denominado apostólico, pues había de llevarse a cabo con autoridad del Pontífice. Entre tanto el Vicario de la provincia de San Juan Bautista del Perú, fray Juan de Barbarán, creyó llegado el momento de trasladar los restos de

Martín a lugar más decente y escogió para ello la capilla que se había levantado en la enfermería del convento, en el mismo lugar que había servido de celda al Siervo de Dios y donde había escogido su enterramiento, como patrono de ella, el capitán don Juan de Figueroa. De este modo vino a cumplirse la profecía que el Santo había hecho a su amigo.

Un día del mes de marzo de 1664, a prima noche, se reunieron en la sala del Capítulo el Virrey, Conde de Santisteban, el Vicario Provincial, fray Juan de Barbarán, el Prior, don Rodrigo Enríquez, médico, un cirujano y varios religiosos graves a más de dos hermanos legos. Se extrajo la tierra que llenaba la tumba y pronto se descubrieron las tablas que defendían el cuerpo. Hallóse éste casi intacto, sin señal de corrupción, pero al intentar lavantarlo del sitio en que yacía, se advirtió que los huesos se desencajaban y uno de los legos al comprimir el cuello, a fin de levantar la cabeza, sintió que se adhería a la mano algo que se pensó sería sangre o algún humor viscoso. Los huesos se depositaron en una caja a propósito y en unas andas la transportaron a la iglesia, en donde al siguiente día se celebrarían las exequias. No hubo convite ni se pensó que convenía, pero fue tanta la muchedumbre que acudió a ellas que se renovó el suceso del día de su entierro. Concluida la función, fue llevado el cuerpo a la Capilla del Santo Cristo, disputándose también esta vez el honor de conducirlo el Virrey, los Oidores y otros personajes. Llegados a ella, se lo depositó en la bóveda abierta a la entrada, la cual se cubrió con una pesada losa. Allí permanecieron los restos de Martín hasta el año 1686, en que se hizo un nuevo reconocimiento de los mismos, para los fines de su canonización. El día 7 de octubre de aquel año, en presencia del Arzobispo don Melchor de Liñán y Cisneros, el Deán don Luis Merlo de la

Fuente, el Prior fray Juan de Francia, los DD. Melchor de la Nava, Diego Vallejo de Aragón, Francisco Garavito de León e Ignacio de Ocerín, curas de la Catedral, los médicos Francisco Ramírez Pacheco, que lo era del Tribunal del Santo Oficio y Lic. Diego Rodríguez de Figueroa y el donado carpintero Francisco de Bolaños, se procedió a levantar la loza que cubría el sepulcro y se extrajo la caja de madera de roble, dentro de la cual había otra de cedro que contenía los huesos siguientes que fueron debidamente examinados: La calavera sin la mandíbula inferior; los dos fémur y dos canillas, tres huesos de los brazos, 13 vértebras y fragmentos de ligamentos; el esternón, la clavícula, seis costillas, dos omóplatos y los dos ilíacos. Todo ello volvió a depositarse y puestos los sellos del Arzobispo se suscribió el acta del examen realizado.

En Roma instaban los Procuradores de la Causa porque se ordenara la apertura del Proceso Apostólico y con este objeto presentaron las cartas suplicatorias que remitieron tanto el Virrey como el Arzobispo, los Cabildos eclesiástico y secular, la universidad de S. Marcos y los prelados de las religiones. El mismo Felipe IV apoyó esta demanda, escribiendo al Papa Alejandro VII y don Pedro Antonio de Aragón, su embajador en Roma ([32]), lográndose, al fin, el que la Sagrada Congregación de Ritos, con el beneplácito de Su Santidad Clemente X, diese el despacho a las letras remisoriales y al nombramiento de los jueces que habían de llevar adelante la causa. Al llegar a Lima la respectiva documentación, se dispuso para el día 27 de octubre de 1678 una solemne cabalgata o paseo que recorrió

[32] V. MELÉNDEZ, *Tesoros Verdaderos de Indias*. Roma, 1681, tomo III, f. 341 a 343 en donde se reproduce dicha correspondencia.

buena parte de la ciudad entre los vítores de la multitud apiñada en las calles y plazas. Precedían al cortejo unos cuantos soldados con clarines y tambores y seguía en un caballo bien enjaezado el doctor don José Lara Galán, promotor fiscal y notario mayor, conduciendo en una salvilla de plata, cubierta con paño carmesí, las Letras apostólicas y le acompañaban en largas y apretadas filas buen número de caballeros, los oficiales de la Curia Arzobispal, religiosos de todas las Ordenes y los alumnos del colegio de Santo Tomás. De las puertas y balcones engalanados, según la costumbre limeña, se arrojaban flores al paso de la comitiva, en tanto que las campanas de la ciudad regocijaban el ambiente con sus alegres repiques, los cuales habían dado comienzo a las doce del día y a intervalos, prosiguieron hasta el anochecer. El Cabildo, además de engalanar su fachada con hachas encendidas, ordenó se quemasen en la plaza castillos de fuego, adhiriéndose al común regocijo. El día siguiente cantó la misa solemne de acción de gracias el Deán, don Juan Santoyo de Palma y predicó el Prior de Santo Domingo, fray Gaspar de Saldaña, asistiendo a la función el Virrey, Arzobispo don Melchor de Liñán y las corporaciones.

Pocos días después se dio comienzo a este segundo Proceso, en el cual fueron examinados 164 testigos, dilatándose su término hasta el año 1686, en que fue remitido a Roma. Con este motivo los habitantes de Lima pudieron gozar de un espectáculo semejante al que ya hemos descrito, pues el cajón que contenía los gruesos legajos de la causa fueron también conducidos procecionalmente de la Catedral a Santo Domingo. Por desdicha, el navío en que fue despachado padeció naufragio y hubo necesidad de hacer nueva copia y remitirla a Roma, todo lo cual llevó tiempo y dilató la vista de la causa. Ésta, aunque lentamente, siguió su curso, pero había de

transcurrir casi un siglo hasta la expedición del decreto en que se declaraban heroicas las virtudes del Siervo de Dios. Ocurrió este hecho en 1763 y en 1775 daba las gracias a Su Santidad el Arzobispo de Lima, don Diego Antonio de Parada, instando al mismo tiempo porque se acelerara el momento de su gloriosa Beatificación.

Capítulo XXII

LA BEATIFICACION

La situación de la Europa y los sucesos que vinieron a conmover la América Española en el primer tercio del siglo XIX dieron lugar a una verdadera paralización de la causa. No obstante esto, las esperanzas que de su feliz éxito se habían concebido no podían verse frustradas, sobre todo si se tiene en cuenta que el Venerable Martín continuaba obrando prodigios en favor de los que le invocaban. Uno de ellos, el realizado en 1785 en la persona de doña María Fuentes y Gálvez, mujer de don Severino Ceballos, residente en Guayaquil, confirmó su fama de taumaturgo y la extendió dentro y fuera del país. Padecía esta señora hacía 5 años una fístula cancerosa en parte muy delicada y, habiendo ensayado todos los medios para su curación y consultado diversos médicos, no había experimentado mejoría alguna. Vino a Lima con la esperanza de encontrar en los facultativos de esta ciudad algún alivio y llamó para este efecto a los doctores, Felipe Boch, cirujano francés, Francisco Mendoza, Miguel Utrilla, Francisco Navarro y otros, considerados en aquel entonces como los peritos en el arte de curar. El resultado de estas consultas fue el declarar que era incurable su mal y que sólo podía echarse mano de algún paliativo para calmar sus dolores. Hallábase en este estado y muy descon-

solada, cuando llegó a su noticia que la Santa Sede había declardo heroicas las virtudes de Martín y de Juan Masías. Una amiga suya la incitó a invocar al primero, indicándole que su curación podría servir para adelantar la causa y lo hizo con viva fe, yendo en persona a visitar su sepulcro y aplicando tierra del mismo a la llaga. Al tercer día, advirtió que ésta se había cicatrizado y que había dejado de manar pus la parte afectada aun comprimiéndola, quedándole tan solo una pequeña cisura, la cual vino a cerrarse también al siguiente día, de modo que no le quedó otro rastro de su mal que una ligera mancha.

Tan claro y manifiesto milagro no pudo quedar en silencio. Por disposición del Excmo. señor Arzobispo una comisión de teólogos examinó atentamente el caso y, además, tres distinguidos profesores de medicina, el doctor don Cosme Bueno, el doctor Domingo Egoaquirre y don Agustín Pérez, reconocieron a la enferma y, teniendo presente el dictamen de los que con anterioridad habían atendido a la paciente, declararon todos tres que la curación era completa y que aun la ausencia de cicatriz naturalmente no tenía explicación. El doctor José Manuel Valdéz, médico también, del cual tomamos estos datos, dice haber tenido a la vista el dictamen de sus colegas y asegura que no puede dudarse de la realidad de este insigne milagro ([33]).

Pasaron, sin embargo, algunos años e interrumpidas en buena parte las comunicaciones entre Europa y América, no se tenía noticia en Lima del estado de la causa. Solo en 1835 una alegre nueva vino a llenar de contento a los devotos de Martín. Desde Chile comunicaron al Prior del Convento del Rosario, fray Lázaro

[33] V. José Manuel Valdés, *Vida Admirable del Bdo. Fr. Martín de Porres*, Lima, 1863, p. 180 y s.

Balaguer y Cubillas, que estaba próximo el día de su Beatificación y se le comunicaba la orden del Maestro General de los Dominicos de remitir a Roma algunas reliquias de Martín de Porras y de Juan Masías. No tardó en llegar a nuestras playas la confirmación del ansiado suceso. El Arzobispo don Jorge de Benavente recibió de la Sagrada Congregación de Ritos el Decreto auténtico por el cual Su Santidad Gregorio XVI, después de haber sido aprobados los milagros que se presentaron para la Baetificación de Martín, en la junta general celebrada en el Palacio del Quirinal, el día 1º de agosto de 1836, en presencia del Cardenal Pedicini, Prefecto de dicha Congregación, del relator de la causa, Cardenal Odescalchi y demás oficiales manifestó que con seguridad se podía proceder a la solemne Beatificación del Venerable.

La ciudad se vistió de fiesta y un repique general de campanas anunció a los vecinos de Lima que en la Iglesia de Santo Domingo se iba a entonar un solemne Tedeum de acción de gracias por el honor que se iba a discernir a uno de sus compatriotas, el humilde Hermano del convento del Rosario. Días más tarde, con asistencia del Excmo. señor Arzobispo, se descubrió el sepulcro que guardaba los restos de fray Juan Masías en la Recoleta de Sta. María Magdalena y se extrajo de entre los huesos uno del brazo, a fin de remitirlo a Roma. Hízose otro tanto en la capilla denominada del Santo Cristo, en el interior del convento del Rosario, donde reposaban los restos de Martín y al abrir la caja que los contenía se advirtió la falta de algunos huesos, los cuales se habían distribuido al trasladarlos o reconocerlos anteriormente. Escogiéronse tres de ellos y debidamente encajonados y sellados se enviaron junto con el brazo de fray Juan a la Ciudad Eterna.

Llegó por fin el día señalado por Dios para la glo-

rificación de nuestro Santo. El 8 de agosto de 1837 se publicó en Roma la Bula de Beatificación y se designó el 29 de octubre del mismo año para su solemne triunfo en la Basílica Vaticana. Aquel día lució con inusitado brillo desde lo alto de la gloria del Bernini la figura plácida y amable de Martín, del enamorado de los pobres de Cristo, del moreno de alma pura que supo atraer sobre sí las miradas del Omnipotente, del esclavo de sus hermanos exaltado por su humildad al solio de los Bienaventurados. En mayo del siguiente año la espléndida Iglesia de la Minerva, joya que los siglos medios legaron a Roma y centro de las actividades de la Orden de Santo Domingo, vestía sus mejores galas para solemnizar la Beatificación de Juan y de Martín. Uno de los más elocuentes predicadores de aquel siglo, el R. Padre Joaquín Ventura de Ráulica, se encargó de glorificar con su palabra al Hermano dominico. Su palabra enardeció a los oyentes y sirvió para que se difundiese aun más la noticia del Santo, pues bien pronto fue traducido este admirable discurso al castellano y al francés ([34]). Dios había glorificado a su siervo y la Iglesia Santa, dócil a sus designios, había aureolado la figura de Martín con un halo de luz inmarcesible.

[34] El panegírico de San Martín pronunciado por el padre Ventura ha sido editado en italiano, francés y español. Ver a este efecto: "l Disegni della Divina Misericordia sopra le Americhe. Panegirico in onore del B. Martino de Porres. Recitato l'ultimo Giorno del Triduo della sua Beatificazione nell'insigne Chiesa di S. Maria sopra Minerva dal Rmo. P. D. Gioacchimo Ventura. Roma, 1838. Tesoro de Predicadores Ilustres. Carta sobre el movimiento anticatólico de Italia. Madrid, 1861. Imprenta de M. Rivadeneyra. p. 157 y s. Les Desseins de la Divine Misericorde sur les Ameriques. Panegyrique du B. Martín de Porres, par le R. P. D. Joachim Ventura de Raulica..." París, 1863.

Y con el poeta, pudieron cuantos fijaron sus ojos en su imagen expuesta a la veneración del mundo, repetir:

En vano, gran Martín, la noche fría
vistió tu rostro con la sombra obscura;
más que la nieve era tu alma pura
y más clara que el sol de mediodía;
y hoy en la gloria perennal te alegras,
mientras gimen sin tregua en el profundo,
mil y mil que tuvieron en el mundo
los rostros blancos y las almas negras ([35]).

Cuando al Perú llegaron las Bulas de Beatificación de los dos legos dominicos, el país comenzaba a convalecer de las heridas abiertas en su seno por la división de sus hijos y la sañosa envidia del invasor extranjero. Un nuevo Congreso Constituyente se había reunido en Huancayo y el Ejecutivo, alejado de la Capital, no pudo darles el pase, siguiendo la abusiva costumbre de aquel tiempo. Esta circunstancia retrasó las fiestas con que la ciudad deseaba exteriorizar su júbilo y sólo en abril de 1840 se pudieron llevar a cabo con la participación de los poderes públicos y de un gentío innumerable, que consideró como un augurio de paz la exaltación de estas nuevas flores de santidad del pensil limeño. "No os parezca demasiada exageración, escribía el Arzobispo, don fray Francisco de Sales Arrieta, al Sumo Pontífice, el que no bien esta cristiana grey tuvo noticia de haber en esta ciudad letras de su amante padre, en circunstancias de concluir una guerra desoladora, que había cubierto de luto todos los corazones, cuando por las calles y plazas, como la mujer del Evan-

[35] *Poesías de don Clemente Althaus*, Lima, 1872.

gelio que convocaba a sus amigas, se daban los parabienes, por haber logrado ya la dracma que deseaban".

El 19 de abril, Domingo de Resurrección, fueron trasladadas solemnemente y bajo palio desde Santo Domingo a la Catedral las Bulas Pontificias, formando en el cortejo las autoridades civiles y religiosas y gran cantidad de pueblo. A las puertas de la Basílica aguardaba el Excmo. señor Arzobispo en compañía de los Obispos de Alalia, Luna Pizarro y del de Mainas, Arriaga y una vez leídas desde el púlpito por el Notario Mayor, se entonó el Tedeum de Acción de Gracias, siguiéndose luego las salvas de la tropa, el alegre volteo de las campanas y los fuegos y luminarias con que se regocijó el acto. Al siguiente día, 20 de abril, se cantó una Misa Solemne, con asistencia del presidente de la República, General Agustín Gamarra, del personal de las Cortes y demás Tribunales, de la Casa Militar y de representantes de todas las corporaciones. El concurso fue extraordinario, la devoción y el júbilo se reflejaban en todos los semblantes y nada faltó para hacer de la fiesta un cálido y general homenaje rendido a la virtud. Fray José Vicente Seminario, de la Orden de Predicadores, tuvo a su cargo el panegírico de los dos nuevos Santos y al terminarse la misa, fueron conducidas procesionalmente hasta Santo Domingo las imágenes de Martín y de Juan, seguidas de las de los Santos, Toribio de Mogrovejo, Rosa y Francisco Solano. Desbordóse el público por las calles del tránsito y ya con más libertad se desahogó el fervor popular. Las clásicas celosías y balcones lucían colgaduras y de ellos se arrojaban flores al paso de las andas hasta llegar al templo, en donde penetró la efigie transfigurada de Martín, del alerta campanero que por tantos años había sido el primero en franquear su dintel, invitando a todos a penetrar en esa casa de oración. A esta fiesta se siguió la

que sus hermanos los dominicos le ofrecieron en su Iglesia, adornada como en los días grandes y revestida de sus mejores galas. Lima pagó, si no con creces, al menos dignamente, el favor recibido y, al ser colocadas a uno y otro lado de su hermana Rosa de Santa María, las efigies de los dos santos, juntamente con las urnas que guardaban sus reliquias, se abrió una fuente de gracias que todavía corre, para dicha de los que imploran su intercesión y confían en su patrocinio [36].

[36] Véase el folleto titulado: *Carta que a Nuestro Smo. Padre el Señor Gregorio XVI escribe el Revmo. e Illmo. Señor D. D. Fr. Francisco Sales de Arrieta, Arzobispo Electo de esta Metropolitana Iglesia de Lima, dándole parte de la solemnidad con que esta ciudad celebró la beatificación de los santos Juan Masías y Martín de Porras... y sermón que en esta función predicó el R. P. M. fray José Vicente Seminario...*, Lima, 1840, Imprenta de J. M. Masias.

Capítulo XXIII

DIFUSION DE SU CULTO

Es indudable que sólo Dios puede apreciar los quilates de la santidad.

Intentar hacer un escalafón de los hombres o mujeres que se señalaron en vida por sus heroicas virtudes y, después de muertos, por los prodigios obrados por su intercesión, es tarea vana y reprensible, como ya lo advirtió el autor de la *Imitación de Cristo,* porque no está en nuestra mano penetrar en el interior de nuestros semejantes y la santidad es, sobre todo, un don interior.

Todo esto es muy cierto, pero también lo es que Dios no ha glorificado a todos los santos sobre la tierra de igual manera. Hay muchos que aun después de haber sido elevados al honor de los altares y propuestos a la veneración de todos los hijos de la Iglesia, han permanecido y permanecen envueltos en una semioscuridad, sin que su fama y su nombre trasciendan más allá de los linderos del lugar que los vio nacer o de la región en la cual ejercitaron su celo y hasta no es raro que su noticia no traspase el recinto de la Iglesia dedicada a su memoria o en la cual descansan sus restos. Otros en cambio han atraído la atención de todos los hombres y su culto se halla extendido por todo el orbe, pronunciándose su nombre con amor y respeto en todas las lenguas y en todos los climas. Dios ha querido rodearlos

de esta aureola de la universalidad. Santa Teresita del Niño Jesús es un ejemplo claro de este designio providencial.

Antes y después de ella han sido canonizados otros muchos santos y santas, y para no citar más, ahí tenemos el caso de Santa Teresa Margarita Redi, hermana en el hábito de Santa Teresita y canonizada casi contemporáneamente a la Virgen de Lisieux. ¿Puede parangonarse su culto con el que se le tributa a ésta? Ambas son, sin embargo, flores del Carmelo, ambas vírgenes y ambas en edad todavía temprana son trasplantadas al cielo. No podemos decir que una aventaje a la otra en santidad, pero sí podemos afirmar, porque es un hecho evidente, que la una ha superado o la otra en el homenaje que reciben de la cristiandad.

Ahora bien, Martín, el oscuro Hermano del Convento de Santo Domingo de Lima, el *perro mulato*, como a sí mismo se llamaba y aun llegaron otros a llamarle, ha alcanzado una popularidad, un crédito tan extraordinario en su patria y fuera de ella rebasando de tal modo su culto las fronteras de su nativo suelo, se ha extendido de tal modo por todo el mundo católico que, sin exageración, podemos decir que la figura del Santo dominico es hoy una figura universal.

Todo esto no lo explica sólo su santidad: hay que reconocer un designio especial de la mano de Dios en esta admirable difusión de su culto y este hecho constituye para nosotros un milagro tan grande como cualquiera de los que pudieran proponerse para su canonización.

En breve bosquejo vamos a dar las pruebas de esta maravillosa extensión del culto tributado a San Martín de Porras. Lima y luego el Perú, como se deja entender, fueron los primeros en rendirle homenaje. Progresivamente se fue ganando las simpatías de muchos en los

demás países latinoamericanos y, al terminar el siglo XIX, puede decirse que las católicos de todo este Nuevo Mundo Austral se postraba reverente y confiado ante la imagen del humilde Hermano dominico. Pero es en esta centuria cuando Martín comienza a verse rodeado de una aureola que a muy pocos santos ha cabido en suerte. En los Estados Unidos, en el Canadá, en Irlanda, en el Sur de África y en otros países remotos ha llegado a conquistarse la simpatía de muchos y hoy son millares sus devotos en todas estas naciones.

Sin salir del Perú, su patria, donde ha sido reconocido oficialmente como Patrono de la Justicia Social, como más adelante veremos, un grupo de farmacéuticos ha propuesto adoptarlo como patrón del gremio.

Con la venia de la Santa Sede, que no suele conceder este honor a los santos, se le ha dedicado una parroquia, en un barrio muy poblado a extramuros de la ciudad. Pero esto dicho así en general es sólo una parte del crédito que se ha ganado el Santo entre nosotros. Apenas habrá templo o capilla en todo el país, en donde no se eche de ver un altar o una imagen de Martín y en muchos de estos lugares su fiesta se celebra con tal pompa y tanta afluencia de fieles que apenas habrá otra en todo el año que la iguale. ¿A qué se debe esta difusión de su culto? No al esfuerzo humano, sin duda, porque aun cuando sea cierto que existen algunas asociaciones dedicadas exclusivamente a honrarle y no han dejado de hacerse ediciones de su vida, pero ni éstas han podido llegar a manos de todos ni aquéllas han hecho eficaz propaganda de su santo tutelar.

La explicación única que puede darse es el atractivo que el mismo Santo ejerce sobre sus devotos y el sinnúmero de gracias y favores que Dios dispensa por su medio a cuantos le invocan. Sin esta cooperación divina resulta inexplicable la difusión de su culto. En 1926, el

clamor se hace tan general que la Orden de Santo Domingo se decide a abrir el proceso de su canonización. Diez años más tarde puede decirse que se inicia en los Estados Unidos un movimiento que con los años ha ido tomando cuerpo. La idea de servirse de él para atraer a la fe católica a los millones de negros que pueblan aquella gran nación, surge de la mente del entonces Cardenal Pacelli, nuestro venerado Pontífice y la recogen los dominicos norteamericanos, creando la Asociación de San Martín con sede en Nueva York. Desde Su Eminencia el Cardenad Hayes y el M. R. P. Maestro General de toda la Orden de Santo Domingo hasta el infatigable apóstol de la gente de color, Mons. John E. Burke y el celoso dominico, Fray Edward L. Hughes, todos a una consideraron que, en efecto, San Martín de Porras, era el llamado a romper la barrera de recelo, de desconfianza y de incomprensión que nos separaba de nuestros hermanos de raza negra.

Pero hay algo más, si en Estados Unidos como en otros países, ha echado raíces la persuasión de que Martín es el instrumento escogido por Dios para deshacer los sofismas del racismo, condenado por la Iglesia y fomentar con el espíritu de caridad tan propio de los cristianos el sentido y la práctica de la justicia social. Él, que amó entrañablemente a todos sus hermanos, sin distinción de clase o de raza y supo extender sus sentimientos de fraternidad hasta los mismos animales, porque veía a Dios en todas las criaturas, es el llamado a infundir en todos nosotros la caridad cristiana y a hacernos comprender que nos ligan deberes para con los que padecen necesidad.

En 1939, con motivo del tercer centenario de su muerte y en 1947, en el Centenario de su Beatificación, se celebraron solemnes fiestas en Lima y en otros muchos lugares. Lo que hubo de particular en estas

festividades fue el que ellas no se circunscribieron al ámbito de los templos, sino que en los mismos teatros se le rindió homenaje por escritores y publicistas de renombre, y se organizaron exposiciones en que se exhibieron las imágenes y lienzos que reproducen su figura. A todo esto vino a añadirse el declararle solemne patrono de la Justicia Social. Ya en el Congreso Eucarístico de Trujillo, una de las mociones aprobadas fue esta: los Obispos la recogieron y la presentaron al Sumo Pontífice, quien por un Breve datado en Roma el 10 de enero de 1945 se dignó darle su aprobación, declarando a Martín Patrono celestial de todas las obras de justicia social en la República del Perú.

A este Breve le había precedido, es preciso recordarlo, el decreto del Presidente Constitucional, General Oscar Benavides, quien el 3 de Noviembre de 1939, en atención a su amor a los pobres y a su condición de mulato, en el cual vinieron a hermanarse dos razas opuestas, convirtiéndolo así en símbolo de la genuina solidaridad humana, lo proclamó Patrono de la justicia que debe imperar entre los hombres que viven en sociedad. Nada más justo ni nada más oportuno. Martín con su ejemplo y aún por sí mismo nos lleva como por la mano a la realización de ese ideal del mundo moderno: la fraternidad cristiana, tomando como base la igualdad de todos los hombres y los deberes de la convivencia dentro de la sociedad.

¿Qué mejor argumento podemos oponer a los partidarios del racismo exclusivista e inhumano que la exaltación por la Iglesia de este mulato, hijo de dos razas largo tiempo antagónicas? ¿Y qué mejor estímulo para la práctica de la caridad que el ejemplo de este hombre consagrado por entero al servicio de los demás?

El mundo lo va entendiendo así y esto explica el porqué Martín ha llegado a ser un santo mundial. En

toda América, en Europa, Asia y África resuena su nombre y de todos lados se anuncian los favores obtenidos por su intercesión. Lo hemos podido comprobar personalmente en la Argentina, Bolivia, Chile y en la misma Europa. Aquí, sobre todo en Irlanda, España y aún en la pequeña isla de Malta se conoce ya a Martín y en la *Verde Erín* es ya el santo más popular. Sin duda que la propaganda hecha por los dominicos ha contribuido al éxito y, en especial la Asociación Neoyorquina de que antes hemos hablado. Ella, bajo la diligente y hábil dirección del P. Norbert Georges, O.P., ha logrado extender la noticia del Santo en los Estados Unidos, en primer lugar y luego en el Canadá y en todos los países del Caribe. Las vidas del insigne lego dominico: *Meet Brother Martin,* la titulada *Martín* de Eddy Doherty, han popularizado su nombre.

No ha faltado quien lo presente a los amantes del teatro y del cine. Dos religiosos de la Orden, el P. Nagle y el P. Gaffney, han escrito piezas teatrales de verdadero mérito (*The City of Kings,* el primero y *Dark Splendor* el segundo) que han sido muy alabadas y han sido puestas en escena repetidas veces.

Las versiones de sus novenas, hojas de propaganda y compendios de su vida se cuentan por millares y algunas de ellas han constituido verdaderos éxitos editoriales. Se las cuenta en casi todos los idiomas cultos, el alemán, inglés, francés, castellano y aun en el chino, tamul, indonesio. A ellas es preciso agregar las revistas que le están consagradas entre las cuales no puede omitirse a *The Torch,* que se edita en Nueva York; *The De Porres* en los Angeles; *The Blessed Martin* en Dublín; *Conozca a Fray Martín Porres* en Palencia (España) y *La Escobita* en Buenos Aires.

Todas estas publicaciones esparcen por todo el mun-

do el mensaje de paz y amor del insigne Santo [37]. Y esto es una prueba de lo que hemos dicho en un principio, o sea que Dios ha querido que Martín descuelle entre los santos y sea venerado en todo el mundo. Así se cumplen las palabras del Divino Maestro: "El que se humillare será ensalzado". Dios dilató su glorificación, y entre tanto, extiende su veneración por todo el mundo. Antes de que la infalible palabra del Vicario de Cristo lo canonice solemnemente en San Pedro de Roma, ya la cristiandad toda lo habrá aclamado santo y este unánime consentimiento de la Iglesia es un plebiscito en favor de su apoteosis final.

[37] En castellano, fuera de los ya citados por nosotros en la introducción, sabemos que se ha editado una compendiosa en la Argentina. En inglés, hasta el presente, fuera de las publicadas por la Asociación de San Martín de Nueva York, existen la hecha en 1889 en la misma ciudad por Lady Herbert of Lea, quien la tradujo del italiano y aparece prologada por el entonces Obispo de Salford, más tarde Emmo. Cardenal Vaughan, y la debida a la pluma del célebre escritor P. Cirilo Martindale, S. J. En italiano sólo conocemos la que dio a la luz el P. Angel Vicente Módena, con motivo de la Beatificación de Martín, pero es posible que después haya aparecido otra. Seguramente que estos ligeros apuntes bibliográficos podrían alargarse, pero lo dicho ya basta para darse cuenta del incremento de su culto en poco más de un siglo.

Capítulo XXIV

LA CANONIZACION

Quien quiera que haya hojeado estas páginas y haya fijado su atención en los años transcurridos desde la muerte del Santo hasta el momento en que fue propuesto a la veneración de los fieles, no habrá podido menos de advertir la lentitud con que procedió su causa. No es éste un hecho insólito, en Roma no se dan mucha prisa en estos asuntos y de ahí que con alguna ironía se acostumbra decir que Roma es eterna. Muchas veces somos nosotros o para hablar más exactamente son los encargados de promover la causa los causantes de esta lentitud y a ello hay que agregar un factor geográfico: la distancia que separa este continente de la curia romana. Hoy se ha acortado esa lejanía, pero en otra época fue palpable y lo corrobora el caso de la santa Mariana de Jesús, la Azucena de Quito, canonizada recientemente.

Casi ciento sesenta años tuvieron que transcurrir, desde la apertura del Proceso Apostólico hasta la Beatificación de Martín y ciento veinticinco años desde esta fecha hasta su canonización. Pero gradualmente y cada vez con más énfasis se insistió en la necesidad de dar cima a su causa. Cuando en 1926 Su Santidad Pío XI dispuso su reanudación, todos concibieron grandes esperanzas y desde aquel punto se trabajó con ahinco por difundir su culto e implorar su intercesión. Refirién-

dome tan sólo a Lima, su patria, así el Centenario de la Beatificación en 1937, como el de su muerte, en 1939, dieron motivo a diversas manifestaciones de piedad y de adhesión que no poco contribuyeron a avivar en los ánimos el deseo de que se acelerara su triunfo.

Ya nos hemos referido a la extraordinaria difusión de su culto en todo el mundo y esto era ya una señal manifiesta de la voluntad de Dios. Sin embargo, en toda canonización se exigen algunas milagros y éstos habían de dar la solución. No dejaron de presentarse y así en el año 1938 se envió a la Sagrada Congregación de Ritos para su examen, el de una curación atribuida al Santo en Cajamarca; en el año 1941, ocurrió otro tanto con un prodigio obrado según se dice en Detroit (Estados Unidos) y, finalmente, en el año 1948, llegaban a Roma los datos de un caso extraordinario sucedido en el Transvaal, en el sur de África. Sometidos a riguroso examen, ninguno de ellos fue aprobado y hubo que recomenzar. Nadie perdía las esperanzas y con fundamento. La hora llegaría aun cuando para nuestra impaciencia tardara más de lo previsto.

En el año 1948 se remitió el proceso seguido en la curación instantánea de una señora de edad avanzada. El caso había ocurrido en la Asunción del Paraguay y se trataba de una obstrucción intestinal, rebelde a todos los tratamientos y que no podía ser operada por tratarse de una mujer de 87 años. El caso era desesperado y ya había sobrevenido un colapso cardíaco que agravaba el estado de la enferma. Una hija suya que vivía en Buenos Aires, toma un avión para ir al lado de la enferma y, desde el primer momento pone el asunto en manos del Santo Martín. Llega a la Asunción y aquella misma mañana, al amanecer, la enferma recobra completamente la salud y el mal desaparece. Este milagro fue aprobado por la Sagrada Congregación.

En el año 1956, tiene lugar otro prodigio debido a Martín. Un muchacho de poco más de cuatro años de edad, de Tenerife en las Canarias, recibe un golpe en el pie producido por un bloque de cemento de treinta kilos de peso. Prácticamente el pie queda deshecho y el estado del herido es de cuidado. Aparece la gangrena y no la pueden detener los médicos que asisten a Antonio Cabrera Pérez, que así se llama el muchacho. La amputación se hace necesaria a juicio de cuatro facultativos a quienes se consulta el caso. Pero he aquí que la familia vuelve los ojos a Martín, aplican al pie deshecho una imagen del Santo y el 1º de Setiembre en la noche, desaparece la gangrena y la cicatrización se inicia normalmente. Todos quedan estupefactos y el milagro parece patente.

Aprobado este milagro en la Sagrada Congregación, podía procederse a la Canonización, pues el Sumo Pontífice podía dispensar en el tercer milagro que comúnmente se exige. Como el examen de estos casos extraordinarios exige tiempo no se obtuvo la aprobación de inmediato. El último de los citados fue visto por la comisión médica, compuesta de un buen número de médicos expertos y de nota el 11 de enero y el 18 de octubre de 1961. La comisión dio su fallo favorable y esto hizo pensar a algunos que, tal vez, en Diciembre de aquel año se realizaría la Canonización. No fue así. El 13 de febrero del 1962, la Junta de Teólogos revisó el proceso y la conclusión también cedía en favor de la causa. Por fin, en la Congregación General, presidida por Su Santidad el Papa se aprobó el decreto llamado de *Tuto*, o sea que se consideró que no había óbice alguno para proceder a la Canonización. Este acto que tuvo lugar el 20 de marzo de 1962 llenó de alborozo a todos los devotos del Santo y comenzaron los preparativos para el gran triunfo de Martín.

Se fijó el día 6 de mayo para la ceremonia, o sea la Dominica Segunda después de Pascua y tuvimos el consuelo de asistir a ella, formando parte de la Comisión nombrada por el Gobierno del Perú. No nos detendremos a describir la magnificencia que se despliega entonces bajo las bóvedas de San Pedro, baste decir como yo se lo oí a un caballero romano, buen conocedor de la pompa usada en la Basílica, que no hay fiesta religiosa alguna que llegue a superar en esplendor y boato a la de una Canonización.

En esta ocasión el concurso, que suele ser muy crecido, rebasó todos los límites, pues se llegó a ver lo que es muy raro que ocurra, esto es que entre la multitud se vieran representantes de todos los continentes y de todas las razas. La América del Sur, con el Perú a la cabeza, había enviado numerosos peregrinos; la América del Norte, en donde tanta veneración se tributa al Santo, veíase también representada y no ya por gentes de color sino aun por católicos de raza blanca; el África, el Asia, la Australia, todas estas regiones tenían delegados en gran número y, por último la Europa rendía también su fervoroso homenaje al humilde lego dominico. De España, de Francia, de la católica Irlanda, de Italia y Alemania, habían acudido grupos compactos, pero merecen singular mención, los irlandeses y los boloñeses, donde es Martín muy popular.

Fuera de la delegación oficial del Perú, en la cual se veía a algunos embajadores, también el Gobierno español se hizo representar por un ministro de estado y por otras personalidades distinguidas. La jornada fue bellísima y hasta el tiempo contribuyó a que la alegría y el contento fuese general y que al penetrar en la Basílica, presidiendo el cortejo, la imagen de Martín, rompieran todos en vivas y aplausos. Esta estruendosa ovación se repitió cuando al final del acto, Su Santidad el

Papa Juan XXIII, se presentó en la Logia de la Basílica, desde donde impartió su bendición a todos los que llenaban la majestuosa plaza de San Pedro.

Hemos tenido la dicha de ver glorificado a San Martín de Porras. Viene a unirse al grupo que forman Toribio de Mogrovejo, Francisco Solano y Rosa de Lima, Santos que convierten a Lima, llamada la ciudad de los Reyes, en la ciudad de los Santos. De hoy más cuantos vengan a postrarse ante los restos de Rosa de Santa María y quieran exhalar el perfume que todavía se desprende del huerto que ella frecuentaba y donde labró una ermita para a solas gozar de la presencia de su Amado, podrán también recorrer los claustros de Santo Domingo que Martín aseaba con su escoba y visitar la enfermería, hoy convertida en capilla, en donde se prodigó en beneficio de sus hermanos y entrar también en la sala capitular, de donde todavía pende el Santo Cristo, con el cual se le vio abrazado más de una vez en lo alto, atraído por la llaga del costado de Jesús crucificado.

Quiera Dios que estas líneas que nos ha dictado no tanto el conocimiento adquirido, cuando el afecto que sentimos hacia Martín, contribuyan a difundir más y más su devoción y a inspirar en todos ese sincero y puro amor a Dios y los prójimos que ardía en su alma. Y ahora, agradecidos al cielo que nos dio este fruto de bendición, acerquémonos con la imaginación al glorioso Santo dominico, cuya figura yo he deslustrado con mi tosco decir, llevemos a nuestros labios la orla de su hábito y pidámosle que avive en nosotros la caridad y, unidos todos, repitamos esta plegaria:

Señor
Haz que vuelva el leguito con su gato,
con su dogo y ratón y con su plato
de humilde loza y que en la noche oscura

del mundo, alce su voz a Ti, Señor,
y que brote después, como una flor
en los hombres su auténtica ternura [38].

[38] Enrique Peña. Tres Sonetos en alabanza del Beato Martín. Mercurio Peruano. Núm. 1505. Lima, 1939.

TESTIMONIO DE JUAN VÁSQUEZ DE LA PARRA

El Ven. Fr. Martín de Porras de religioso donado de profesión en la Orden de predicadores en el convento del Rosario de Lima por los fines del año de 34 asta el de 38 asistiéndole yo Juan Basquez de la Parra, español de los Reynos de España, de la Provª de Extremadura de la ciudad de Jerez de los Caballeros, hijo legítimo de Simón García Cordero y de Ana García su madre y el dho Simón Garcia ministro general del Sto. Oficio de la Inquisición que lo fue por S. M. de la corona de España y que el dho. Simón García pasó a los Reynos de Nueva España y a estos de el Perú por mandado de S. M. adonde fue recebido en este Tribunal del Sto. Oficio y sirbiendo en él fué Dios serbido de llebarle: se enterró en la Yglesia de N. P. San Francisco. Por los años de 34 llegó a esta ciudad de Lima un hijo del dho Simón García Cordero, el qual se llamaba Juan Basquez benegas espejo y oi de presente se llama Juan basquez de la Parra el qual se acomodó con el Ven. Fr. Martín de Porras para que le enseñase el oficio de barbero, este tal declaró algunas cosas conbenientes a su bida y dice ser la primera la que bido, que estando una noche acostado en una alasena adonde tenía gran cantidad de ropa y plata en reales debajo ubo un temblor en el qual aqueste testigo salió de la alasena y halló al Ven. Fr. Martín de Porras que estaba tendido en el suelo aspado en cruz con un ladrillo en los labios y abriendo la puerta con

el susto del temblor le dijo bolbiendo a él: levántese Padre y nunca le respondió a lo qual salió fuera de la celda y llamó al P. M. Abendaño y le dijo con lágrimas que Fr. Martín estaba muerto, a lo qual respondió: calla, hijo, que no está muerto ni muere; dichoso tú que has alcanzado a ver lo que todos deseamos; vente conmigo a dormir a mi celda y cerrando la puerta de Fr. Martín con una llabe maestra que yo tenía proseguí a la celda del P. M. Abendaño adonde dormí aquella noche asta que por la mañana bolví a la celda de Fr. Martín adonde a las 8 de la mañana juntándonos para ir a sangrar me dió una reprensión muy grande, diciéndome que lo que biese callase y no murmurase ni dijese nada, para lo qual procuré el hacerlo así y al contrario todos los PP. Maestros, Presentados y demás personas graves me decían que todo quanto biese en el proceder de Fr. Martín lo dijese y pareciéndome que pecaría en decirlo me fui a confesar a la Compañía de Jesús, adonde el P. llamado el P. Juan Vázquez me reprendió grabemente que porqué abia de ocultar lo que Dios abia dado a un barón justo y bueno y que me tubiese por dichoso de haber llegado a ser su portero y asi digo lo que fui biendo. Ocupéme de primera instancia en todos los sábados de la semana en dar a 160 pobres 400 ps. que se repartían en ellos de limosna, los quales buscaba Fr. Martín en martes y miércoles que juntaban, porque el juebes y biernes lo que buscaba era aparte para clérigos pobres, porque la limosna que juntaba el sábado se aplicaba a las ánimas juntándola con la del lunes; la del Domingo era poca porque como no le alcanzaban a ver los que le buscaban; unos la dejaban y otros no: esta se ocupaba en comprar fresadas para dar a algunas pobres negras y españolas a unos camisas y a otros fresadas y a cada una en particular de lo que necesitaba le socorría antes de que se lo pidiesen y entre estos entró Catalina de Po-

rras, su sobrina, que trató Agustín Galán, de casarla con Melchor Gonzalez, el qual llegando a tener estado de casamiento un domingo inbió un papel al regidor Figueroa su amigo, el cual leyendo el papel le dijo a la persona que llebaba el papel: le dirás a Fr. Martín que a mi me doi el parabien y la norabuena de el casamiento y que desde luego de su parte tenía lo que pedía y que a todos sus amigos ablaría para que lunes ó martes acudiese cada uno con todo lo que pudiese y que fuese desde luego a hacer las amonestaciones que el sería uno de los testigos, lo qual se hizo con mucha brevedad, pues yendo el Ven. Fr. Martín a tratar del despacho de este negocio entróse en casa del Sr. Arzobispo y llegando a hablar a su Sría. Illma. le echó los brazos, repitiéndole qué se le ofrecía; respondió que tenía una sobrina a quien dar estado de casada y que la persona con quien se trataba era español y ombre de bien, a lo qual respondió el Arzobispo que pues corría por su mano asentada cosa es que estaria mui bien visto y que asi tenía el despacho de su mano, para lo qual mandó llamar a un notario llamado Ubiedo y le dijo que le diesé luego el despacho que asimismo embiase por 1000 ps. para ayuda de aquel casamiento, a lo qual respondió el Ven. Fr. Martín dándole las gracias por el beneficio que le hacía y que aquel muchacho que benia con el que era el dho Juan Basquez de la Parra podria su Sria. Illma. mandar que se le entregase, lo qual se le entregó al tercero dia de mandado. Bolviendo aora a nuestro Figueroa el lunes por la mañana fuimos a su almacen y luego de contado dió 1500 ps. en patacones y un bestido de paño de Castilla con una pieza de ruan para sábanas y nos dijo que nos bolviésemos allá a la tarde, a lo qual bolvimos y ya tenía hablado a todos los mercaderes de la calle, los quales así que nos bieron entrar todos le fueron dando el parabien de el casamiento, unos ofre-

ciendo a 500 ps. y otros a 200 y otros a 300 en distrito de hora y media que estubimos en la calle se juntaron 7000 ps. fuera de 3 piezas de ruan que nos dieron y otros dos cortes de paño de Castilla con que entre los mercaderes y las negras fruteras y panaderas se juntaron 9000 ps. porque unos biejos paseros que estaban entre las negras fruteras dió 1000 ps. con que con los 1000 que el Sr. Arzobispo dió se juntaron 10000 lo qual lo cargué yo Juan Basquez de la Parra que soi el que le asistí en aquel tiempo y lo declaro aora. después de esto binieron al conbento algunos amigos a darle el parabien y fueron Utrilla el barbero y Juan Crespo del mismo oficio y Villarreal el Doctor y zúñiga el cirujano y otros que no me acuerdo entre los cuales se juntaron 2000 ps. que por toda la cantidad fueron 12000. de aquestos se dieron 5000 ps. en reales a Catalina de Porras y más toda la ropa que se juntó. de lo demás compró un negro para la labandería del conbento el qual se llamaba Antón cocolí. la demás plata la ocupó en limpiar el sitio que oi ocupa la carpinteria de este conbento. con la demás plata que le quedaba hizo ropa para el gasto de la enfermería. Salimos una tarde a mediado el mes de julio cargados de manzanilla al puquio de los amancaes y llegando allá como a las 4 de la tarde nos pusimos en las huellas que el ganado bacuno hacia con las manos a sembrar manzanilla y yo preguntándole como muchacho que para qué sembrávamos aquello alli que el ganado lo abía de comer, se rió muy en forma, respondiéndome que aquello serbiría de poda y brotaría con más fuerza, yo le repetí que era disparate plantar allí porque se lo abía de comer el ganado y el respondióme que no, que yo tendría cuenta de ir cada dos días y dar una buelta para ahuyentar el ganado, lo cual hice a los tres días de plantalla, fui a aquel sitio y hallé alrededor mucho ganado y las plantas vi-

vas que al parecer tenían más de un año de sembradura ó que era su centro, bolviéndole y diciendole el estado de la sementera de manzanilla me respondió que abíamos de volver otro día, como fué, pues al cabo de 5 días, bolvimos con 2 terciesitos de manzanilla y puestos allá me dijo que cada rama de aquellas las cortase y hiciese 3 partes de ella que él iría plantando como se hizo y viendo que era ya tarde yo me puse a plantar también y metía 3 ó 4 ramas en cada ahujero que hacía yo Juan Basquez y él bolvió a mí y me dijo con mucho amor: tenéos, muchacho, que esto no se a de hacer si no es como yo lo voy poniendo que Dios es Dios y obrará en todo que nada de esto se nos ha de perder. Acabamos de plantar nuestra manzanilla y dando gracias a Dios me dijo que fuésemos a Lurigancho que es un valle que está de alli tres cuartos de legua, yo le respondí que nos bolviésemos a casa, que tenía hambre. sinembargo hube de ir a Lurigancho por darle gusto y en lo alto del cerro hallamos un indio pastor al qual le pedí una poca de agua para beber y él me la dió y asi mesmo le dijo el Ven. Fr. Martín: hijo, dalde un pedazo de pan a este muchacho, pues le habeis dado agua. A lo cual dijo el indio: padre, aquí teneis esta semita y salimos de allí, alargando el paso y comenzamos a bajar el cerro para llegar al pueblo de Lurigancho y siempre apurándome para que andubiese. Llegamos a una chácara de un español llamado Francisco de Cáceres Manjarres, adonde salió a nuestro encuentro un negro alto y preguntóle el Ven Fr. Martín: hijo, hay algún enfermo aquí? A lo qual respondió el negro: sí, padre, mi mujer está muy achacosa de un flujo de sangre por las partes bajas y la olearon hoy a mediodía. En estas razones nos llevó a su rancho adonde estaba la negra; allí la bido Fr. Martín y la preguntó qué achaque tenía. hizo la negra la mesma relación que abía

hecho el negro y le dijo que le habían dado a beber huevos crudos y puéstole una bilma de yeso y agua rosada en los lomos y que nada le había aprovechado, porque había rodado con un caballo en las lomas el qual benía cargado de leña y avía caido por encima de ella. Nuestro Fr. Martín respondió: hija, no te desconsueles, que todo se te quitará eso con el ayuda de Dios. Llamó al negro y díjole que saliese a una acequia de aquellas y que cojiese 3 animalejos que eran 3 sapos vivos y los metiese en una olla y los pusiese a quemar sin que saliese humo alguno de dentro de la olla y, hecho lo que ordenó el siervo de Dios, se quemaron y luego se molieron y hechos polvos los amarró en un trapo y se los colgó en la cintura a la enferma y le dijo: hija, yo te curo y Dios te sane. Por la mañana embiaré acá este muchacho que venga a ver cómo has dormido y te traerá unas velas pues mediante Dios as de dormir con quietud. Con esto se despidió y nos venimos al conbento adonde llegamos a las 9 de la noche caminando a pie. El día siguiente como a las 8 de la mañana me dió de almorzar y se llegó a Fr. Pedro de Contreras que era refitolero y le pidió 4 panes, los cuales me dió acompañados de 10 belas y me dijo que fuese a Lurigancho y que viera a la negra enferma cómo había dormido. Yo fuí y llegué a mediodía y encontré con el amo de la negra y del negro que se llamaba Francisco de Cáceres Manjarres y me dijo: adonde vais, mancebo. Yo le respondí: Señor, vengo con este pan y estas velas a esta chácara que me embia el P. Fr. Martín de Porras a llevarle este pan y belas a una negra enferma que está en esta chácara. Esto me sucedió sin conocer que aquel personaje era el dueño y me dijo: ven, mancebo, adonde queda el P. Fr. Martín que dió salud a mi negra Margarita, después de Dios y llegados que fuimos al aposento de la negra la hallamos sentada. Díjole el amo:

Margarita, cómo te ha ido esta noche. La negra respondió: Señor, yo he dormido muy bien toda la noche, a Dios gracias con la cura que me hizo aquel Padre de Sto. Domingo, Dios se lo pague. A lo que le respondió: pues veis aquí este mancebo que os viene a ver de su parte y os trae unas velas y 4 panes. La negra lo recibió y me dijo que no tenía un regalo que embiarle al Padre sino es que le embiase media docena de gallinas. Yo le respondí que yo no tenía órden de traer nada. El amo de dicha negra agradecido de lo que había pasado me regaló muy bien en la chácara y a la tarde me dió una mula y un negro que me trajese al convento.

De allí a 6 días proseguimos en bolver a nuestra sementera de manzanilla. En esta ocasión llevaba el Ven. Fr. Martín una servilleta con unas yucas y camotes cocidos y, llegando a la entrada de un olivar que era de fulano Medrano, al pasar de una acequia que hay en dicho paraje, me dijo: toma, llévate aquesta comida, que quiero desgarrar un ramo de esta higuera para que llevemos a sembrar allá arriba, el cual cortado era del grueso de una muñeca y lo cargó y prosiguió su viaje a lo alto del cerro adonde hicimos un foso y plantó el dicho ramo. Al cabo de 15 días que bolvimos a este sitio estaba ya brotado. Díjele así que vide la higuera: Padre, ya está brotada la higuera que plantó agora 18 días. A lo que me respondió: gracias a Dios dará higos de aquí a dos ó tres años y los pobres que por aquí anduvieren tendrán ese refugio de comer su fruto. Demos una vuelta a nuestra manzanilla que hay mucho ganado alrededor. Llegamos pues a nuestra manzanilla. Hallamos muchas vacas alrededor de ellas con muchos ternerillos. El Ven. Fr Martín. se puso a jugar con dichos ternerillos, tendiéndoles el manteo con otras demostraciones que los ternerillos hacían con él, porque llegaban y se rascaban con su ropa. Yo sentado

al pie de una piedra, le decía: Padre, mire no le den alguna vuelta. El me respondió: no me dará que te prometo que no he tenido mejor día que el de hoy. Con estas razones y otras nos sentamos a merendar nuestras yucas y camotes que llevaba él en su servilleta. Acabado esto salimos para el mayorazgo de los aliagas que está en el camino de la puente de palo y llegando a él pasamos hasta la torrecilla que es también de los Aliagas adonde subimos a vella. Después que la ubimos visto, salimos para una chácara que hoy es de D. Francisco de Arce, regidor de esta ciudad y pasando un alfalfar hallamos a un hombre el cual se llamaba Carrillo. Llegamos a hablar con el, en el cual tiempo bajó un muchacho de la vivienda, diciendo: señor, que se muere mi tía. Respondió el Ven. Fr. Martín: qué le ha dado, muchacho. A lo cual respondió el dicho Carrillo: Padre está padeciendo de una idisipula (*sic*) en la cara que la tiene hecha un odre. Respondió Fr. Martín: válgame Dios, vamos allá. Fuimos y vimos la enferma que ya estaba más para la otra vida que para esta. Fr. Martín pidió una poca de agua rosada y un pollo que tuviese todo el pelo negro. A lo cual cogieron un gallo por no haber pollo y le hizo pelar desde los encuentros de las alas hasta la cabeza y cortándole la cabeza toda aquella sangre que caía en el agua rosada se iba batiendo. Ya encorporada el agua con la sangre mandó que se pusiesen unos paños mojados en aquella agua y se aplicasen a la parte donde estaba la idisipula y habiéndosela puesto nos despedimos, diciendo que por la mañana enviaría a saber cómo estaba la enferma y pareciéndole al hombre que no sería al propósito aquella cura le preguntó: Padre, quién usa de aquellas curas que no la he oído otra vez. Y respondióle el Ven. Fr. Martín: vide hacer aquella cura en uno de los más grandiosos hospitales que hay en toda la Francia que fue en Bayona, después

acá yo me he aprovechado de ella y se han hallado mis enfermos muy bien y así espero en Dios que aqesta señora se hallará mejor con este remedio. El día siguiente apenas amaneció Dios cuando en una canastita me dijo: anda a una confituria y compra unos dulces y llevaselos a aquella enferma y sabe cómo está. Yo fuí con la canastilla llena de acitrones y de calabaza. encontré a un negro antes de llegar a la casa, el cual iba echando unos borricos fuera y díjome: agora venís, pues ya el Padre vino y hizo una sangría y se bolvió a ir. Yo lo tuve a chanza. Entré adonde estaba la señora enferma y hallé la sangre en una escudilla. Saludé a la señora y díle el recado que el Padre me había dado y díjome: ya estuvo aquí el Padre F. Martín, pero sinembargo, yo te agradezco el recaudo, porque me dejó dicho que hiciese lo mesmo que se hizo ayer, con que habían ido a buscar un pollo a otra parte, con lo cual me volví al convento.

Dispuso el Ven. Padre que volviésemos al cerro otro día y fuésemos cargados de manzanilla. Fuimos y hallamos nuestra sementera por unas partes segada y por otras partes alta y buena y pusímonos a sembrar nuestra manzanilla como se hizo la vez antecedente y acabándola de sembrar era ya puesto el sol con más de tres cuartos de hora: yo le decía: acabemos Padre, vámonos. El despojóse de su ropa y sacó un rebenque de látigo que llevaba y hincado de rodillas comenzó con su ejercicio que era darse 3 disciplinas cada día, que era el un ejercicio en las pantorrillas el otro en las asentaderas, el otro en las espaldas y si acaso se hallaba lastimado de algunas de estas tres partes se daba la disciplina en las plantas de los pies, con lo cual decía que tres pensamientos eran los malos y que así había de ser el cuerpo castigado en 3 partes. En este uso de su ejercicio cerró la noche, la niebla abromó la tierra, el

frío apretaba. Volviendo en sí del éxtasis que allí habia tenido, nos venimos al convento y yo trotando la cuesta abajo le hallaba siempre a mi lado, pareciéndome que no andaba; desde que salimos del olivar de Medrano que ya habíamos pasado la acequia, yo no sé cómo fué, porque en aquel instante nos hallamos en medio de la puente de Lima, que hay un cuarto de legua a lo menos y entramos en el convento. El día siguiente un cirujano, llamado Fulano de Zuñiga lo embió a llamar y saliendo por la puerta de la sacristía fué a su casa y le halló en la cama muy malo de un tabardillo y le dijo: Yo Padre muy malo me siento y conozco que esta enfermedad es mi muerte. Respondió el Ven. Fr. Martín: Téngalo así entendido y déle muchas gracias a Dios por las mercedes que le hace, que en otro peor tiempo le pudiera cojer. Díjole el paciente: Padre, si mi hora es llegada, cúmplase la voluntad de Dios. —Pues, hijo, así lo puede hacer y disponga su testamento que mañana a estas horas ha de haber dado cuenta a Dios. Otro día salimos a ver a un religioso de los descalzos de mi P. S. Francisco, el cual era su amigo y, llegados que fuimos a la plazuela del Sr. San Lázaro, salieron de una casa que era de Gabriel de Gatica dando voces, diciendo que a un muchacho se le habían quebrado las piernas de haber caído de un techo. A los gritos nos llegamos a su casa y entrando adentro lo hallamos que la madre lo tenía echado en las faldas con las piernas quebradas por los muslos. El Siervo de Dios le dijo: señora no hay que aflijirse. La mujer respondió: Padre no me he de aflijir si no tengo con qué curarle y considero que se ha de morir de aquesta enfermedad. Respondióle Fr. Martn: no se aflija que Dios que dá la llaga dá la medicina; no es aquesto enfermedad de riesgo. No, dijo la mujer, cuando tiene entrambas piernas quebradas y por bueno que quede, nunca será de provecho. Fr. Martín

pidió un poco de vino y entíbienlo y de una sábana háganse dos vendas muy buenas que yo se lo curaré y no será nada, mediante el favor de Dios. Curóle el Ven. Fr. Martín y fuímonos al convento de los Descalzos a do íbamos y llegando a la portería tocamos la campanilla y nos respondió desde adentro el portero: Sea bienvenido Vra. Rev. que le he estado aguardando. Fr. Martín respondió: he estado en un trabajo en la calle de S. Lázaro. A lo que le respondió el portero: ya lo sé porque lo he visto. Abrazáronse tiernamente los dos y fuéronse a merendar y viendo que el tiempo era corto fuéronse a la huerta, yo Juan Basquez detrás de dellos, poco a poco, adonde ví poner un Santo Cristo en un árbol de limas y dijo el P. Fr. Martín: regalemos nuestros cuerpos, que no es justo que el día se nos vaya, siendo el que tanto hemos deseado y comenzaron a orar tan tiernamente que todo era lágrimas y suspiros, azotando las plantas de los pies, de allí subieron con sus disciplinas a las partes de las asentaderas, de allí subieron a las espaldas. Habiendo acabado su disciplina, que duró como cosa de una hora, se vistieron sus ropas y dieron gracias a Dios de la buena tarde que habían tenido y que no sabían cuando volverían a juntarse para tener otra tarde tan buena como la que habían tenido. Despidiéronse y venímonos. Tenía comunicación el S. de D. con el P. Juan Vásquez de la Compañía; enviábame con algunos papeles al Cercado adonde era Rector; yo llevaba y traía la respuesta. Un día, trayendo un papel, encontré con un muchacho, llamado Juan de Valverde, que servía al P. M. Loaisa. Preguntóme aqueste tal que de adonde venía, respondíle que del Cercado y que traía un papel. Cojióme el papel y leyólo el dicho muchacho. Volviómelo y nos venimos al convento y viéndome el S. de D. Fr. Martín comenzó a reñirme muy enojado, diciéndome que cómo consentía que los pape-

les que yo traía los leyesen en el camino y nadie tocase a ellos y que de allí adelante no se fiaría de mi. Yo le respondí, Padre, no ha sido malicia mía, mas otra vez no volveré a largar papel que traiga ó lleve y me dijo que así lo había de hacer. De allí a 20 días volví a llevarle otro papel al P. Juan Vásquez y también me riñó allá el P. diciéndome por qué consentí que nadie me tocase papel ninguno. Volví con la respuesta y díjome Fr. Martín: ansi habeis de traer los papeles como os los dan. Aquella noche estando en la celda, yo acostado y el P. Fr. Martín tendido en el suelo boca abajo con un ladrillo arrimado a las narices, hallé la celda muy clara y resplandeciente y un religioso sacerdote que había venido de Huancavelica nombrado Fr. Juan me dijo: ten, no abras la puerta que estoy dando toda esta noche gracias a Dios de ver tanta luz adonde no hay vela y volviéndome a meter en la alacena adonde yo dormía, quedándome dormido hasta que fué de dia. El dia siguiente a las 2 ½ de la tarde entró D. Cristóbal de la Cerda, alcalde de corte de la Rl. Audiencia de Lima a buscar 2 delincuentes que estaban en los sótanos que están debajo de la cocina de la enfermería y entrando por la cocina principal a la lavandería se entraron en la huerta, prosiguiendo el paso hacia el sótano. Los delincuentes que tuvieron noticias que iban en busca suya subieron por la cocina de la enfermería y fuéronse a la celda del Ven. Fr. Martín, diciendo: Padre, por amor de Dios que me socorra, que viene la Justicia tras nosotros y está ya aquí, a que respondió el S. de D. vengan acá y hínquense de rodillas y encomiéndense a Dios. Apenas se hincaron de rodillas cuando entró el Alcalde de Corte en la celda adonde estaban los delincuentes y el P. Fr. Martín hincado de rodillas y poniéndose delante dellos el Sr. Alcalde de Corte dijo a los ministros: miren esos colchones, si están por ahí y eran los tres cuerpos los

colchones y se salió de allí, visto que no había nada, cuando los tenía debajo los pies.

Andábamos un día en el convento sangrando y tocaron la campana a llamarlo y díjome: válgame Dios y qué excusada llamada y era que estaba un mayordomo de la hacienda de Palpa, llamado Pedro Guerrero, que estaba en la celda de S. Diego muy enfermo; el Dr. lo desahuciaba; llegó allá Fr. Martín y le dijo al doctor que para qué desahuciaba aquel hombre cuando su enfermedad no era nada. El Dr. respondió que no tenía de vida 24 horas. Esas solamente a menester para ir a pasear. Asi vino a ser pues al cuarto día estuvo bueno de toda su enfermedad. Envióme el S. de D. con un recaudo en caso de Villarreal que estaba enfermo en la cama y era su íntimo amigo, fuí yo y di el recaudo a su mujer y a sus hijas y entrando más adentro topé con el enfermo y le di el recaudo como me lo habia dado el S. de D. y me respondió que lo agradecía y que ya estaba desahuciado de todos los médicos y cirujanos de la ciudad, que solo de la vista del P. Fr. Martín de Porras le faltaba y que así le hiciera favor de irle a ver para llevar aquel consuelo consigo, puesto que se moria. Vine y dile el recaudo a Fr. Martín y díjome: vamos a sangrar, respondíle: Padre si no ha venido el Dr., cómo quiere sangrar. Respondióme: con esto aseguramos el juicio de los enfermos y hicimos 6 sangrías y cojió su caja y fuimos en casa de Villareal. Hallamos a la señora con sus hijas y con visita, todos muy aflijidos. Asi que la señora de la casa vido al S. de D. todos comenzaron a llorar y él consolándolos, se entró a la cama del enfermo y le dijo: amigo mio, qué es esto? El respondió: morir, padre. Pues, amigo, darle a Dios muchas gracias que para morir nacimos. Volviendo la cara a la mujer le dijo: no le ha dado ningún desayuno al enfermo? Ella respondió: Padre, no lo puede ya lle-

var. Fr. Martín mandó sacar unas almendras y dijo que él le haria comer, que no era nada su enfermedad y él mismo hizo una almendrada con pepitas de melón y habiéndola hecho la llevó a la cama y le dijo: amigo mio, para morir nacimos y es de fe que el que no come se muere, mire cómo como yo y comiendo dos cucharadas de la almendrada le dijo a la mujer: levántele la cabeza y hecha esta diligencia se la fué dando a cucharadas y habiéndola bebido se despidió de él y de toda la gente y le dijo: hoy es sábado, el martes, si Dios quiere, me ha de ir V. Merced a ver y asi sucedió, pues vino el dicho martes en silla de manos a ver a Fr. Martín y a todos los enfermos de la casa, cuando se entendió tenerle enterrado.

Las Pascuas de Espíritu Santo tenían por devoción el irse a holgar con dos camisas que pedía de limosna de jerga de Castilla en la calle de los Mercaderes, porque parece que se le había rompido (sic) una que tenía de cerdas, la cual enterré yo Juan Básquez debajo de un limón en la huerta de la enfermería, la una de las dos camisas de jerga era para el P. Fr. Juan Masías, su camarada y amigo, con las cuales se mudaron los dos siervos del Señor y juntos se iban al platanal que tiene la huerta de la Recoleta y allí hacían oración toda la Pascua con grandes penitencias de disciplinas; hinchábanseles las espaldas y luego venía a mí Juan Básquez a que le curase. Yo le decía: Padre qué le he de curar, que esto no es del mal trato que hace a su cuerpo del azote sino es de estos mosquitos que hay aquí; vámonos a nuestro convento que allá no hay mosquitos. Respondió el S. de D. cómo hemos de merecer con Dios si no damos de comer al hambriento. Dijele yo: Padre, estos son gente no son animalitos. Sinembargo, dijo, se les debe dar de comer que son criaturas de Dios y así lavadme. Lavábale con vinagre que de ordinario

adonde quiera que iba siempre llevaba un porongo lleno de vinagre para el ministerio de curarle las espaldas y las demás partes del cuerpo adonde recibía las disciplinas.

Salimos una mañana de aqueste convento del Rosario por el mes de agosto muy cargados de semitas; preguntéle en la puerta falsa que adónde íbamos, díjome que a Limatambo que iba a hacer un servicio a Dios que había muchos novicios y que teníamos que hacer allá más de dos meses. Díjele: Padre, que hemos de hacer que tanto hemos de tardar. Dijo: es que poda Fray Francisco el olivar y cortaremos estacas para desde el camino real hasta el molino hacer un olivar para que aquestos muchachos en el tiempo de adelante tengan con qué poder pasar que el olivar que hoy hay es ya viejo y se irá criando otro nuevo y de aquí a 30 años que ya estos serán hombres maduros dirán que Dios perdone a quien plantó este olivar. Las semitas que sacamos del convento las repartió el Ven. Fr. Martín a los muchachos que encontraba por el camino, diciéndoles: algún día me ayudaréis a trabajar. Llegamos a Limatambo y entramos en el olivar. Pidióle al P. Fr. Francisco que era el que podaba las plantas que le fuese apartando varas porque tenía dispuesto el plantar un olivar desde el camino real hasta el molino. Reíase Fr. Francisco, diciendo: que adonde podía haber tantas varas. Respondió: no se aflija que la providencia de Dios es grande, que con los muchachos que abía en casa abía arto para que le hiciesen agujeros; que su Paternidad mandase que con 4 mulas y 2 negros se las fuesen llevando allí. Salió el P. Fr. Martín a comenzar a hacer hoyos con 3 barretillas y el primer día se hicieron 90 hoyos poco menos de ½ vara de hondo y una cuarta de ancho y a aqueste paso fuimos trabajando toda la semana. El sábado, por la mañana, se levantó

dando gracias a Dios que le había dejado llegar al día que comenzaba a plantar su olivar y comenzando a poner varas, fuimos plantando todo aquel día y el día siguiente de el lunes, de el medio día para arriba comenzó a dar agua a todas las varas que tenía plantadas y fue providencia de Dios que, al tercer día de regadas, había una cuarta de retoño en cada una. Fuimos prosiguiendo con la planta. A los 15 días había plantadas 700 plantas, lo cual en un mes acabó de hacer su olivar que hoy es prodigio el verlo.

Salía algunas tardes por aquellas chácaras que avecindan a la de Limatambo y algunas veces se alargaba a la pescadería de Surco a curar algunos indios y indias enfermas, por las mañanas, a sangrar y es de entender que los indios le conocían y siendo gente incapaz como es nos daban plata para que por mano del Ven. Fr. Martín se dijesen algunas misas por sus padres y abuelos. Decíales el S. de D.: hijos, yo no soy de misa. No importa, padre, que de tí estamos enterados que las mandarás decir y esto era de manera que sacábamos 70 y 80 ps. de la ranchería de la mar. Cuando veníamos al pueblo de Surco era tanto lo que nos cargaban los indios y indias de todo lo que tenían.

Habiéndoseme olvidado, puesto en el corredor de la barbería, vide la Iglesia de las Cabezas y acordándome que por el año de 34 ó 35, estando en el balcón que cae al río, por el pasadizo de la cocina, se comenzó el río a llevar la Iglesia de Nra. Sra. de las Cabezas y viendo el S. de D. aquel suceso, fue a la celda a gran priesa y cojió la capa y fue allá. Halló el tumulto de la gente que estaban sacando la imagen y lo demás q. había en la Iglesia. Entró dentro y les dijo que no se alborotasen que ya el río no haría daño y cojiendo 5 piedras pequeñas las tiró unas para arriba y otras para abajo y otras al medio, diciendo: en el nombre de la

Sma. Trinidad, Padre e Hijo y Espíritu Santo y, quedando hincado de rodillas se retiró el río y sosegó la avenida. Acabado esto, dando gracias a Dios, se fue a su convento.

Yo el dicho Juan de Parra que soy el que declaro esto salí de una enfermedad que tuve en Sr. San Andrés y viniendo a este convento del Rosario, hallé que el Ven. Fr. Martín estaba en Limatambo y hallándome solo y sin su amparo, que en él lo tuve grande, partí a pié hacia el dicho Limatambo con las piernas tan hinchadas que cada una estaba más gruesa que el cuerpo y pasando la acequia adonde hoy está la calera de Sto. Tomás me arrimé a un barranco que allí estaba del puro cansancio con que me hallaba y de la fatiga que traía, tapándome la cabeza con mi capa. Al cabo de gran rato sentí que sobre la capa me daban con un palo y desenvolviéndome de la capa oí la voz del venerable fray Martín que me decía: ¿Juancho, donde vienes? Respondíle con los ojos amorosos llenos de agua: Padre, a buscar a Vra. Reverencia, que sin la vista de V. R. ya que me muero, me dé su bendición, que le tengo en estos Reynos en lugar de mi padre, que a no tener a mi padre vivo y conocerle en España, dijera que lo era Vra. Rev. y así con verle voy muy contento. Sonrióse, si bien con los ojos tiernos como yo lo estaba, y dijome: no os aflijais, tened confianza en Dios que esta no es la enfermedad que os ha de llevar y metiendo la mano en la manga del hábito sacó un pedazo de asemita y me dijo: toma, come. Volvió a meter la mano y sacó un puñado de pasas y me dijo: come esta semita con esas pasas. Yo comiendo de la semita y las pasas, me estuvo mirando los pies tendidos en el suelo, miró al cielo y comenzó a decir: Señor, no permitáis que aqueste muchacho muera en este tiempo, que como os lo pido espero en vuestra bondad infinita me lo con-

cederéis y poniéndome las manos encima de las piernas me las comenzó a tentar y díjome: tened bien las piernas y extendiéndolas y haciendo cruces en ellas me dijo: levantaos, Juancho y vámonos a Limatambo. Díjele que no podía y él me dijo: acaba, acaba y dándome la mano me levantó y díjome: caminemos y tomas este bordón para que vayas en él, el cual bordón era de... y comenzamos a caminar. Las asemitas y pasas que me había dado las llevaba en el canto de la capa. Si no quieres comer esta asemita, dádmela acá que yo la comeré y volvió a meter la manga y sacó un pedazo de pan blanco y díjome: comed ese pan con las pasas que yo os ayudaré y fuimos comiendo las pasas, él la semita y yo el pan y es de atender que apenas habíamos andado una cuadra cuando me sentí de la pierna tan aliviado que parecía que no había tenido enfermedad ninguna y yendo caminando y llegando a la puerta de la chácara me dijo: Juancho, mirad que no vayas a andar a la acequia de la huerta ni a otra parte ninguna, porque si os mojais os hará mal el agua. Con esto entramos adentro y encontramos con el P. Fr. Cristóbal de Campos y díjole: adonde fue a buscar el compañero, padre? Ahí lo encontré, que viene a buscarme, que será fuerza que hoy nos vamos. A las 3 de la tarde salimos de Limatambo y nos venimos poco a poco a este convento, adonde el día siguiente al levantarme hallé mis piernas tan secas que parecía que no había tenido enfermedad, dentro de 3 meses, después que ya yo era oficial de barbero el señor conde de Chinchón una tarde, yendo a verle, porque acostumbraba en cada un mes darle 100 ps. para que él dispendiese y habiéndolos dado y teniéndolos yo ya cojidos, le dijo: a este mancebo le hemos de asentar una plaza de soldado que servirá al Rey y le honraremos en todo y volviendo segunda vez por más dinero, como acostumbraba, volvió a repetir lo mesmo. Con que

le respondió el Ven. Fr. Martín. Haráse, Señor, lo que V. E. ordena. Pues si se ha de hacer, lleven el decreto y llamando a un criado suyo, llamado Juan de Santiago, le hizo que hiciese el memorial allí y lo decretó y rindiéndole las gracias el P. Fr. Martín, bien puede tener la plaza y acudir a las muestras y al servicio de V. E. Lo cual salimos de allí y me dijo: Juancho, por la mañana habéis de ir al Callao sin falta y en la compañía del Maestre de Campo o a la que vos os pareciere podréis dar este memorial y decreto para que os asienten una plaza que lo harán luego. Yo salí de esta ciudad por el año 1637, ocho meses corridos ya del año y en el camino encontré a don Juan de Luza, alférez que era de la compañía del capitán Martín de Samalvide y preguntóme de donde era y díjele que era de España, de la provincia de Extremadura y díjome que a qué iba al Callao: Díjele: a asentar una plaza, porque el señor conde tenía gusto de servir con ella al P. Fr. Martín de Porras y él respondió: irá V. Merced conmigo a mi compañía que yo también me tendré por dichoso en tener a Vra. Merced en la compañía por ser cosa de aquel S. de D. y habiendo acabado de asentarme en la plaza, al salir de las Casas Reales encontramos con el P. Fr. Martín y abrazándome me dijo: Ya, hijo, tenéis amo a quien servir. Vra. Merced, señor alférez, por amor de Dios se sirva de sobrellevar a este mancebo, porque no podrá él estar tan experimentado como los que ya están hechos en la milicia. Respondióle el señor alférez: Será todo, Padre, a la medida del gusto de Vra. Rev. Con esto fuimos caminando hasta señor S. Agustín y allí se despidió el señor alférez del P. Fr. Martín de Porras y le dijo que a comer le aguardaba a mediodía en su casa. Respondióle el P. Fr. Martín que él tenía mula para volverse luego al convento y que le agradecía. Fuese el alférez y quedámonos

yo y él bajando para la plaza me fué diciendo la obligación que tenía y que si quería acertar a servir al Rey que siempre me arrimase a su servicio que con ello acertaría. Díjele: Padre, con qué he de comer, porque aquí dicen que no pagan sino de 8 meses y respondióme que él tendría cuidado de llevarme para que comiese y que no habría falta. Dió por entonces 5 ps. y díjome que cuando hubiese menester algo que un religioso viejo que estaba allí en un convento me daría lo que hubiese menester y fue tan cuidadoso el religioso Fr. Alonso que siempre tenía cuidado de ver si me faltaba algo porque así se lo tenía dispuesto el P. Fr. Martín. Veíamonos los más de los días los dos en el Callao y el dicho alférez Juan de Luza por parecerle le hacía servicio al P. Fr. Martín me alcanzó el que fuese el año de 39 sirviendo de barbero a la dicha compañía y habiéndome aviado de todo lo que requería a el servicio de la gente de la nao, fue el P. Fr. Martín al puerto del Callao y díjome que sentía mucho el que yo me fuese abajo. Respondíle que yo no me iba a quedarme ni pasar a España sino a buscar... para pasar. Respondióme que no fuese, que él me ayudaría, que armase un cajón en la Rivera de la plaza y me pasaría la plaza a Lima. Respondíle que en volviendo. A lo cual, abrazados los dos: Adios, Juancho, que ya en este siglo no nos volveremos más a ver, y si nos viéremos dudará y s verdad que he dudado en lo que me ha pasado que lo diré a tiempo que jure lo que está escrito porque tengo hecha otra declaración, la cual ésta y aquélla es toda una si bien ésta es más larga que en todo tiempo que mandaren que la vuelva a hacer de nuevo con este borrador presente lo haré más larga que lo que ésta presente otro tanto."

A continuación el testimonio de fray Francisco Fernández notario apostólico ad negotia Ordinis de ha-

ber reconocido por suyo en su presencia dicho escrito Juan Vázquez Parra y haber dictado todo lo contenido en él.

Yo el infrascrito Notº Apostº *ad negotia* Ordinis FF Predicatorum doy fé y verdadero testimonio cómo hallándose en mi presencia Juan Vázquez Parra, vecino de esta ciudad de los Reyes, casado en ella, natural de Extremadura, de edad de 52 años, hizo la declaración siguiente; Martes 2 de junio de 1671 años. Dice que estando declarando ante Francisco Blanco, notario público, le pidió fuese despacio en la información que se hacía de la Vida del Ven. H. Fr. Martín de Porras, porque tenía mucho que declarar, por haber sido compañero suyo, habiéndolo recogido a su cuidado como a chapetón recién venido de España y dicho Notº Francisco Blanco le respondió que abreviase lo que pudiese en la declaración que hacía. Hecha en esta forma breve, se fue a su casa y sucedió que poco antes que diese la oración, teniendo un hijo suyo en los brazos se oyó llamar por su nombre clara y distintamente, con voz formada que decía: Juan Vásquez, Juan Vásquez, por dos veces. Salió a la puerta de su casa y vio en ella dos religiosos del hábito de N. P. Sto. Domingo y volvióse adentro sin hacer particular reparo, volvieron a llamarle, diciendo: Juan Parra. Salió con más cuidado y díjole uno de los dos religiosos: Juan Vásquez no me conoce y haciendo reparo conoció era el que le hablaba el Ven. H. Fr. Martín de Porras y que le decía: ¿Cómo andas tan corto? A lo cual respondió dicho Juan Vásquez: en qué P. Fr. Martín y díjole: declara todo lo que sabes y viste en tiempo que estuviste en mi compañía y dicho esto se retiró enternecido a su casa. Item declara el mismo que este año de 71 por Febrero, habiéndole ido a llamar para que declarase lo que sabía, de parte del P. Presentado Fr. Bernardo de Medina,

vino dicho Juan Vásquez a este convento y al entrar por el cementerio a la Iglesia por la puerta que está debajo del coro vio a dicho H. Fr. Martín de Porras con el mismo compañero que en la otra ocasión y le dijo que declarase todo lo que sabía. Todo esto declaró ser verdad y para que conste en todo tiempo dí este testimonio en dicho día, mes y año signado y firmado de mi nombre. Fr. Francisco Fernández.

Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 01036 3317